

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



FACULTAD DE DERECHO
CIUDAD UNIVERSITARIA
BIBLIOTECA

LA SUBLEVACION
DE LOS
PAISES BAJOS

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRA

EN HISTORIA GENERAL

PRESENTA

CARMEN ARIZMENDI OTAEGUI

MÉXICO, D. F.

1955



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES

A MIS HERMANOS

A la Srta.
Dra. Amaña López Reyes
A quien debo la dirección
de esta tesis.

INTRODUCCION

ANTECEDENTES DE LA SUBLEVACION

1.—SITUACION GEOGRAFICA DE LOS PAISES BAJOS.

Los Países Bajos comprenden lo que actualmente es Bélgica, Holanda y el Libre Condado de Burgundia, al Sur. Los dos primeros estaban separados por muchas millas de este último y por lo mismo su administración fué ejercida por separado, quedando Burgundia independiente de ellos.

Por su situación geográfica, de extensas llanuras sin fronteras naturales, cruzado por el Rin y el Mosa, es un país abierto al comercio y a toda clase de influencias extranjeras, sobre todo alemanas, pues el Rin, que desemboca en él, es una vía de comunicación muy importante y por tanto muy concurrida. Por mar puede llegarse a él fácilmente desde Inglaterra, España y Portugal. Por tierra colinda con Alemania y Francia.

De esta situación salieron beneficiadas muchas ciudades que llegaron a ser los centros comerciales más importantes de Europa. Citemos un ejemplo. La ciudad de Amberes para el año de 1566 tenía preponderancia comercial sobre Venecia, aún cuando ésta seguía siendo una de las principales plazas comerciales; y existían en ella cerca de mil casas extranjeras pertenecientes a negociantes ingleses, portugueses, italianos, etc.

Se trata de un país llano con pocas montañas y de tierras bajas con escasos bosques. La llanura es fértil en ciertas partes nada más (Zelanda, Utrecht, Artois, Henao), encontrándose éstas precisamente a lo largo de la costa, por lo que por ser la tierra más baja que el nivel del mar, sus habitantes han tenido que luchar contra los elementos construyendo diques y molinos para proteger sus tierras de la inundación. Además de ser propensa a la agricultura esta franja de tierra es también buena para la cría de ganado ya que existen en ella abundantes pastos (Frisia, Zelanda, Flandes).

La carencia de materias primas ha hecho del comercio una necesidad absoluta y de sus habitantes gente pacífica y deseosa de entablar relaciones con otros países. Su constante lucha con los elementos ha hecho que se caractericen por su energía, su tenacidad y su individualismo y a la vez, por su espíritu de solidaridad con sus semejantes ante el peligro común.

2—ESTADO DE LA SOCIEDAD

A mediados del siglo XVI encontramos en los Países Bajos una prosperidad que abarca a todas las clases sociales en general. No hay gran diferenciación entre estas clases sociales que están compuestas, en primer lugar por una aristocracia, cuyos miembros son familias de magistrados; en seguida, por los artesanos y comerciantes que forman la mayoría de la población y por último, un proletariado de marinos y empleados dependientes de la industria del paño, donde aparece ya un capitalismo en estado naciente.

Es curioso observar el papel tan oscuro que tiene el campesino en estos Países. Encontramos en el Este y en el Sur grandes propiedades, posesión de una nobleza de hacendados que representan un papel importante. En el Oeste esta misma nobleza ejercía bastante influencia en el gobierno de la campiña y por sus funciones y manera de vivir se va ligando a la ciudad, hasta que para el siglo XVI va confundándose, poco a poco, con su aristocracia.

El País está poblado densamente tanto en las villas, que son muy numerosas, como en el campo. La industria se concentra exclusivamente en las villas y no es, todavía, capitalista. Los artesanos están reunidos en gremios llamados *gilden* con reglas rigurosas. Los comerciantes no son muy ricos hasta entonces, los marineros son pobres y ante la necesidad de ganar su subsistencia, salen con sus barcos cargados de trigo, madera, arenques, sal, y productos de su industria, a saber: paños y cerveza y navegan por el Báltico y el Mar del Norte hacia las costas de Francia y raramente se aventuran más lejos hacia el Sur.

La mayoría de la población, incluyendo a mujeres campesinas y a niños sabían leer y escribir. Existían escuelas gratuitas en cada ciudad y gran cantidad de establecimientos educativos donde acudían a aprender latín cerca de cincuenta mil niños. A los *expósitos* se les enseñaba un oficio y para los jóvenes existía la universidad de Lovaina.

Todos estos privilegios de que gozaban: instrucción, instituciones libres y la comodidad asegurada por el trabajo, eran la causa de que el pueblo gustase de vivir en completa libertad; que fuera un pueblo deseoso de gozar plenamente de todos sus derechos. Por medio del comercio se ponía en contacto con muchas naciones europeas

y de ellas le venían nuevas ideas que siempre acogía con simpatía.

En cuanto a sus costumbres, los ricos comerciantes de los Países Bajos eran completamente diferentes en su modo de vivir a los españoles. Los primeros eran partidarios del buen vivir y del buen comer, de gozar de las comodidades de una buena casa y eran, por tanto, pacíficos por naturaleza. El español de la época, belicoso y temible en el ataque, se sentía transportado a un país de paganos y no comprendía sus costumbres.

La aristocracia es liberal y es bien vista por el pueblo mientras no abuse de privilegios que vayan en contra de los intereses de la nación.

En cuestiones religiosas, y en lo que se refiere a la herejía en particular, su criterio era más amplio y no aprobaban las persecuciones y castigos que contra los herejes dirigía el gobierno, basados, quizá, en razones de tipo económico y político. El comercio y la industria eran básicos para su supervivencia y como para ello tenían relaciones con países extranjeros y muchos de sus comerciantes eran protestantes temían espantarlos. En cuanto políticamente, no querían aceptar las disposiciones reales para no darle mayor poder político.

Entre los nobles flamencos destacan varios nombres que mencionamos a continuación. Al principio del reinado de Felipe II se encontraba a la cabeza de la nobleza el conde de Egmont, que había prestado buenos servicios al Emperador Carlos V. Noble, leal, buen católico; pero de carácter débil, es fácil de convencer, sobre todo por sus favoritos, y pronto es substituido en importancia por Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange. Descendiente de provenzales y borgoñones, muy favorecido por la suerte, pues de muy joven vivió en la corte del Emperador quien miró por su educación y su patrimonio, convirtiéndose, más tarde, en uno de los personajes más ricos de todos los Países Bajos. Con las características de los hombres llamados a manejar grandes masas, con convincente elocuencia, de espíritu liberal y generoso, se veía rodeado de una corte de pajes y gentilhombres que lo querían y admiraban por su trato igual para los grandes personajes que para los humildes, su sobrenombre de Taciturno se debe a que siempre conservaba la calma sin encolerizarse jamás, aunado a un espíritu sagaz, capaz siempre de disimular sus verdaderos designios, publicando, por otra parte, los de los demás. (1) Felipe le nombró al principio de su reinado en los Países Bajos, gobernador de Holanda, Zelanda y Utrecht convirtiéndolo de este modo en uno de los príncipes más poderosos, poder que supo incrementar el de Orange por medio de matrimonios sucesivos de conveniencia, para lo cual hubo de cambiar de religión varias veces, sin tener, por ello, escrúpulo de orden religioso.

Encontramos en seguida de estos dos personajes los nombres de

Brederode; Juan Glymes, marqués de Bergues; y los hermanos Montmorency, el mayor, Felipe conde de Horn y el menor, el barón de Montigny; y por otra parte a los decididos partidarios de la autoridad real, Arschof; Aremberg; Berlaymont y Noirquernes; siendo los dos últimos favoritos de la corte española.

3.—GOBIERNO.

A comienzos del reinado de Felipe II en los Países Bajos se nombraba un gobernador y lugarteniente general que tenía que tratar todo lo relativo al Estado con un Consejero, formado por consejeros elegidos por los mismos flamencos entre señores o gobernadores de provincias, o entre personas de letras. Existía además un Consejo Privado compuesto por un presidente y doce consejeros, que trataban en general asuntos de justicia y policía; y un Consejo de Hacienda y una Cámara de Cuentas. Los Estados se reunían en Bruselas, hallándose presentes sus tres miembros: eclesiásticos, nobleza y villas capitales; que tenían facultad para clasificar los impuestos, los que junto con las leyes, debían ser aceptados por voto unánime de los representantes de las provincias. Un gobierno de libertades que Felipe respetó en un principio para tratar de atraerse las simpatías de sus nuevos súbditos. Sus esfuerzos por conseguirlo duraron desde el año de 1555, en que abdicó su padre Carlos V en su favor, hasta 1559 en que, sin haberlo logrado, regresó Felipe a España.

Las diferencias existentes entre Felipe II y los habitantes de los Países Bajos eran muy grandes, pues divergen no solamente en su modo de ver la vida en sus costumbres, en sus gustos, sino también en muchos casos, en sus sentimientos religiosos. Además Felipe era ante todo un español, no hablaba más que español, se rodeaba preferentemente de españoles y por ello sus súbditos se sintieron descontentos, porque para ellos era un extranjero.

Pero no solamente esto era causa de descontento, sino que existían muchas otras causas que podríamos clasificarlas por su origen, en causas de origen político, causas de origen religioso y causas de origen económico y social. (2)

Bajo el gobierno de Carlos V, los Estados Generales eran convocados con frecuencia. Con Felipe, sin embargo, el gobierno se iba centralizando. Ya no se convocaban los Estados Generales tan a menudo y los flamencos sintieron sus intereses amenazados y temieron que fueran violados sus privilegios.

Si bien Carlos V había perseguido la herejía en los Países Bajos y había sostenido la Inquisición, no lo había hecho con gran rigor y no había dado motivos para recelar de su actitud. Felipe II, sin embargo, aunque en principio decidió conservar el gobierno en la forma en que había estado bajo su padre, tocante a la herejía fué de

opinión diferente y decidió elevar (1561) el número de diócesis existentes de cuatro a dieciocho.(3) Esta medida no sólo desagradó a la población en general sino también al propio clero, pues ello significaba un decrecimiento en los ingresos que ordinariamente obtenían, ya que se verían obligados a compartirlos con un mayor número de obispos. El bajo clero, además, temía que ello significara un aumento de control sobre sus personas.

Esta medida daba más poder al Cardenal Granvela, el consejero principal del gobierno, que no era bien visto por ser extranjero. Difundió también el temor de que se estableciera en los Países Bajos la Inquisición a imagen y semejanza de la española.

Y entre las causas de origen económico, encontramos en primer lugar el estado desastroso en que se encontraba la Hacienda pública. del que Felipe no tenía culpa alguna pues su padre así se la había dejado, pero que había contribuido a agravar las relaciones entre Felipe y sus súbditos. Esto, sumado a las dificultades que experimentaba la industria del paño (por impuestos muy elevados y competencia de Inglaterra), mal pago del gobierno (siempre sin dinero) a sus funcionarios y a sus soldados, daba lugar a que existiera una atmósfera de descontento general que crecía cada vez más.

Así las cosas, se presentó el problema de nombrar un gobernador para los Países Bajos, pues Felipe tenía que partir para España a atender otros asuntos urgentes, aumentándose con ello la tensión general.

Por parte de los flamencos se sentía simpatía por que fuera nombrado alguno de los hijos del Emperador Fernando I; pero Felipe re celaba que se sublevaran con el apoyo del pueblo. Orange, con la ayuda de Egmont, propuso a Cristina de Dinamarca, duquesa de Lorena y prima del rey, que era inteligente y muy popular por haber nacido en Flandes. Pero Felipe consideró peligroso nombrarla por su relación con Francia y por haber sido propuesta por Orange, que así intervendría en el gobierno.

Entre varios candidatos eligió al fin, por consejo de Granvela y del duque de Alba, a Margarita de Parma, hija natural del Emperador, que fué bien vista y acogida por el pueblo por ser nacida en Flandes, aún cuando la mayor parte de su vida la hubiera pasado en Italia. Pero el rey no le otorgó plenos poderes. La rodeó de dos consejos; el de Estado y la llamada Consulta o Consejo Privado.

CAPITULO I

Gobierno de Margarita de Parma

(1559-1567)

Embarcóse Felipe II en Flesinga el 26 de Agosto de 1559 para nunca volver a los Países Bajos, dejando a su media hermana Margarita a cargo del gobierno.

Margarita de Parma era hija de Carlos V y de una doncella hija de un tapicero, llamada Juana Vandergherynst.(4) Fué criada por unas tías del Emperador y a los catorce años la casaron con Alejandro de Medicis (1536) que fué asesinado al poco tiempo. Unos años después (1538) se casó con Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III, quien además de desear ser mantenido en el ducado de Parma codiciaba a Ferrara y a Plasencia y ello constituyó una de las causas por las que Felipe se decidió a nombrar a Margarita regente, pues creyó que el deseo de que los proyectos territoriales de su esposo en Italia se realizaran la pondrían incondicionalmente a disposición del gobierno en Madrid.(5) De esta unión nació en 1545 un hijo que habrá de figurar más tarde en los sucesos históricos acaecidos en los Países Bajos, Alejandro Farnesio, duque de Parma. Margarita era muy católica, muy trabajadora y metódica. A razón de su nombramiento tenía 38 años y aunque natural del País, era extranjera en su manera de pensar y hasta se le había olvidado escribir el francés.

El primer problema que se le presentó a Margarita como gobernadora de los Países Bajos fué el de la evacuación de las tropas españolas que se hallaban en el País. Ya desde antes de que partiera el rey para España los Estados se hab'án reunido y hab'ían pedido al monarca que las retirara; pero Felipe partió sin haber resuelto el problema por falta de dinero con que pagar sus sueldos a los soldados, dificultad que pudo ser, más tarde, superada con la dote de Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia, y con la que se desposó Felipe después de su partida de Flandes; saliendo las tropas del País en 1561.

Después de éste, se encuentra la gobernadora con otros muchos problemas. La cuestión religiosa, entre ellos, contribuyó a levantar los ánimos contra el gobierno. El luteranismo había ganado muchos adeptos en los últimos años del reinado de Carlos V y con Felipe II tuvo que dejar su lugar primordial al calvinismo, que fué ganando partidarios sobre todo en los centros urbanos capitalistas, que eran atraídos por las doctrinas económicas de Calvino y por el progreso de los hugonotes franceses. El calvinismo no sólo quería libertad para su culto sino que deseaba imponerse aún por medio de la violencia, persiguiendo, a la vez, a los católicos con crueldad.

A las inquietudes que provocaban, se aunaban las que Felipe II provocó con su reorganización de la diócesis en los Países Bajos; hecho que aunque aparentemente sólo despertó una agitación pasajera entre los frailes, que miraban por sus rentas, el pueblo, que ve con malos ojos cualquier cambio en sus instituciones, y la aristocracia; sirvió para levantar la opinión pública y precipitarla en ideas de tolerancia religiosa, en oposición al gobierno, y en temor a la Inquisición, que aunque hacía cuarenta años que existía en los Países Bajos y a pesar de los Carteles, once decretos instituidos por Carlos V para imponer diferentes castigos a los herejes, todos ellos de muerte por hierro, fuego o fosa; no había sido vista con malos ojos, pues si bien la ley era dura los encargados de aplicarla eran tolerantes y moderaban las penas. Los inquisidores eran canónigos o doctores en leyes, escuchaban a los defensores y se servían de funcionarios y ministros de la justicia civil. En muchas provincias no había inquisidores, y en otras, aún existiendo, nunca se les convocaba y no se les conocía. Pero Felipe II no consideró que la Inquisición debía seguir en ese estado y renovó los Carteles, ordenando a Margarita que los aplicara con rigor y que se empezara la persecución activa de los herejes, todo ello contra el parecer de la regente y de su consejero Granvela.

I.—EL CARDENAL GRANVELA (1559-1563).

Antonio Perrenot conocido como Granvela y natural del Franco Condado, fué primero secretario muy afecto al Emperador quien le encomendó delicadas misiones diplomáticas y supo ganarse, después, el afecto de su hijo Felipe II logrando, durante la estancia del rey en los Países Bajos, hacerse indispensable, y a su partida para España se le nombró consejero principal de la gobernadora Margarita de Parma. Era un hombre de gran capacidad y habilidad. A los 23 años era ya obispo de Arrás y fué más tarde nombrado cardenal.(6) El gran ascendiente que tenía con el rey y el lujo con que se rodeó, le atrajeron el odio de muchos, tanto que le culpaban a él de todos los males por los que pasaban los Países Bajos.

A pesar de sus esfuerzos por conciliar al pueblo con la voluntad del rey, Granvela fracasó, no sólo con el pueblo sino con la nobleza misma. Además, los consejeros que tenía Granvela, Morillon, Viglio y Felipe Nigri, atendían a hacer sus fortunas personales, mientras que los demás funcionarios del gobierno tenían que renunciar a sus puestos por carecer de dinero y de crédito. Y aunque Granvela no tenía la culpa de esta situación, la miseria de los empleados comparada con la riqueza de sus favoritos le atraían fuertes antipatías y grandes odios.

Originalmente, Felipe había nombrado como consejeros de Margarita al Consejo de Estado, compuesto por Lamoral de Egmont, conde de Egmont y gobernador de Flandes y Artois; el príncipe de Orange y el señor de Glajón; y al consejo conocido con el nombre de la Consulta, del que formaba parte Granvela junto con Viglio, presidente del Consejo privado, y Berlaymont, jefe de finanzas. La Consulta fué poco a poco usurpando todas las funciones del Consejo, dejando a los primeros a un lado y convirtiéndolos, con el curso de los acontecimientos, en jefes de la oposición nacional.

Por lo pronto, ante la situación existente, Orange y Egmont renunciaron a sus cargos en señal de protesta de que se les sustrajera la resolución de los asuntos más importantes. El rey contestó a la dimisión de Egmont y Orange enviando al conde de Horn con el encargo de conciliarlos con Granvela; pero la lentitud con que decidió y puso en práctica esta medida hizo que cuando se aplicara fuera ya inútil.

Orange pide a la regente que se convoquen los Estados Generales y ante la presión general, reúne a los caballeros del Toisón de Oro que son los representantes de la alta nobleza, decidiéndose enviar a Floris de Montmorency, barón de Montigny, a la corte española para poner al rey en conocimiento del verdadero estado de cosas. Montigny redujo las causas de descontento principalmente al odio a Granvela, al temor a la Inquisición y al aumento de los obispados. Felipe trató de desvanecer esos temores prometiendo suprimir la Inquisición, no dedicar a las diócesis a policía religiosa y asegurando, además, que nada tenían que temer de Granvela puesto que éste nunca aconsejaba medidas de rigor contra ellos.(7) Pasaron algunos meses de silencio por parte del rey, que esperaba que el tiempo haría olvidar esos descontentos contra el cardenal, el cual se desesperaba ante la tardanza del rey en contestar la correspondencia.

Al año siguiente (1563), Orange, Egmont y Horn firmaron una carta pidiendo la destitución de Granvela. El rey les invita a ir a España; pero por el momento deciden no ir, hasta que Egmont recibe una carta del monarca en que le ruega que vaya, y como representante de los estados, se presenta a Felipe para informarle que la cuestión religiosa es difícil de resolver por hallarse muy arraigadas las nuevas teorías. Sugirió además que su presencia real en los Países Bajos haría mucho bien; pero no logró Egmont ninguno de los propósitos que le llevaron a España y tuvo que regresar a su país.(8)

Mientras tanto, los nobles se confederaban y adoptaban divisas y emblemas para atraer la atención del pueblo, y cuando el rey decidió apoyar a su ministro en los Países Bajos, su medida fué ineficaz pues graves disturbios se habían producido ya.

Entre las provincias de lengua francesa y las de habla flamenco había surgido una división que se había marcado más con la diferen-

cia de religión existente entre una y otra. Las primeras habían aceptado las doctrinas calvinistas, mientras que las segundas habían preferido al luteranismo. Y al primer grupo perteneció el Henao, de cuyas dos ciudades más importantes, Tournai y Valenciennes, habían de partir los disturbios de que hemos hecho mención con anterioridad. Estas dos ciudades ejercían comercio con el extranjero, con Inglaterra y Alemania principalmente, y los intereses comerciales de estas potencias extranjeras les hacían intervenir subrepticamente en sus luchas religiosas. Los calvinistas de estas ciudades se sentían orgullosos de serlo y exponían públicamente sus deseos de morir por sus ideales. Sobre todo en Tournai, se dan muchos casos de "mártires" como ellos mismos denominan a los que mueren por su fé. En Valenciennes, sin embargo, recuerdan que en su calidad de burgueses tienen el privilegio de no poder ser torturados, y sus magistrados hacen todo lo posible por no condenar a los reos que tienen bajo su custodia. Se da el caso de dos prisioneros llamados Mallart y Fauveau cuya ejecución fué dilatándose hasta que no teniendo más remedio los magistrados que cumplir las órdenes expresas de la regente, fijan la fecha de ejecución y en ese día, los prisioneros son librados y libertados por el pueblo congregado para presenciara. Margarita hubo de informar al rey de este hecho y el castigo no se hizo esperar, empezando, como consecuencia, las persecuciones y detenciones de sospechosos. Las penas aplicadas varían de la de muerte a los azotes. El rey no está complacido con la moderación de los jueces y ordena a su hermana que tome medidas más severas. Margarita depone a los magistrados y no perdona a nadie.(9) Pero las culpas de todo recaen, ante los ojos de la regente, del cardenal y del mismo rey, en el gobernador del Henao, el marqués de Bergues, quien se atrevió a insinuar que no bastaba el derramamiento de sangre, que había que averiguar primero las causas para poder poner remedio. Granvela informa al rey que Bergues tiene entrevistas secretas con Montigny y Egmont en Tournai, y que sospecha que desea la tolerancia para la herejía.(10)

Ante las persecuciones efectuadas, el calvinismo gana más simpatías en el Henao y la gobernadora tiene que consentir en suprimir las ejecuciones de los condenados en público, pues éstas provocaban muchas simpatías hacia ellos.

Los magistrados con funciones inquisitoriales se encuentran con muchas dificultades en el ejercicio de sus funciones, no hallan testigos que declaren contra los acusados y son despreciados por el pueblo. Muchos tienen que dejar sus cargos y otros se vuelven crueles y con marcada animosidad.

La aristocracia flamenca atribuye estos sucesos al mal gobierno de Granvela. Egmont, Horn y Orange envían al rey cargos contra él. La misma regente Margarita informa al rey que es imposible mante-

ner el gobierno en buen equilibrio con la doble oposición del pueblo y de la aristocracia y en la carta, que por medio de su secretario le envía a España, le señala que si no releva a Granvela de su cargo se podía producir una sublevación. La opinión de Margarita fué definitiva y al regreso de Armenteros a los Países Bajos, el cardenal Granvela se retiró (1564) pretextando haber pedido permiso al rey para ir a visitar a su madre al Franco Condado. Margarita escribió a Felipe que si volvía Granvela se podrían perder los Países Bajos por lo que cuando él quiso regresar, el rey le aconsejó que fuera a Roma a pasar algunas semanas, con lo que comprendió que su presencia ya no era deseada en dicho país. Granvela se retiró pero temiendo que su ausencia no remediara en nada la situación.(11)

2.—MARGARITA DE PARMA (1564-1567).

Al principio, la destitución de Granvela parecía haber calmado los ánimos; pero los favoritos del cardenal continuaban en el poder y no se produjo ningún cambio, por lo que la agitación popular continúa y los nobles deciden enviar al conde de Egmont, con carta redactada por Orange, a España (Enero de 1565) para exponer al rey la resistencia existente a que se cumplan en los Países Bajos las decisiones que se tomaron en el Concilio de Trento. El rey convoca entonces una junta de teólogos para discutir el caso y ellos le aconsejan que para evitar males mayores deje en suspenso esas decisiones. Pero Felipe no estuvo de acuerdo y ordenó a su hermana, en carta que entregó a Egmont para llevarla, que hiciera cumplir los edictos con todo rigor, para lo cual había de proporcionar ayuda a los ministros y a los inquisidores. Margarita trató de cumplir las órdenes recibidas en secreto; pero el pueblo se las arregló para enterarse de ellas y propalarlas, con lo que comenzaron las reuniones secretas para organizar la protesta. Los primeros confederados se reunieron en Breda, estado de Brabante, bajo la dirección de Orange.

Mientras, la regente irata de entretener a los nobles ofreciéndoles grandes fiestas. Pero, en medio de estos regocijos continúan las persecuciones religiosas, persecuciones que causan emigraciones de muchos flamencos a Inglaterra, quedándose algunas poblaciones abandonadas. Isabel de Inglaterra les ofrece refugio en Norwich y la industria del paño inglesa se ve muy favorecida desde entonces, haciendo fuerte competencia a la flamenca, que antes era la que surtía a Inglaterra en esta rama.

Este éxodo de gentes, más de treinta mil flamencos, trajo consigo un empobrecimiento general del país y puso en peligro a la industria del paño.(12) Pero no por ello Felipe ceja en su propósito de exterminar la herejía; para lo cual está dispuesto a quemar 60 ó 70,000 hombres en caso necesario.(13) Margarita hace sus cartas

más frecuentes a su hermano explicándole que por la severidad de las órdenes dadas, eran inaplicables y que muchos gobernadores de provincia le presentaban la renuncia a sus cargos, y que ella, de seguir así las cosas, no tendría más remedio que seguir su ejemplo.

Durante este tiempo, la dirección del movimiento de la oposición pasa de la aristocracia a manos de la pequeña nobleza, en la que abundaban los calvinistas, y a fines de 1565 se reúnen en la frontera de Spa y forman una liga de confederados que ellos llaman Compromiso. Redactan un manifiesto que es firmado por nombres oscuros, sólo hay una excepción, la de Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange y con sus mismas buenas cualidades. En este manifiesto protestan contra el establecimiento de la Inquisición a semejanza de la española, jurando impedir con todas sus fuerzas la introducción de dicha inquisición en su País, y contra los edictos tridentinos. Al mes siguiente dirige su adhesión a la liga, junto con la de doscientos caballeros más, Brederode, quien propone llevar el manifiesto a la regente a Bruselas, presentándose todos juntos, armados y a la luz del día. Al enterarse Margarita del proyecto, propone a Orange y Egmont que los rechacen con sus compañías; pero ellos responden que no pueden batirse por la inquisición y los decretos; llegándole entonces la noticia de que doscientos confederados habían entrado ya en Bruselas (Abril de 1566).

Se reunieron los confederados en la Hosteria de Culemburgo, y, a caballo, se dirigieron a donde estaba la regente para entregarle un memorial pidiendo se suspendiera la Inquisición y edictos Tridentinos. Después de desfilas uno a uno ante ella se retiraron. Margarita se quedó durante un tiempo sin poder decir palabra, por lo que el consejero Berlaymont que estaba junto a ella le dijo que no les tuviera miedo, pues eran unos "gueux" (mendigos), calificativo que al ser oído por los interesados lo adoptaron como símbolo, y vistiéndose burdamente desfilaron por la ciudad simulando ser pordioseros, yéndose más tarde a celebrar este acto con un banquete en la Hosteria de Culemburgo.

Las peticiones entregadas a Margarita fueron enviadas al rey por conducto del barón de Montigny y del marqués de Bergues, quienes iban animados con propósitos de conciliar la autoridad real con las libertades del país, no tomando muy en cuenta ni a los reformados, ni a la nobleza que se agitaba en torno de Brederode. Orange no gusta de los extremos ni de los excesos que cometen los partidos existentes y en su moderación lo único que pide es que se convoquen de nuevo y con regularidad, los Estados Generales.(14)

Mientras el rey decide lo que ha de hacerse, Margarita había mandado suspender los procesos, y no se atreve ni a aplicar los edictos de persecución. Esta situación la aprovechan los calvinistas para organizar sus predicaciones públicamente en Gante en Valen-

ciennes y hasta en Bruselas. La indignación de Margarita en este punto llega al máximo. En Amberes organizaron dos prédicas, una en francés y la otra en flamenco, en pleno día. Orange acudió para evitar este acto y fué recibido calurosamente. Margarita, sin dinero, no puede organizar tropas con que impedir las prédicas y se desespera. Felipe, entre tanto, da largas al asunto, prometiendo a Montigny pensar en ello.

Transcurre el tiempo y los confederados vuelven a reunirse, esta vez en Saint-Trond, y envían una delegación a la regente con instancias casi amenazadoras.

Orange había logrado al fin establecer el orden en las calles de Amberes y el rey trata de atraérselo con palabras que no logran convencerlo, lo único que le atraería sería la supresión de los decretos y la convocación de los estados generales, concesiones que son consideradas por los consejeros del rey como demasiado grandes, pues creen que con ello se establecería la libertad de religión.

Por fin, después de larga espera, y apremiado por Margarita, el rey accede a la suspensión de la Inquisición hasta que el Papa otorgue la supresión, y el perdón general para los que no estuvieran en proceso (Agosto de 1566). Además restituye a los obispos los derechos que les habían sido usurpados por los inquisidores. Lo limitado de estas concesiones hicieron que el espíritu de agitación fuera en aumento hasta estallar en escenas de violencia que llenaron la segunda quincena de Agosto (1566). El primer lugar en que hicieron su aparición fué en Saint-Omer para llegar rápidamente hasta Holanda, Gante y Amberes. Invadieron los monasterios cercanos a Tournai y Valenciennes, y en todas partes saquearon, destruyeron imágenes e hicieron profanaciones, cometiendo crueldades en las personas de los sacerdotes y religiosos. Fueron saqueadas cuatrocientas iglesias y monasterios, desapareciendo objetos de arte, pinturas, tapices, y plata cincelada. Los saqueadores son gente del populacho mezclada con aventureros venidos de Inglaterra, que realizaron su trabajo devastador ante la mirada indiferente de los demás. (15) Los dirigentes del movimiento buscan pretextos para disculpar la brutalidad de una parte de sus seguidores sin conseguirlo.

A causa de esta situación el Consejo se divide en dos partes, junto al rey y la regente se encuentran Aremberg, Berlaymont, Noirquernes y otros; del otro lado, Orange, Egmont y Horn. Al consultarle Margarita a Egmont sobre los acontecimientos, opina que lo importante es conservar el Estado; pero Margarita cree más importante conservar la religión. Cansada, quiere huir de Bruselas y no se lo permiten. Margarita teme la reacción de Felipe, quien se encoleriza con los saqueos de las iglesias y no presta oídos a quienes le hablan de usar la clemencia con los exaltados. Granvela le escribe y le aconseja que los perdone y al saber que el mismo Papa, Pío V, le aconseja que tenga piedad de ellos, se enfurece aun más.

Entre tanto, como había dicho Egmont, lo importante para la nobleza fué conservar el estado, para lo cual reunieron a sus compañías de ordenanza y reclutaron gente de a pie, con cuyas fuerzas impusieron el orden. Horn en Tournai, Egmont en Artois y Orange, por segunda vez, en la ciudad de Amberes. Esto hizo que la opinión pública cambiara y que los iconoclastas fueran repudiados por todos, impidiéndoles las mujeres de Amsterdam y de Utrecht que cometieran nuevos atracos en sus iglesias. Margarita, asustada, prometió tolerar el culto reformado en los lugares en que ya estuviese establecido antes de la rebelión de los iconoclastas. Los calvinistas tomaron posesión de las iglesias y el culto católico fué suspendido casi en todas partes. Pero no todos aprobaban su actitud. Muchos nobles católicos se aliaron con el poder legítimo y de la alta nobleza sólo el príncipe de Orange seguía oponiéndose al gobierno. En el invierno de 1566 a 1567, Margarita de Parma reúne a todos los que permanecían con simpatías por el catolicismo y, por la unidad cristiana y con su ayuda, y la proporcionada por España, pudo formar tropas con que combatir a los rebeldes de Valenciennes y de los dominios de Brederode que habían quedado fuera de la sumisión general.

Valenciennes estaba, desde los acontecimientos de los iconoclastas, bajo el dominio de una junta de calvinistas que los hace declararse contra España y su religión. Egmont y Noirquernes con sus tropas bloquean la ciudad y el 23 de Marzo de 1567 logran hacerlos capitular, ahorcando a sus jefes como represalia.

Ya más segura, Margarita irata de ligar a la aristocracia con el rey y les pide que juren que han de servirle sin límites ni restricciones. (16) Orange protesta y Egmont le quiere hacer jurar, pero al no consentir en ello se produjo la división entre la aristocracia flamenca, decidiendo Orange, entonces, retirarse a sus posesiones en Alemania (Abril de 1567). Brederode también se dirige a ese país en donde muere. Con ello la regente se siente con autoridad absoluta y entra en Amberes escoltada por un gran número de valones. Su primera acción fué restablecer el culto católico.

Sin embargo Felipe no se da por satisfecho con los triunfos obtenidos por la regente. No quiere perdonar las ofensas y siente la necesidad de imponerles un castigo; aún cuando Margarita, Granvela, su secretario Ruy Gómez de Silva y el Papa, abogaban por una política conciliadora decide seguir el consejo del Duque de Alba, o sea emplear el rigor. En un principio pensó en ir él personalmente a imponer su autoridad y anunció a Margarita haber nombrado al de Alba como jefe del ejército expedicionario ya que él iría más tarde (3 de Diciembre de 1566).

Margarita informa a su hermano que Alba es aborrecido en los Países Bajos; pero no le hace caso, y ordena al duque que prepare el viaje.

CAPITULO II

Gobierno del Duque de Alba (1567-1573)

Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, se educó en la corte del Emperador Carlos V, habiendo tomado parte en muchas batallas bajo su reinado, en las cuales logró distinguirse hasta ser nombrado generalísimo de los dominios españoles en Italia. Era de carácter duro, sobrio, infatigable, buen diplomático, con gran lealtad a su rey y ardiente católico. Felipe lo escogió como la persona más adecuada para establecer el orden en los Países Bajos; pero la noticia de su nombramiento no fué recibida con agrado sino muy al contrario, con temor y disgusto.

Los preparativos del ejército que iba a acompañar al Duque a los Países Bajos le llevaron varios meses de continuo trabajo y el 27 de Abril de 1567 pudo, por fin, embarcarse en Cartagena con rumbo a Italia en las galeras de Juan Andrea Doria.

Se componía el ejército español de soldados bien armados que iban, cada uno, acompañado de un criado y una mujer. Era un puesto propio que no podían abandonar sin orden superior y en el que eran respetados al igual que los oficiales, por lo que se sentían orgullosos de su oficio. Las mujeres tenían la misión de cuidar de los campamentos y de las subsistencias.

El que llevaba el duque, era de 10,000 hombres, entre los cuales se encontraban españoles veteranos, los tercios de Nápoles, Sicilia, Lombardía y Cerdeña. Sus capitanes fueron Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño, Julián Romero y Gonzalo de Bracamonte. El hijo de Alba, Fernando Alvarez de Toledo, estaba al frente de la caballería y Sancho Dávila era el capitán de la guardia personal del Duque. Para las obras de ingeniería y fortificaciones se había escogido a Chiapino Vitelli. (17)

Organizado de este modo el ejército, el Duque se puso en marcha hacia los Países Bajos. El rey francés, Carlos IX, no permitió que pasaran por sus tierras por lo que se vieron obligados a realizar una pesada jornada por los Alpes saboyanos, por Borgoña y Lrena, para llegar rápidamente a la frontera de Flandes. Esta marcha no solamente se caracterizó por la rapidez con que fué realizada sino también por el orden ejemplar que reinó en ella gracias a la férrea disciplina que sobre sus hombres estableció el Duque. Ya en Thionville, o sea en la frontera de Francia con los Países Bajos, fué recibido por Carlos de Berlaymont y por Noirquernes que habían sido enviados por la gobernadora a darles la bienvenida. El 22 de Agosto entró en Bruselas en donde fué acogido fríamente, aún por la misma Margarita. Felipe le había informado que ella seguiría de gobernadora, pues el Duque iba como capitán general a encargarse de todo asunto re-

lacionado con la guerra, teniendo poder también como juez, estaba capacitado para castigar y perdonar levantamientos y Margarita tenía que obedecerle en lo que dispusiera al respecto. (18)

¿Cuál era en realidad la verdadera misión del Duque? Aparte de reprimir la herejía, su política tenía que tender a hispanizar a los Países Bajos tanto religiosamente como políticamente. Tenía que restablecer la autoridad de la Inquisición y de los Edictos de Carlos V (19) y no permitir que nadie se mezclara en el gobierno, prohibiendo la formación de Asambleas y Ligas. Para obtener estos resultados el Duque utilizó como armas, la represión y la violencia. (20)

En primer lugar, distribuyó Alba su ejército por las principales ciudades Bruselas, Gante, Amberes y otras, obligando a los burgueses de ellas a alojarlos en sus casas. Los españoles acostumbrados ya a robar y confiscar todo lo que se encontraban a mano porque no eran pagados a tiempo, al encontrarse con que les debían tres pagas, y no tenían de que vivir, empezaron a apoderarse de las pertenencias de sus huéspedes causando con ello gran indignación y descontento. Muchos salieron del País para dirigirse a Italia, a España o a Francia. (21)

Hecho esto, informó el Duque a la gobernadora estar dispuesto a asumir toda la responsabilidad en los castigos que hubiera de aplicar. Margarita no contenta con la situación y con los amplios poderes del Duque pidió a Felipe que la relevara de su cargo.

Hasta entonces Alba no había actuado abiertamente; pero el 9 de Septiembre aconteció algo que habría de causar pésima impresión en Flandes.

Había reunido el Duque a los señores del Consejo y a gobernadores, entre los cuales se hallaban los condes de AreMBERG y Mansfeld, Arschot, Noirquernes, Chiapino Vitelli, y los condes de Egmont y de Horn, en su casa para ofrecerles una comida y acabando el acto dispuso que Egmont y Horn salieran por distintas puertas; en una de ellas se encontraba el capitán de las guardias del Duque, Sancho Dávila quien aguardaba a Egmont para aprehenderlo; y en la otra, con el fin de prender a Horn, se hallaba el capitán Jerónimo de Salinas. Estas detenciones se hicieron con todo sigilo y una vez consumadas, encerrados ya Egmont y Horn separadamente en prisiones, el Duque envió recado a Margarita asumiendo la responsabilidad y disculpándose por no haberla informado con anterioridad de este plan por temor a que se difundiese la noticia y se impidiesen dichos arrestos.

Entre los calvinistas se sintió la detención de Horn y entre los católicos la de Egmont, que al ser prendido había protestado ser fiel al rey y haberle servido en repetidas ocasiones. ¿Por qué entonces había Felipe ordenado su aprehensión? Se había comprobado que los dos habían tenido que ver en un principio, con los rebeldes al

gobierno en el Compromiso de Breda. Además se pensaba que si los personajes sobresalientes eran castigados con rigor, los demás se atemorizarían y se reduciría la rebelión.(22)

Poco antes de este suceso, había el Duque creado un Consejo de Justicia, llamado Consejo o Tribunal de los Tumultos y pronto conocido entre el pueblo como el Tribunal de la Sangre, constituido por siete magistrados: Berlaymont, Noirquemes, Adrian Nicolay canciller de Güeldres, Jacques Martenssen consejero de Flandes, Juan de Blasere presidente del consejo de Malinas, Pierre Arset presidente del consejo de Artois y el español Juan de Vargas, protegido de Alba, que se distinguió por su crueldad en el desempeño de sus funciones.(23) Este Tribunal tenía por objeto averiguar quién había tomado parte en los pasados motines, en que las iglesias fueron saqueadas e incendiadas, e imponerles un castigo. Reemplazó a todas las otras cortes y jurisdicciones, sin prestar atención alguna a libertades y privilegios. Así cuando Flandes alegó que tenían el privilegio de ser juzgados sólo por ellos mismos, el Duque contestó que se trataba de un tribunal con jurisdicción extraordinaria para castigar la rebelión. Celebraron sesiones de mañana y tarde saliendo condenadas un gran número de personas. Se calcula que en un sólo día 500 personas fueron sentenciadas a muerte y que el número de muertos por ejecuciones de tipo religioso aumentó de 6,000 a 8,000 de 1567 a 1572. Las propiedades de las víctimas eran incautadas por el gobierno, y el Duque era el encargado, como presidente, de los fallos finales y de firmar todas las sentencias.

La gobernadora Margarita de Parma, ante estos hechos tan penosos para ella, volvió a insistirle al rey en su petición de ser reemplazada de su puesto; y por fin, el 5 de Octubre su renuncia le fué admitida pudiendo partir para sus estados de Parma a fines de Diciembre con una pensión vitalicia de 14,000 ducados. Alba entonces fué nombrado gobernador (1567) y tuvo que salir de Amberes, donde había mandado edificar una ciudadela, para Bruselas a despedirla.

Muchos burgueses temiendo la acción del Tribunal de los Tumultos habían empezado a emigrar por lo que Alba hubo de publicar una orden prohibiéndoles que lo hicieran, so pena de ver todos sus bienes confiscados y ellos presos. Todo el mundo atemorizado se sometió a la autoridad del Duque, en un principio.(24)

Mientras, el príncipe de Orange y su hermano Luis de Nassau, que se hallaban refugiados en Alemania, habían comenzado a organizar la resistencia procurando Guillermo atraerse tanto a católicos como a protestantes y para Abril de 1568 las luchas religiosas y civil, se desencadenaron con gran violencia por ambas partes. A finales de este mes se produjo una triple invasión de tropas oranquistas que penetraron por Maestricht y fronteras del ducado de Güeldres y Frisia y Francia. Guillermo de Nassau está a la expectativa con tropas de reserva en Cleves.(25)

Los rebeldes de Alemania habían enviado dinero a sus correligionarios en los Países Bajos con el objeto de ayudarles a levantar tropas, principalmente en Lieja, con las que debían reforzarlos en su invasión. Estas levadas de gente las estaban efectuando por orden de Orange, Guillermo de la Marck, Señor de Lumey y M. de Villers.

Al enterarse el duque de Alba de estos preparativos ordenó a Sancho de Londoño se dirigiera a Namur con parte de su tercio y a don Lope de Acuña con la caballería de Tournai, lo mandó a Lieja a cubrir la frontera con Francia. En seguida destinó a Londoño a Maestricht, en los confines de Brabante, sobre el Mosa, a donde debía reunirse con Sancho Dávila, capitán de guardias, para que, juntos, combatieran a los rebeldes que se hallaban a dos leguas de Maestricht, en Estem.

En unión del conde Felipe de Eberstein y sus 300 alemanes que estaban de guarnición en Maestricht, salieron en persecución de los rebeldes que se habían movilizado ya para fortificarse en un lugar cerca de Cleves, en Dalem, donde fueron sitiados y después de corta lucha vencidos (Abril de 1568). Mataron a muchos e hicieron prisionero a Villers, quien nombró a varios coroneles y capitanes alemanes que estaban comprometidos a levantar a los rebeldes para entrar en los Estados. Esta victoria fué importante porque cortaban una de las fronteras por las que podrían entrar las tropas rebeldes.

Después de poner orden, Sancho Dávila con los prisioneros importantes, partió para Bruselas; Eberstein regresó a Maestricht y Sancho de Londoño se dirigió a Ruremunda que por estar a la entrada del ducado de Güeldres y en medio de dos ríos que salían a Holanda y Zelanda, era de suma importancia como guarnición; pero el Duque de Alba, poco después, le ordenó que fuera otra vez a Maestricht.

Tuvo entonces Alba noticia de que en el ducado de Güeldres y en el castillo de Boxemer, en particular, se hallaban alrededor de mil rebeldes, por lo que ordenó al conde de Mega, como gobernador del ducado, que fuera a combatirlos, mandando en su ayuda a Gonzalo de Bracamonte con parte de su tercio, que al unirse a él, se enteraron de que los rebeldes se habían refugiado en Grabe, villa que está en la frontera de Güeldres y Cleves, sobre el Mosa; y que al tener noticia de su venida habían huido dispersos, y aunque el conde de Mega los persiguió no obtuvo ningún resultado, por lo que dió aviso al Duque de lo ocurrido; el cual dispuso que Gonzalo de Bracamonte metiese una compañía de su tercio en Grabe y el resto lo colocase a los alrededores de dicha villa.

Hasta ahora hemos visto que se logró rechazar a los rebeldes que habían penetrado por el centro y por el sur; pero en el norte la suerte cambia.

Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, logró reunir seis mil infantes y algunos caballos con los que entró al país por Fri-

sia tratando de apoderarse y fortificar los lugares que le convenían, alterando con ello al país. Alba al tener conocimiento de esto, ordenó al conde de Aremberg, que acababa de regresar de Francia de prestar ayuda al rey francés con 1,500 caballos por mandato del mismo Duque, que como gobernador de la provincia invadida fuera a combatirlos; para lo cual mandó a Gonzalo de Bracamonte fuera a reunirse con él en Groningen y llevara consigo su tercio de Cerdeña. También ordenó, temiendo que el número de rebeldes hubiera aumentado, al conde de Mega que se reuniera con Aremberg en Groningen y así juntando todas estas fuerzas les sería más fácil rechazar y terminar con los rebeldes.

Aremberg y Bracamonte se reunieron en Frisia, de donde se dirigieron a Dam, que era el lugar en que estaban las fuerzas enemigas, las que tuvieron, después de una escaramuza con los españoles, que refugiarse en la abadía de Heiligerlee, lugar pantanoso cerca de la ensenada de Dullart. Aremberg impaciente por terminar pronto, no quiso esperar los refuerzos del conde de Mega que estaban por llegar, y atacó, algunos españoles se aventuraron demasiado y fueron derrotados fácilmente por lo que Aremberg entonces arremetió contra la caballería enemiga que estaba a cargo de Adolfo de Nassau, hermano de Orange, a quien, en lucha de cuerpo a cuerpo dió muerte Aremberg, perdiendo él mismo la vida en el combate más tarde. Murieron en esta batalla de Heiligerlee (Mayo de 1568) bastantes soldados de ambas partes, y algunos lograron huir gracias a que los rebeldes al saber que el conde de Mega se aproximaba desistieron en darles alcance.

Notificado el de Mega de lo ocurrido se dirigió a fortificar Groningen, que es la llave de Frisia, y que estaba solamente guardada por unos cuantos alemanes del coronel Shamburg; temiendo Mega que los rebeldes, cuyo número había aumentado con la victoria de Luis de Nassau, atacaran esta importante villa, y sus temores parecían estar bien fundados pues los rebeldes pronto se apoderaron de una abadía muy cercana y alojaron en ella a su infantería.

Al llegar a conocimiento del Duque esta derrota y la muerte de Aremberg, aumentó sus medidas de represión y decidió poner fin, cuanto antes, al proceso que se llevaba a cabo en contra de Egmont y de Horn. El resultado de las investigaciones que se realizaron al particular fué el de culpabilidad en los dos casos, por lo que fueron condenados a morir decapitados, y el 4 de Junio de 1568 fueron conducidos de Gante, en que habían estado presos, a Bruselas, en cuya plaza se cumplió la sentencia (5 de Octubre), debidamente aprobada por Felipe (por motivos políticos), quien además mandó que se le confiscaran los bienes al conde de Egmont y el Duque de Alba logró, a duras penas, asignarle una pensión a su viuda, que tenía once hijos. Esta ejecución entristeció a muchos y disgustó a otros

que creían que con ello se aumentaría el número de rebeldes. (26)

En España estas ejecuciones tuvieron eco en la aprehensión del marqués de Bergues, gobernador de Henao, y de Floris de Montigny, gobernador de Tournai; que se encontraban en la península desde Junio de 1566 por orden de Felipe que quería saber de buena fuente lo que acontecía en los Países Bajos. A raíz del nombramiento del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos quisieron regresar a su país; pero se les negó el permiso y Bergues dejó de existir al poco tiempo (21 de Mayo de 1567). Montigny fué apresado en Septiembre del mismo año, sus bienes fueron confiscados por Alba en Noviembre de 1568, acusándolo de alta traición y de haber estado complicado con Orange en Breda. No fué sino hasta Febrero de 1569 en que se inició el proceso de Montigny en el alcázar de Segovia y después de largos interrogatorios le declararon culpable y condenado a morir agarrotado. Se cumplió la sentencia secretamente en Simancas, a donde se le había trasladado para tenerle mejor vigilado, el 19 de Agosto de 1570. Se dió la versión pública de que había muerto de muerte natural.

Después de las ejecuciones de Bruselas, al enterarse el Duque de que los rebeldes se disponían a sitiar Groningen, mandó más soldados al conde de Mega y nombró a Chiapino Vitelli maestro de campo general en sustitución de Aremberg, ordenándole, además, que se reuniera con el conde para ayudarle a vencer a los sublevados. Juntos los dos, empezaron la lucha con escaramuzas que no conducían a nada, por lo que Alba decidió ir él mismo con el grueso de su ejército a combatirlos con el objeto de acabar con ellos lo más pronto posible y poder luchar después con los rebeldes provenientes de Alemania.

Por temor a que los enemigos huyeran si llegaba a sus oídos la noticia de su venida, reunió el Duque a su ejército con gran precaución partiendo para Malinas el 25 de Junio y llevando consigo soldados del tercio de Nápoles, del de Lombardia y del de Sicilia, la caballería con M. de Noirquernes como su capitán, y una infantería al mando del conde de Reulx. En camino de Bolduque, fortificó Amberes, para llegar a Bolduque el 2 de Julio y reunirse con todos los demás. Una vez ahí tuvo la noticia de que Berchen había sido ocupado por el conde Vanden Berghe, cuñado del príncipe de Orange, y como se trataba de un lugar de suma importancia por estar en el paso de provisiones entre Brabante y Frisia, ordenó a Sancho Londoño que con su tercio fuera a rendir el castillo. Londoño no tuvo necesidad de luchar pues sólo a su vista huyeron los ocupantes del castillo, que no por ello dejaron de sufrir bajas en sus filas al ser perseguidos por la caballería española. Por orden del Duque, tomó posesión de Berchen, de donde sacaron las provisiones para su campaña, en cuyo desempeño siguió el Duque su camino hacia Deven-

ter, a donde debía llegar también la infantería que se hallaba alojada en los alrededores de Bolduque y que tuvo que cruzar el Mosa, el Rhin, el Waal y el Yssel, que se hallaban crecidos, en barcas; lo que hicieron con diligencia para arribar a su destino el 10 de Julio. Continuaron su camino y a poca distancia de Groningen se les reunió Vitelli que informó al Duque que los rebeldes esperaban refuerzos del conde de Hoochstrate, no sabiendo si ya los habían recibido o no. Juntos llegaron a Groningen acompañados solamente de 400 mosqueteros que viajaron en carros de munición para llegar descansados, pues el resto los seguían más de lejos. Ordenado el ejército salió junto con Vitelli, Noirquernes, Londoño y otros a reconocer el lugar en que se encontraban los enemigos y pronto ordenó que comenzaran las escaramuzas con ellos. Enterado por un espía de que sus oponentes pensaban retirarse, dió orden de ataque y logró ponerlos en huida y causarles considerables pérdidas en la persecución que duró hasta la noche en que el Duque dispuso que cesara (16 de Julio de 1568). Ya en la ciudad, el Duque la fortificó y dejó en ella a Shamburg con parte de su gente y 1,500 caballos del duque de Brunswik.

Dejando fortificada Groningen, partió el Duque en persecución de los rebeldes con todo su ejército, y teniendo noticia de que se encontraban en Jemmingen, lugar enclavado en las marismas entre el río Ems y el golfo Dullart, se dirigió allí, pasando por Heiligerlee y Wedde. Más adelante ocupó Reyden, sitio privilegiado por estar cerca del río Ems que por ser muy ancho y hondo no es posible vadear y el Duque temía que los rebeldes inutilizaran su único puente y estando del otro lado evitarían ser perseguidos y tendrían tiempo de esperar los refuerzos de los alemanes; por lo que lo tomó y dejó una guardia en él para asegurarlo. Continuó su camino hacia Jemmingen colocando parte de su gente en los lugares que le parecían convenientes y ya cerca del enemigo salió a reconocer el terreno, viendo que se trataba de un lugar abierto lleno de canales y acequias y por lo tanto susceptible a inundaciones producidas por los rebeldes como medio de defensa contra ellos. Mandó, entonces, el Duque a Sancho Dávila y a los maestros de campo Julián Romero y Sancho de Londoño con 1,500 arcabuceros y 300 mosqueteros que tomaran la delantera. Al entrar a unos puentes se encontraron con tropas enemigas que se dedicaban a abrir las esclusas con lo que habían ya inundado bastante el campo, por lo que los arcabuceros arremetieron contra ellos haciéndolos huir y logrando entonces cerrar las mencionadas esclusas. Los enemigos al darse cuenta de la importancia de tener bajo su poder este lugar trataron de recuperarlo pero a pesar de su número fueron vencidos por segunda vez y perseguidos por Londoño y Julián Romero que se acercaron mucho al lugar en que se alojaban los enemigos por lo que mandaron pedir al Duque,

que ya había llegado con el resto del ejército, les mandara más gente que los resguardara en caso de ser atacados, pero a pesar de insistir tres veces en su petición, el Duque no creyó conveniente enviarles a nadie por la disposición del terreno y porque quería vencer al enemigo sin sufrir muchas pérdidas; por lo que los maestros tomaron medidas preventivas dejando algunos arcabuceros ocupando una casa que les serviría de refugio en caso de necesitarlo. Mientras tanto, los enemigos salieron río arriba en barcas a reconocer la situación y al notar que eran perseguidos por unos cuantos arcabuceros, sin ver escuadrón alguno detrás de ellos, les hicieron frente saliendo de sus trincheras; pero al ser atacados con gran furia decidieron volver a su fuerte, perdiendo en la lucha piezas de artillería y arcabucería. El Duque al no recibir más peticiones de gente creyó que estarían seguros, pero al ver que se cernía la niebla, decidió alcanzarlos poniéndose en seguida en marcha, enterándose entonces de lo que había hecho la arcabucería. Don Cesar de Avalos que iba a la vanguardia con dos compañías de caballos, decidió adelantarse y encontrar a los rebeldes para producirles mayor daño con su caballería, consiguiendo plenamente su propósito, pues tanto él como los arcabuceros, mataron tanta gente que en Groningen se creyó que ya se les había derrotado completamente, pues por donde quiera que trataban de huir eran alcanzados por los hombres del Duque que los ejecutaban. La matanza duró toda la noche y uno de los prisioneros informó a Alba que el conde Luis de Nassau había huido del otro lado del río. El número de muertos en esta batalla de Jemmingen (21 de Julio de 1568) ascendió a un número de 7,000. En seguida mandó el Duque aviso a España de esta victoria al igual que a Roma donde el Papa Pio V recibió la noticia con gran alegría, tanta como la que sintió Felipe y su corte española.

Permaneció en Jemmingen dos días al cabo de los cuales, al tener noticia de que los rebeldes levantaban gente en Alemania a toda prisa, salió para Groningen. Siguiendo el mismo camino que había utilizado a la venida, al pasar por tierras del conde de Aremberg algunos mozos de los soldados del tercio de Cerdeña y unos cuantos soldados del mismo, pasando por el sitio en que habían sufrido una derrota, quisieron vengar la muerte de muchos de los suyos quemando casas y matando gente. Al llegar a conocimiento del Duque esta actitud, les impuso como castigo deshacer su tercio y repartió sus hombres entre diferentes batallones.

Llegando a Groningen mandó el Duque a Alonso de Ulloa a que fuese a sitiar el castillo de Hullt, perteneciente al conde Vanden Bergh, en donde se habían refugiado algunos rebeldes. Ulloa consiguió en unos pocos días ponerlos en huida dirigiéndose a tierras del duque de Cleves; por lo que se apoderó del castillo y dejando en él a algunos soldados de guarnición partió para su alojamiento de Bolduque.

Durante el corto tiempo en que permaneció el Duque en Groningen puso en orden su gobierno y mandó a los naturales que construyeran una ciudadela.

Por aquel entonces llegó de España el hijo mayor del duque, Fadrique Alvarez de Toledo duque de Huesca, y a él se le encomendó la infantería, ordenando Alba a sus oficiales que le obedecieran como a general.

De esta villa de Frisia, partió el de Alba a Utrecht donde le esperaba el consejo de Holanda al que tenía que dar órdenes sobre su condado y el de Zelanda. Tampoco permaneció mucho tiempo aquí, pues le llegaron noticias de que los alemanes trataban de formar un ejército en Andernach, de la otra parte del Rin; por lo que se puso en camino hacia Bolduque en donde él podía formar un ejército con más facilidad, dando las órdenes necesarias para conseguir su propósito, pues se enteró de que los rebeldes al mando de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, habían pasado ya el Rin y caminaban hacia los estados. Alba, entonces, partió a Maestricht, en la ribera de la Mosa, desde donde podía dirigirse a cualquier punto por el que el enemigo intentara entrar, y creyendo posible que lo hicieran por Borgoña, pues el príncipe tenía posesiones allí que le habían sido confiscadas, ordenó al gobernador de este estado, François de Vergy, reuniera gente con que impedirles la entrada. Luego dispuso que toda la caballería quedara distribuida alrededor de Maestricht.

Llegaron en esa época dos mil españoles que el Duque acomodó en Amberes al igual que a los de la coronella de Reulx.

Después de catorce días de permanencia en Maestricht, salió el Duque, dejando en ella a Shamburg, para juntar su ejército en el campo, ya que les habían notificado que los enemigos se encontraban en Carpen, a cuatro leguas de donde ellos estaban. Se componía su ejército de una numerosa caballería y la infantería que ya estaba ocupando los lugares que se les habían asignado, entre ellos había españoles, italianos, borgoñones, valones y alemanes, siendo en total, aproximadamente, 5,500 caballos y de 15 a 16 mil infantes. Fueron alojados en las aldeas del otro lado del río Mosa de donde tomaban las provisiones con el fin de que cuando llegaran los enemigos las encontraran agotadas. Estos empezaron a moverse dirigiéndose a Lieja y el Duque los siguió de cerca ocupando los lugares estratégicos con el fin de impedirles que entraran y se apoderaran de Lieja, país muy rico. Al serles negado el paso por esta villa, continuaron los rebeldes su camino con el fin de cruzar el Mosa, lo que consiguieron finalmente en el vado de Stockem, al sur de Maestricht. Enterado el Duque de este paso, salió en su seguimiento procurando estar siempre lo más cerca posible de ellos, protegiendo a Lieja y haciendo todo lo posible por que no se apode-

raran de importantes villas como Tilemont, Lovaina y Bruselas, y quitándoles la libertad, además, para hacerse de provisiones. Se calculó que las fuerzas enemigas ascendían a unos nueve mil de caballería y a una no menos numerosa infantería. Como mientras se iban desplazando de un lugar a otro eran seguidos muy de cerca por la gente de Alba, las escaramuzas no tardaron en producirse. Tal y como lo había temido el Duque, los rebeldes se dirigieron hacia Tilemont, Lovaina y Bruselas en donde ya había mandado Alba gente que las protegieran. Así, en Tilemont se encontraba M. de Hierge con su regimiento, en Lovaina, el coronel Cristobal de Mondragón y en Bruselas, el conde de Reulx, todos ellos con un número suficiente de gente para defender estos lugares en tanto llegaba el Duque con el grueso del ejército, en caso de ser atacados. En Bruselas se encontraba también Felipe de Croy, duque de Arschot, atendiendo a los asuntos del gobierno de sustitución de Alba.

Corrían rumores de que los rebeldes se dirigían directamente a Tilemont, pero el Duque no lo creyó así y pensando ganárselos la delantera se dirigió a Lovaina, y en el camino se cruzó con ellos produciéndose escaramuzas entre ambos bandos, yendo entonces a alojarse los enemigos a Lumereau. Al reconocer el Duque el terreno en que se hallaban, consideró que por lo estrecho del camino podría causarles mucho daño, por lo que ordenó que trabaran fuerte escaramuza con los enemigos, decidiéndose después a atacar a uno de sus escuadrones al ser informado que el resto del ejército no los podría socorrer por hallarse ya lejos tratando de cruzar el río Guet (Jasse). Utilizó para ello a sus arcabuceros en número de dos mil al mando de Sancho Dávila, Gonzalo de Bracamonte y Gaspar Robles, quienes atacaron a los cuatro o cinco mil infantes que allí se hallaban con mucho coraje, logrando vencerlos y causarles una pérdida de tres mil hombres. En esta batalla fue herido el conde de Hoochstrate que murió más tarde como consecuencia, sin haber podido regresar a Alemania.

Los rebeldes se encontraban ya Brabante, por lo que el Duque, siempre con deseos de ganárselos la vanguardia, fué a alojarse a una aldea cercana a Tilemont y también a poca distancia de los enemigos, que continuaron hasta San Janqay en donde recibieron refuerzos de los franceses a cargo del Sr. de Guenlis, consistentes en 1,800 caballos y 4,000 infantes. Al enterarse el Duque de este refuerzo, pasó a ocupar la abadía de Parq, junto a las murallas de Lovaina, desde donde podía proteger, también, a Bruselas de un posible ataque de los enemigos, que por lo pronto continuaron su marcha hasta llegar a Lieja, decidiendo entonces, viendo que nada podían hacer ante la continua vigilancia del duque y no deseando tener más pérdidas, pasar a Francia; pero el Duque ya lo había previsto y había ocupado los lugares por donde podrían pasar. Los enemigos

sitaron la villa de Chateau, en Cambresis, arzobispado de Cambray, y en los límites de los Estados con Francia; pero al saber que el Duque se acercaba huyeron adentrándose en dicho país, y retirándose, más tarde, a Alemania. En esta campaña los rebeldes perdieron más de cinco mil hombres (fines de 1568).

Lo primero que hizo el duque de Alba entonces, fue colocar su ejército en diferentes lugares. Destinó a Maestricht a Alonso de Ulloa, a Bruselas y Múnich a Julián Romero, en Utrecht dejó a Sancho de Londoño, en Groningen a M. de Billi, en Deventer a Mondragón, en Valenciennes y Amberes al conde Alberico, y él partió para Bruselas con el fin de encargarse de nuevo del gobierno.

Termina así la primera guerra contra los orangistas que había durado de 1567 a 1568 y dando lugar a un período de tregua que ocupará los años de 1569 a 1572.

Entró Alba en Bruselas en Enero de 1569 y comenzó a celebrar su victoria con grandes fiestas. Con los cañones que le habían tomado a Luis de Nassau se erigió una estatua, gesto que fue muy mal visto tanto en todos los Países Bajos como en España. El Papa estaba tan contento con sus triunfos que le envía una espada bendita y un birrete de gran valor. La autoridad de Alba parece indiscutible en estos años (27)

Recibió entonces el Duque orden de Felipe de enviar socorro al rey de Francia que se veía de nuevo apurado por un levantamiento de hugonotes. Alba ya seguro con los resultados obtenidos en su reciente campaña le envió 1.500 hombres de caballería y 3.000 infantes y como su general, a Pedro Ernesto de Mansfeld, gobernador de Luxemburgo; los cuales ayudaron a obtener la victoria de Montcontour en Octubre de 1569.

Uno de los asuntos a que prestó atención el Duque en este período de paz fué el relacionado con el catolicismo en los Países Bajos. Durante el gobierno de Margarita de Parma, la oposición se había negado a aceptar el Concilio de Trento. El Duque, vencidas las resistencias, trata de adaptar el Concilio a los Países Bajos, para lo cual nombró nuevos obispos a los que organizó y dió el cargo de perseguir a luteranos y calvinistas. Y para impedir que sus doctrinas siguieran expandiéndose en Flandes reunió una junta de teólogos en Bruselas en Septiembre de 1569. En ella se plantearon tres problemas a resolver: enseñanza oral, impresores y libros. (28)

En el primer tema se decidió que todos, los maestros, sin distinciones, tenían que ser católicos y los obispos habían de velar por la recta doctrina en sus diócesis.

En el segundo tema, los teólogos aprobaron por unanimidad un plan que consistía en reducir el número de imprentas existentes a unas cuantas localizadas en ciudades importantes. Debían

estar a cargo de un maestro que hubiera sido examinado en cuestiones teológicas, y, en su habilidad técnica por un prototipógrafo nombrado por el rey, de buenas costumbres y diestro en su oficio. A parte del maestro, los oficiales también debían sufrir un examen después del cual se les daba una carta, sin la que no podían trabajar en ninguna imprenta.

En lo referente a los libros ya en tiempos de Carlos V se había mandado hacer un catálogo de los libros prohibidos en los Países Bajos, y ahora es Felipe quien ordena que se haga una nueva en Febrero de 1569. Cumpliéndose su orden se publicó el **Librorum Prohibitorum Index** en Amberes el mismo año.

Alba hubo, entonces, de dedicar especial atención al problema económico.

Había logrado Felipe reunir 400.000 ducados para pagar a las tropas de Flandes y con este fin las envió en barcos que fueron interceptados por súbditos ingleses, con consentimiento de la reina Isabel que alegaba que siendo el dinero de prestamistas italianos no quitaba nada a España. Felipe y Alba reclamaron este proceder pero a pesar de vanas promesas de restitución este dinero nunca fué devuelto, por lo que el Duque, en represalia, detuvo las naves inglesas que se encontraban en los puertos flamencos y Felipe hizo lo mismo con las que se encontraban en España. Pero ello no contribuyó a resolver el problema de los recursos económicos del Duque, que eran muy escasos, sino a agravarlos porque Isabel tomó, a su vez, medidas de represalia que dañaron el comercio.

Alba no sabía qué hacer con sus arcas vacías, sin crédito y debiendo a sus soldados dos años de pagas. Entonces se vió obligado a reunir los Estados Generales para discutir el establecimiento de contribuciones desconocidas hasta entonces en los Países Bajos. Consistían ellas en un impuesto, que dieron en llamar alcabala creyendo que era una costumbre de España, sobre las ventas de bienes muebles, establecido en un 10% y de los inmuebles, en un 5%. Además se implantaría un impuesto de un uno por ciento en toda propiedad, este era solo por una vez mientras que los otros dos eran perpetuos. Los Estados fueron invitados a consentir en estas nuevas medidas y después de muchas oposiciones fué puesto en operación el último de ellos; pero no estaban dispuestos a aprobar los otros dos y el Duque tuvo que ceder y aceptar la suma de dos millones de florines anuales durante un período de dos años, en su lugar (13 de Agosto de 1569).

Ante estas medidas económicas, la oposición del País fué más intensa y los odios que Alba había provocado sobre su persona con los numerosos castigos que fallaba desde el Tribunal de los Tumultos, aumentaron considerablemente. Repetidamente habían mandado protestas contra esta política a España pidiendo clemencia al Rey, que por fin concedió el perdón general, que fué leído por el

Duque en Amberes el 16 de Julio de 1570, pero tan lleno de excepciones, pues se excluía del perdón a todos los que estuviesen bajo proceso, que eran muchos, que no logró calmar los ánimos, muy al contrario, provocó gran disgusto por ser tan limitado.

Ya por terminar el período de dos años, volvió el Duque a insistir en dichas contribuciones. Viglio, Berlaymont, Noirquernes, miembros de su consejo Privado, el clero representado por sus obispos (de Ipres, Gante y Brujas) y en fin los más adictos al rey, a parte de todo el pueblo, todos se unen para protestar contra esta medida; pero el Duque no presta oído a nadie y el verano de 1571 pone en ejecución lo que hasta entonces había sido un proyecto, provocando con ello una paralización en el comercio; los mercaderes emigran en gran número, la industria textil sufre un golpe terrible, y el odio cunde por todas partes, hasta los católicos pierden su afecto a Alba, que sin embargo cierra los ojos y sigue sin ceder. (29) Los comerciantes prefieren no vender que pagar los impuestos y empiezan los castigos y amenazas. Al que deje de vender se le impondrá una multa de cien florines por orden de Alba, quien al verse abandonado por todo el mundo se desalienta y pide que se le releve de su puesto. Felipe, que había sido informado por el ex-embajador en Francia, Francés de Alava, de la situación tan terrible por la que pasan los Países a causa de las medidas económicas del duque, que no se había distinguido hasta entonces por su buen gobierno y de lo aborrecido que es el Duque, decide retirarle nombrando como su sucesor a don Juan de la Cerda, duque de Medinacelli, pero su partida para los Países Bajos habrá de retardarse por dos años y el duque de Alba se ve obligado a continuar en su puesto por los hechos que se suceden en seguida.

La tirantez que produjo esta situación fué bien aprovechada por el calvinismo para infiltrarse más y el 1º de Abril de 1572 estalla de nuevo la rebelión. Guillermo de la Marck, señor de Lumey, temido calvinista, acaba de apoderarse del puerto de Brielle, en Holanda, ayudado por los **gueux del mar**, con veintiseis navíos y 1.100 hombres entre infantes y marineros. (30) Se trataba de un grupo de protestantes y algunos católicos exilados, que se hicieron corsarios dedicándose a apoderarse de barcos españoles y de serles posible, de villas marítimas también. Vendían su botín en la Rochelle y en Emden, que les brindaban refugio.

Los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda se contaban entre los peores enemigos del duque de Alba y sus procedimientos tanto políticos como económicos y sociales. Además, desde 1568 habían estado en contacto y sostenido muy buenas relaciones con Inglaterra y su reina Isabel, que les proporcionaba su apoyo cubiertamente. En los días que siguieron a este golpe de los rebeldes, muchas otras provincias del NO. se levantaron: Zelanda, Gijeldres,

Overijssel y Utrecht. Enteró de esta pérdida al duque, el conde Maximiliano de Bossu gobernador de Holanda, quien por orden suya acudió a Rotterdam con el objeto de apoderarse del puerto de Delfshaven, que era de suma importancia, por lo que el mismo conde de Bossu acudió a recuperarlo y habiéndolo logrado lo dejó fortificado. También para asegurarse toda la ribera del Mosa mandó el Duque gente a reforzar Vlaerdingen y Esquedam.

El Duque que durante el período de calma (1559-1572) producido por sus victorias en las postrimerías del año de 1568 había pedido repetidamente al rey que se le permitiera regresar a España pues su misión parecía estar ya cumplida y se sentía cansado y enfermo, ante estos sucesos que hacían pensar en una nueva rebelión, cesó sus peticiones y se aprestó a tomar las medidas necesarias para combatirla. Y viendo que comenzaba en los puertos, ordenó se reforzara el de Flesinga, que era uno de los principales, y al conde de Bossu le mandó que se hiciesen navíos en Holanda en número superior al que tuvieran los rebeldes.

Sus esfuerzos por ganar Flesinga fallaron ante la negativa de sus pobladores en permitirles la entrada, y Luis de Nassau y sus hugonotes, así como la reina de Inglaterra, les proporcionaron ayuda, por lo que teniendo ya 3.000 soldados decidieron sublevarse, impidiendo en Flesinga el culto de la religión católica y quemando muchas iglesias. Contando con el apoyo del enviado de Orange para gobernar este puerto, M. de Iscraz, decidieron atacar Middelburg por mar y por tierra. Se hallaba en Midde'burg M. de Beauvoir con un puñado de soldados, por lo que ante la amenaza enemiga se hacía urgente que fuera reforzado. Comprendiéndolo así el Duque le envió a Sancho Dávila con arcabuceros españoles, los cuales se embarcaron a finales del mes de Abril, desembarcando en las dunas se dirigieron a Middelburg por tierra, encontrándola sitiada, por lo que dejando doscientos arcabuceros en ella, siguió adelante para atacar a los enemigos en sus propias trincheras, ocupadas por seiscientos hombres que se pusieron en huida siendo perseguidos por los de Dávila; muchos fueron muertos y los que lograron salvarse se refugiaron en Ramua por lo que Dávila le puso sitio y ganó matando cuatrocientas personas y huyendo otras que también fueron perseguidas. Después de fortificar Ramua y por orden del Duque, Dávila se embarcó en diez naves para Amberes, donde llegó sin ninguna pérdida.

Se tuvieron entonces noticias de que había surgido la rebelión en uno de los puertos más principales de los estados, el de Enckuizen, así como en Waterlant (24 de Mayo) habiéndose apoderado de los navíos de su Majestad; y de que Valenciennes con la llegada de 400 franceses se había rebelado y trataba de apoderarse de su castillo que tenía muy poca guardia, por lo que el duque les envió un

refuerzo. Ocupado en estos menesteres tuvo noticia de que Luis de Nassau y sus aliados hugonotes, encabezados por M. de Guenlis, se habían apoderado de Mons (Mayo de 1572) en el Henao, en los lindes de los Países Bajos con Francia; por lo que considerando este lugar de suma importancia para estar en manos enemigas, decidió desatender su empresa en Holanda y Zelanda y dirigirse a Mons y Valenciennes con un poderoso ejército que aún dividido en dos pudiera combatir con cualquier otro. Habiendo ya enviado ayuda a los del castillo de Valenciennes, reforzó Bruselas y colocó parte de la caballería en la villa de Mabeuge, del condado de Henao, para que se impidiese el paso de hugonotes por la frontera hacia Mons; y habiéndose ya recobrado Valenciennes, pues Luis de Nassau había llamado al francés La Noue y su gente para que se reuniera con él en Mons y dejaran este lugar, se aseguraban de que por allí no podrían entrar refuerzos para los rebeldes.

Llegó entonces a los Países Bajos el duque de Medinacelli con su armada de 54 navíos chicos y grandes y con 1.600 infantes a cargo del maestre de campo Julián Romero, y habiendo logrado desembarcar el 11 de Junio en Flandes, se dirigió a Bruselas a entrevistarse con el Duque que le recibió cordialmente y bajo cuyas órdenes quedó Medinacelli como soldado, pues el Duque no quería ceder el mando estando dirigiendo la guerra.

Los rebeldes, entre tanto, habían aumentado de número gracias a la ayuda que recibían del extranjero, Inglaterra, Francia y Alemania. Isabel de Inglaterra consideraba que estableciéndose de firme la herejía en estos Países la seguridad del suyo estaba asegurada, y por ello apoyaba a los rebeldes de los Países Bajos. En cuanto a Carlos IX de Francia se aprestó a ofrecer su ayuda a Orange y su hermano, y M. de Guenlis les prestó sus servicios con el apoyo real.

El conde Vanden Berghe había logrado reunir 5 ó 6.000 infantes y 500 caballos y dirigía sus pasos al ducado de Güeldres. Mientras, en Ruremunda, el príncipe de Orange que se había aliado a los hugonotes franceses, formaba un numeroso ejército al que los últimos habían aportado un buen contingente y planeaba entrar en el país para prestar ayuda a su hermano Luis, sitiado en Mons.

El Duque, al conocer estos propósitos envía a su hijo don Fadrique que con su ejército ocupe lugares cercanos a Mons de donde pudiera impedir su entrada. Llegó don Fadrique a Mons (23 de Junio) acompañado del gobernador del condado de Henao, M. de Noirquernes y del maestre de campo Chicpino Vitelli, acampando en una abadía desde donde podían vigilar tanto a Mons como la posible entrada de hugonotes. Al ver Luis de Nassau los preparativos del duque, envió a M. de Guenlis a Francia a buscar el socorro que hacía tiempo esperaban, aún cuando todavía tenía con él mil infantes y 500 franceses.

En el mes de Julio llegaron al campo español más fuerzas comandadas por sus respectivos jefes, el duque de Arshot, el conde Maximiliano de Bossu, M. de Berlaymont, M. de Noirquernes y otros. A poco se tuvo noticia del regreso de M. de Guenlis con gran número de hugonotes (6 a 7.000 infantes y 2.000 caballos). Don Fadrique a pesar de la diferencia numérica entre su gente (4.000 infantes y 1.000 caballos) y los hugonotes decidió hacerles frente en un llano en el camino de Mons, mandando a Julián Romero a la vanguardia, el cual trabó escaramuza que se convertiría en batalla y después de algunas horas de combate logró éste vencerles, teniendo que desparramarse los vencidos por la tierra, ante la imposibilidad de retirarse a Francia por estarles cortada la retirada. Fue cogido prisionero M. de Guenlis que fué conducido al castillo de Amberes, en donde murió al poco tiempo. Su gente se había dirigido, en su huida, a Aeth, Tournai, Condé y Valenciennes, y habían caído prisioneros en número de cuatro mil en manos de los naturales del país que junto a los de Artois, se distinguieron por su lealtad al rey.

De vuelta en su posición de la abadía, después de mandar noticia de este suceso al rey y al Duque, don Fadrique recibió nuevos refuerzos y dejando en su lugar a Lalain, partió para Bruselas junto con M. de Noirquernes, acudiendo al llamado de su padre para discutir lo que había que hacer y Alba decidió recuperar Mons antes de que pudiera llegar Orange con su gente a impedirlo; por lo que envió nuevo refuerzo entre los que se contaban los de Fernando de Toledo, parte del ejército del conde de Eberstain y a Gonzalo de Bracamonte y sus soldados.

Regresó al poco tiempo don Fadrique y con la ayuda de los últimos refuerzos decidieron apoderarse de la abadía de Espinlieu desde donde podían sitiar mejor a la villa, consiguiéndolo fácilmente porque Luis de Nassau no quería perder gente y no la defendió y después de dejar en ella algunos valones de guarnición, se retiraron a su alojamiento, a donde llegaron Alba y Medinacelli con sus fuerzas; y queriendo terminar pronto con la resistencia enemiga dió las órdenes necesarias para cerrar el lugar con sus tropas y puso a trabajar a la batería.

Mientras el Duque se dirigía de Bruselas a Mons, los rebeldes de Malinas entregaban la villa al príncipe de Orange y sus seguidores. Orange había salido de Ruremunda pasando por Brabante, Flandes, y, después de tomar Diest, Tilemont y Lovaina, se apresura a socorrer a su hermano Luis en Mons.

Llegando esta noticia a oídos del Duque hizo todo lo que estuvo a su mano para no permitir el socorro valiéndose de escaramuzas entre su gente y los 6.000 caballos y 8.000 infantes del de Orange. Al enterarse de que intentaban efectuar el socorro por Lemappes, lugar muy cercano a Mons y por donde corría el río Troille que entra

en ella, el Duque creyó de suma importancia no permitir a los rebeldes que pasaran de este lugar, en que se hallaba M. de Capres con sus arcabuceros. Alba puso a su ejército en orden de batalla y mandó a don Fadrique con 600 arcabuceros a reforzar a M. de Capres en Jemappes; luego logró trabar escaramuza con los enemigos y producirles una baja de 300 hombres sin contar los heridos, por lo que los rebeldes huyeron al día siguiente. Así estaban las cosas cuando se recibió la nueva de la matanza de hugonotes el día de San Bartolomé (24 de Agosto de 1572) lo que privaba a los calvinistas de los Países Bajos de sus aliados franceses. Orange desalentado, se retiró al Norte y se dirigió al estado que le había reconocido como **stadhouder** (representante de su Majestad), Holanda, a reorganizar la resistencia y dejando a su paso por Zelanda, Güeldres, un doloroso recuerdo con las matanzas y crueldades de su gente.

Luis de Nassau decidió entonces rendir Mons el 23 de Septiembre de 1572, después de 23 días de sitio, haciendo su entrada en ella el Duque al día siguiente y nombrando a Maximiliano de Longueval, Sr. de Vaulx, gobernador de la villa y le dió algunos valones para su protección.

El conde de Reulx había rendido por orden del Duque a Oudenarden y el coronel Mondragón había hecho otro tanto con Terramunda. Fue entonces que el Duque con el resto del ejército se dirigió a Malinas donde se encontraba la infantería y 400 caballos que Orange había dejado a su paso por ella.

Las condiciones de la rendición de Mons fueron muy generosas y Alba dejó salir a sus ocupantes tranquilamente sin tomar prisionero a Luis de Nassau, al que confesaba odiar.

Pero antes de seguir adelante en el relato de las batallas que sucedieron a esta rendición, es de importancia relatar cómo el Duque logró privar de la ayuda inglesa a los rebeldes. Su principal deseo era aplastar a los mendigos del mar (**goux de mer**) y el mejor medio de obtener su propósito era evitando que los ingleses continuaran proporcionándoles su apoyo; por lo que aprovechando la impresión tan fuerte que les produjo la matanza de San Bartolomé en Inglaterra logró de su gobierno un tratado de paz el 15 de Marzo de 1573 en la convención de Nimega, por medio del cual se reanudarían las relaciones comerciales entre Inglaterra y los Países Bajos en un período de dos años, se comprometían a no tener tratos con los rebeldes de la otra nación, y a reprimir los piratas en el Canal; viéndose entonces libre para continuar su campaña contra las villas que estaban en manos de los rebeldes. (31)

Habiendo recobrado las villas de Tilemont y Lovaina al pasar por Bruselas en camino de Malinas, sacó el tercio de Sicilia para reforzarse, mandando a don Fadrique se adelantase a reconocer el terreno y estándolo haciendo así salieron los rebeldes con los que

se trabó escaramuza, obligándoseles a retroceder, por lo que aprovechando la noche huyeron. El Duque y su gente entraron sin dificultad a la villa, que fué saqueada por los soldados españoles faltos de paga, tan ferozmente como lo habían hecho anteriormente los calvinistas y los burgueses católicos elevaron su protesta al rey por la crueldad de sus tropas.

Al mismo tiempo en que Orange se dirigía a socorrer a Mons, otros rebeldes se disponían a sitiar Targoes, aprovechando que el Duque con todas sus fuerzas se hallaba en Mons. Los rebeldes con siete mil soldados partieron de Flesinga para llegar al punto de su objetivo el 26 de Agosto. El gobernador de la villa e isla era el capitán Isidro Pacheco que tenía bajo su mando a algunos valones de guarnición, y que al saber la llegada de los enemigos mandó gente a reconocerlos y escaramuzar con ellos. Los rebeldes decidieron asaltar la villa con 3.000 hombres pero al ser rechazados perdieron gran número de ellos, por lo que pidieron socorro a M. de Lumey quien les envió 2.500 alemanes con los que pudieron volver al ataque. Al tener noticia el Duque de estos sucesos ordenó a Sancho Dávila, que estaba en Amberes, y al coronel Mondragón que procurasen socorrerlos. Después de tres intentos fallidos de meter el socorro, pues los enemigos ocupaban todos los puertos en donde se debía desembarcar, optaron por pasar vadeando un brazo de mar que habían tenido noticia de ser poco profundo ya que Targoes había sido anteriormente tierra firme y ese brazo de mar era el que le había convertido en la isla. Efectivamente lograron cruzar por este medio con un número de 3.000 infantes, entre españoles, alemanes y valones. Los rebeldes no bien supieron su presencia que se retiraron a sus naves, terminando así el sitio que duró del 26 de Agosto al 21 de Octubre.

En el mismo momento en que las tropas españolas habían salido de Holanda, todas las villas se adhirieron a los rebeldes, con excepción de Amsterdam, la villa capital de Holanda, rica y populosa villa, católica y fiel al rey, y Schoonhoven. En Zelanda sólo Middelburg permaneció fiel, y la rebelión penetró también en Frisia y Güeldres. Los rebeldes intentaron cercar Amsterdam y al no conseguir que se les uniera tomaron su puerto en el que colocaron algunos navíos que impidieran el paso de provisiones para ellos.

El cuñado del príncipe de Orange, el conde Vanden Berghe, después de haber tomado Holanda y con 5 ó 6.000 infantes se apoderó de varias villas del condado de Zutphen y otras tantas villas de Güeldres, pasando luego al Overyssele en donde también tomó varias villas hasta llegar a su capital, Deventer, que se encontraba bastante protegida por gente del duque de Alba. En todas las villas que ocupaban los rebeldes prohibían el ejercicio de la religión católica.

Mientras, el Duque continuó su camino de Malinas a Maestricht,

donde se encontraba el príncipe de Orange que al saber sus intenciones abandonó el campo y se fué a Holanda. El Duque entonces envió a don Fadrique al ducado de Güeldres y él permaneció algunos días en Nimega para hacerse de las provisiones necesarias para su ejército.

Ya en Güeldres y después de rendir algunas villas, se dirigió don Fadrique a Zutphen ante cuya negativa de rendirse, la sitió con la ayuda del gobernador de esta provincia, M. de Hierge. Al cabo de dos días de sitio los rebeldes huyeron y don Fadrique pudo tomar Zutphen sin resistencia alguna, recobrando a la vez todas las villas que había tomado el conde Vanden Berghe y que ahora habían abandonado al perder Zutphen para retirarse a Alemania. El castigo que se impuso a la ciudad de Zutphen, para que sirviera de escarmiento a las demás villas, fué muy fuerte, ya que los soldados se sobrepasaron en sus matanzas, por lo que el Duque hubo de castigar a muchos de ellos también. Don Fadrique dejó orden a M. de Hierge de que pusiera una guarnición en esta ciudad y él y su ejército pasaron el dique de Naerden, no sin antes rendirlo, después de dos días de resistencia (Diciembre) y matar a muchos de sus habitantes herejes e incendiar el pueblo. Este hecho tan cruel hace que la resistencia aumente en toda Holanda. Su objeto era entrar en Holanda y pasar a Amsterdam.

Al enterarse los rebeldes de Harlem de que la gente del Duque se hallaba en Amsterdam y de su invitación a rendirse, se reunieron el 3 de Diciembre para discutir lo que habían de hacer, y resolviendo no ceder pidieron ayuda a Orange que se hallaba en Leyden para sostenerse donde estaban. Don Fadrique entonces decidió poner sitio a Harlem a donde llegó el 12 de Diciembre junto con el conde de Bossu. Duró este sitio siete meses, durante cuyo tiempo se combatió ferozmente por ambos lados, sufriendo mucho el ejército sitiador por la resolución con que se defendían los enemigos, los cuales recurrieron a todo antes de declararse vencidos. Se formó un ejército de mujeres, se comió todo lo que en otros tiempos no hubieran ni pensado llevarse a la boca, y al fin, faltos de provisiones, sucumbieron y se rindieron el 12 de Julio de 1573. Murieron en este sitio 4.000 hombres de todas las naciones y 800 españoles. Y hallándose en Harlem, la infantería del ejército del Duque se amotinó por falta de pagas, causando grandes inconvenientes al apoderarse de la villa. El Duque que el día de la rendición había salido de Nimega a Utrecht para apresurar los trabajos de la armada, corrió a Amberes a conseguir dinero con varios mercaderes, y mandó a Chiapino Vitelli que fuera a apaciguarlos. El mismo rey les escribió desde España para que entraran en razón; pero Vitelli pasó dos meses para convencerlos, prometiéndoles que se les darían más sueldos de los estipulados.

A pesar de la falta de dinero el Duque había suspendido el cobro de los odiados tributos, pero ello no había remediado en nada la situación.

Por fin el 12 de Agosto pudo salir la armada alistada en Utrecht para combatir los navíos rebeldes que estaban impidiendo el comercio de esa villa. Iba al mando del conde de Bossu y se componía de 12 navíos grandes, en contra de los 19 de los enemigos, amén de muchos botes y navíos pequeños, por lo que al enfrentarse a ella los nuestros huyeron quedándose sólo Bossu y su barco por lo que no tuvo más remedio que aceptar la rendición que le ofrecían. Llevaron a Bossu prisionero a Horn, y a pesar de los esfuerzos del Duque por rescatarlo no lo pudo conseguir. Los enemigos, entonces, quedaron con superioridad en el mar y terminaron con las esperanzas de abrir la salida de Amsterdam, que era tan importante.

Vencido el molín de Harlem, el Duque ordenó a don Fadrique se dirigiese a tomar Alckmaer para tener una entrada en Waterlant. En su lugar entraron en Harlem, M. de Liques y sus compañías de soldados, con el título de gobernador de la villa. Además de esta orden, tenía que asegurar la entrada de Holanda y después de terminadas estas empresas había de asediar Leyden.

En Alckmaer, pequeña villa fortificada por 800 soldados enemigos, se perdieron 400 soldados en un fallido intento de tomarla; a pesar de ello se disponía don Fadrique a intentar un segundo asalto cuando su padre le envió noticia de que los rebeldes se disponían a anegar todas las tierras, por lo que estando ya cercano el invierno y no ser tiempo para combatir, levantó el sitio el 10 de Octubre; yendo a reunirse con el Duque a Amsterdam, el cual alojó al ejército en Holanda.

Por este entonces el Duque volvió a insistir en sus demandas del permiso para retirarse de su cargo e ir a España, pues padeciendo de gota en el invierno se hallaba mucho peor y tenía verse imposibilitado para gobernar. El rey le concedió el permiso (15 de Octubre de 1573) y así mismo mandó llamar a España a Medinacelli, quien se hallaba en Maestricht igualmente delicado de salud y que también había pedido permiso para regresar. Un mes después llegaba a los Países Bajos el sucesor del Duque de Alba, don Luis de Requeséns.

CAPITULO III

GOBIERNO DE LUIS DE REQUESENS (1574-1576)

Felipe había decidido relevar al duque de Alba como gobernador de los Países Bajos al darse cuenta de que su política de represión y derramamiento de sangre había fracasado en su propósito de acabar con la rebelión y había provocado el odio de las mayorías sobre su persona, tanto que hacía mucho tiempo que el rey recibía peticiones del pueblo flamenco, de todos los nobles sin distinción de religión y del mismo clero, en sentido de que se retirara a Alba porque de continuar en el poder podría ser funesto para el País. Alba llevó consigo la abominación de toda la población a la que había tiranizado durante todo el período de su gobierno, y como resultado de él había sembrado la ruina del dominio español en el N. de Europa. Al decir de Felipe II el Duque "le había robado los Países Bajos". (32)

El rey, entonces, pensó en un cambio de política y para ello seleccionó como la persona más adecuada para su propósito a don Luis de Requeséns y Zúñiga.

Era Requeséns comendador mayor de Castilla, había ejercido el cargo de embajador en Roma y a la sazón estaba al frente del gobierno de Milán. Se había distinguido como valiente soldado al lado de don Juan de Austria y había gobernado satisfactoriamente a Milán. Hijo de uno de los tutores predilectos de Felipe, don Luis de Zúñiga, de carácter afable, valeroso, fiel y con experiencia tanto en el gobierno como en las campañas militares. Pero dos factores no habrán de ayudarle en su nuevo cargo. En primer lugar no hablaba nada de francés y en segundo lugar, su salud era precaria. Al notificársele su nombramiento lo rehusó, por modestia, para por fin aceptarlo el 19 de Octubre de 1573, poniéndose en seguida en marcha. Llega a Bruselas el 17 de Noviembre de 1573. El duque de Alba le recibió afablemente y le instaló en su casa; por lo que Requeséns tuvo que andar con mucho cuidado para que la gente no fuera a pensar que él iba a continuar con la misma política de su antecesor. El 29 del mismo mes juró como gobernador en presencia del Duque, que por fin salió de los Países Bajos, ante el regocijo general, en Diciembre para llegar a presencia del rey de España en Marzo de 1574. Felipe le aconsejó que se retirara de la corte y su hijo, don Fadrique, que lo había acompañado en su viaje, no logró que le levantaran el destierro, a pesar de haberlo intentado en varias ocasiones.

Por recomendación de Felipe, tomó Requeséns como consejeros a los consultores del Consejo de Estado y del Privado. Ya solo, pudo darse cuenta de la verdadera situación de los Países Bajos. Alba pensaba que la causa principal del estado de cosas en estos Países,

era la cuestión religiosa. Requeséns no opina lo mismo. El cree que se trata más bien de causas de carácter político y económico, pues no sólo los protestantes están descontentos sino también los católicos, toda la población en general. La carencia de dinero causaba grandes daños, ya que los soldados al no recibir sus pagas se amojinaban, fácilmente y hasta llegaban a abandonar sus puestos. La administración estaba completamente descuidada, gastándose grandes cantidades de dinero sin ton ni son, y enriqueciéndose unos cuantos de los que la ejercían. La marina está en un estado desastroso, algunos desertan y muchos muestran sus simpatías por los rebeldes y hasta se pasan de su lado. El país estaba empobrecido y en guerra. (33)

El remedio que propuso Requeséns para esta situación fué otorgar un amplio perdón, suprimir el Tribunal de los Tumultos y abolir definitivamente los impuestos de Alba. El perdón era sumamente necesario, a su entender, y se había ya diferido por mucho tiempo (a instancias del duque de Alba). A dicho perdón podría acogerse todo rebelde ausente que estuviera dispuesto a volver a la obediencia de la Santa Sede y del rey Felipe II. Aunque la misión del nuevo gobernador se basaba en medios conciliadores, no pudo sustraerse a la guerra que estaba latente desde su llegada, principalmente en Zelanda, en que, en la isla de Walckeren, se hallaban en peligro de caer en manos de los enemigos Middelburg y Ramua. (34)

Después de la partida de su predecesor, pasó Requeséns a Amberes a apresurar los trabajos que se estaban realizando para formar una armada con que socorrer a Middelburg y Ramua. Nombró a Julián Romero como su almirante, en sustitución de M. de Beauvoir que había estado encargado de aprestar los navíos pero que en ese tiempo se encontraba enfermo, y como vicealmirante a M. de Glimes. Se componía la armada de 62 navíos, y salió de Bergen, a donde había llegado a verla partir el comendador Requeséns, el 20 de Enero, dirigiéndose a Romerswael. Pronto apercibieron a los enemigos que ya habían sido informados de todos los pasos dados por sus contrincantes. Viéndolos, salió Romero a su encuentro, pues tenía órdenes de combatirlos. M. de Glimes que iba a la vanguardia, encalló junto con otros y los rebeldes aprovecharon el incidente para agredirlos a su gusto pues no podían ser socorridas las mencionadas naves por sus compañeros que tenían la marea en contra. Julián Romero fué, al igual, embestido y partida su nave hubo de echarse al mar junto con los pocos hombres que quedaban con vida, y nadar hasta ganar la orilla. En ella se hallaba Requeséns que había presenciado el desastre en que se perdieron nueve navíos y murieron 700 soldados españoles y valones. Julián Romero pidió que nunca más le dieran el mando de una armada. Las naves que lograron salvarse fueron de vuelta a Bergen, y Requeséns envió a Ro-

mero, por tierra, con instrucciones para Sancho Dávila. Dávila había salido de Amberes al mismo tiempo que la armada, sólo que él dirigió sus pasos sobre la isla de Targoes. Allí escaramuzó con los rebeldes y recibió el aviso del Comendador de retirarse a Amberes, lo que hizo sin haber recibido casi ningún daño. Al mismo tiempo escribió Requeséns al coronel Mondragón, que hacía dos años se encontraba defendiendo Middelburg, avisándole de la derrota naval que acababan de sufrir y aconsejándole por tanto que se rindiera, pues él ya no podría socorrerle. Mondragón supo sacar las mejores condiciones posibles para su rendición (18 de Febrero de 1574) desalojando Middelburg y Ramua con toda su gente y llevándose consigo, además, las armas y sus bienes.

De este modo los rebeldes se habían adueñado de toda Zelanda, a excepción de la isla de Targoes, y habían asentado su superioridad en el mar. El dinero que obtuvieron de la venta de las mercancías halladas en Middelburg se lo enviaron a Luis de Nassau, que se encontraba en Alemania desde la rendición de Mons, para que levantara un ejército y continuara sus campañas militares en los Estados penetrando por el de Brabante y allí se le uniera el príncipe de Orange con 6,000 infantes, que tendría que juntar en San Geertruyenberge, y ver de apoderarse de este Estado que estaba en el centro de los demás y se encontraba, por entonces, poco protegido. Otros creían que Orange no se uniría con su hermano sino que atacaría Amberes. Creían, en fin, que con la venida de Luis de Nassau, el Comendador se vería obligado a sacar las tropas que tenía en Holanda asediando villas, en particular a la de Leyden, y tendrían la oportunidad de recuperarlas.

Luis de Nassau no perdió el tiempo y pronto organizó un ejército de 3.000 caballos y 6.000 infantes, alemanes principalmente, teniendo la fortuna de encontrarse allí los 2.000 caballos que habían acompañado a Enrique de Anjou, hermano del rey Carlos IX de Francia, a su coronación como rey de Polonia. Con toda esta gente, entra al País y se alojan muy cerca de Maestricht. Como general de la caballería se encontraba el duque Cristóbal Palatino y de la infantería, Luis de Nassau que iba acompañado de su hermano el conde Enrique y de muchos hijos de príncipes alemanes. Su presencia en este lugar atemorizó a todos los estados y de manera particular al de Brabante, que, como ya hemos dicho, tenía escasa protección y se temía que las fuerzas que Requeséns había ordenado que se juntaran en Holanda en número de dos mil españoles, que había de reunir don Gonzalo de Bracamonte, no llegaran a tiempo.

¿Qué villas permanecían todavía fieles al rey? En Zelanda, sólo la isla de Targoes; en toda Holanda, sólo la de Utrecht, Amsterdam y Scoonhoven; en el ducado de Güeldres, Arnhem, Nimega y Venloo; en el Overysse, Deventer; en Brabante, Diest, Tilemont, Lovaina

y Malinas; y, en el condado de Henao, Mons; y en Flandes, Terramunda y Oudenarden.

Requeséns en vista de la amenaza enemiga y a pesar de no tener mucha gente con él, decidió hacerles frente para lo cual tomó las disposiciones necesarias. Envío, primeramente, a varias compañías de caballos y una de arcabuceros del coronel Mondragón a Maestricht para oponerse al enemigo en caso necesario, mientras podía enviar a Sancho Dávila con mayor número de soldados a reforzarlos e impedir que los enemigos pasaran el Mosa. Aparte, ordenó que en Alemania se levantasen 8,000 caballos, al conde Hannibal, 4,000 esguizaros católicos, y a don Gonzalo de Bracamonte que con 2,000 españoles saliera de Holanda y se dirigiera a la mayor brevedad posible a Maestricht.

El gobernador de Maestricht era el capitán Francisco de Montedoca que tenía para su defensa tres compañías de alemanes, por lo que recibió con gran contento los primeros refuerzos enviados por el Comendador, y habiendo llegado ya Dávila con 300 arcabuceros, comenzaron a escaramuzar con los enemigos todos los días produciéndoles bajas en su caballería, por lo que estos decidieron alojar a su infantería en las aldeas cercanas de Maestricht. En una de ellas, en la de Bemlen, se había aposentado un buen número de esta, por lo que Dávila salió con 600 arcabuceros, 300 españoles y 8 compañías de caballos y los atacó al amanecer con tan buena fortuna que les produjo una baja de 700 hombres. Los rebeldes queriendo evitar que les continuaran causando semejantes daños, volvieron a movilizar su alojamiento para dirigirse a Fauquemont y Gulpen. Dávila los siguió a la retaguardia para enterarse de sus propósitos. Mientras, Gonzalo de Bracamonte había llegado a Ruremunda con varias compañías de los tercios de Nápoles, Lombardía y Flandes y tres de caballos, de donde partió para Maestricht por orden del Comendador que, sabiendo que Orange pensaba enviar refuerzos a su hermano, decidió atacarlos antes de que tuvieran tiempo de hacerlo, comunicando su decisión a Dávila. Dávila pensó atacar uno de los tres alojamientos de los rebeldes (Fauquemont, Gulpen y Haren) para lo cual salió a reconocer el de Fauquemont con 1,500 infantes y 11 compañías de caballos. Después de escaramuzar con ellos y obligarles a retirarse dentro de sus murallas, los rebeldes desesperados de poder cruzar el Mosa y entrar en Brabante, optaron por cambiar de rumbo y levantar su campo para dirigirse a Nimega, entre el Waal y el Mosa, donde habría de recibirles Orange con 6,000 infantes. Informado Dávila de estos planes decidió seguirles, caminando él por Brabante, para pasar el río después y esperarles. Los rebeldes colocaron la caballería en un llano delante de Mook, aldea del país de Cleves enclavada sobre el Mosa.

Llegaron en este momento, M. de Hierge y el barón de Chevre-

cu. M. de Hierge informó a Dávila que al día siguiente llegaría Francisco de Valdés con 2,500 españoles y tres compañías de caballos; pero Dávila, considerando que el lugar que ocupaban era muy fuerte y temiendo que el enemigo se le escapara a Langustrate, donde tenía gente Orange, no quiso esperar los refuerzos y mandó que se iniciara el combate, que una vez más, le fué favorable y logró una victoria completa. Murieron 2,500 infantes rebeldes y perdieron 500 caballos, se les tomó 30 banderas y tres estandartes. De su parte tuvieron muy pocas pérdidas. Entre los que cayeron en esta batalla, se encontraron nada menos que los jefes de los rebeldes, Luis y Enrique de Nassau y el duque Cristóbal Palatino (14 de Abril).

Se alojó al ejército en Grabe y en Mook temiendo que se sublevaran por falta de pagas, lo que efectivamente ocurrió. Como era ya costumbre, la caballería y la infantería se unieron y entre ellos eligieron un jefe que recibió el nombre de Electo. El escuadrón rodeaba al Electo de consejeros, escogidos entre los más inteligentes. Para hacerse cargo de la infantería nombraban a un oficial que era llamado sargento mayor, y para la caballería otro que recibía el nombre de gobernador.(35) Así organizados se pusieron en camino de Amberes, no sin antes prometer a Dávila pelear con él en caso de ser atacados por los rebeldes. Este acto frustraba los frutos que podrían haberse sacado de la victoria obtenida (Holanda estaba ya dispuesta a rendirse) y creaba un problema más a Requeséns que se encontraba sin fondos en Bruselas, ciudad que abandonó (por temor a que la tropa sublevada fuera allí de encontrarse él en ella) para dirigirse a Amberes. En Amberes se hallaba su gobernador, Federico Perrenot, Sr. de Champigny, hermano del cardenal Granvela, con una guarnición de españoles que no pusieron ninguna resistencia a los sublevados, sino que se unieron a ellos e intentaron echar del castillo al gobernador, que no lo permitió. Ya dueños de la situación dirigieron fuertes mensajes al Comendador exigiendo lo que se les deb'a. Requeséns, a costa del prestigio de su autoridad, y, después de penosos incidentes, logró reducir a las tropas y salvar a la ciudad del saqueo, pero los pocos que quedaban fieles al rey interpretan la actitud del Comendador como un signo de debilidad. Los barcos que estaban en Amberes, y que había equipado Requeséns para maniobrar contra Zelanda, se habían alejado un poco por temor a que los tomaran los amotinados; pero fueron los de Orange los que los apresaron sin dificultad alguna. El almirante holandés, Boisot, logró prender o quemar todos los barcos que todavía le quedaban a España en los Estados.

En lo que duró el motín, Requeséns no permaneció inactivo, envió a la caballería ligera a Bolduque a construir dos fuertes sobre el Mosá, y al mayor Francisco de Valdés a Holanda a continuar el sitio de Leyden. Con el mismo objeto envió a M. de Liques, gober-

nador de Harlem, para que entrara por otra parte que Valdés y obligara de paso a los rebeldes a recoger la gente que tenían en Bomel, Zelanda y otras partes, alejando así el peligro de que entraran en Brabante, hecho que no hubieran podido impedir sin haber solucionado antes el motín de sus soldados, y, dando tiempo, por otra parte, a que llegara la armada que el rey había reunido y que iba a salir de Santander con rumbo a los Países Bajos a las órdenes de Pedro de Melendez, con cuyo concurso se harían los españoles más fuertes en los mares que los rebeldes.

Por fin pudo Requeséns, dominado el motín, leer el perdón públicamente en Bruselas, rodeado de los gobernadores de provincias, Consejo de Estado, de los caballeros del Toisón de Oro y otras personalidades. Aunque excluyó a 292 personas, perdonaba a todos los culpables desde el comienzo de la rebelión, es decir desde 1556. (6 de Junio de 1574). Pero nadie se acogió ya a este perdón, quizá por llegar fuera de tiempo, encontrando los ánimos endurecidos por los motines de las tropas. Asimismo y al día siguiente, suprimió el Tribunal de los Tumultos ante los Estados Generales y la supresión definitiva de los impuestos de Alba; pero los Estados aprovecharon la ocasión para hacer más peticiones. Deseaban que se excluyera a los extranjeros de los puestos públicos y que la dirección política estuviera a cargo de flamencos residentes en Madrid. Requeséns, entonces, inició pláticas con Orange; pero ellas, por conveniencia propia de los dos, fueron alargándose, esperando cada uno de ellos recibir ayuda del exterior. Orange pedía que se retiraran las tropas españolas, y Felipe no transigía en este punto, como tampoco cedía en lo que significara un detrimento en la religión católica. (36)

Orange, que por medio de su matrimonio con Ana de Sajonia se había atraído las simpatías de los luteranos alemanes al par que su apoyo, no cree necesario ya recibir esta ayuda y se divorcia de ella. Vuelve a contraer matrimonio, esta vez con una calvinista, Carlota de Borbón, hija del duque de Montpensier, inclinando hacia sí, de este modo, a los partidarios de esta fuerte rama del protestantismo.

Pero la acción militar siguió su marcha a pesar de las pláticas en Holanda. Holanda tiene cuatro entradas, Harlem, Harlemmer (por donde penetró Valdés), Schoonhoven (por el Rin) y la esclusa de Goude y Alie, M de Liques hubo de entrar por las dunas, (Harlem) para dirigirse a la Haya. Valdés por su parte, encaminó sus pasos hacia Leyderdorp y Allen. Divide su gente y le da a Luis Gaytán tres compañías de infantería de españoles. En su camino a Leyden, Gaytán se entera de que la Haya no estaba muy protegida, por lo que la ataca y gana fácilmente.

En este tiempo se envía a don Bernardino de Mendoza a Inglaterra con la comisión de pedir a la reina que en caso de que los temporales arrojarán los barcos de la armada española (que se

aprestaba en Santander) a sus costas, les diera asilo y provisiones, a lo que Isabel accedió. Pero la armada no pudo salir por lo pronto, por la muerte de P. de Melendez.

Mientras, Francisco de Valdés iba acercándose a Leyden y por ello sus habitantes pidieron socorro a sus vecinos que contestaron no poder proporcionárselo hasta dentro de tres meses.

En Amberes, después de 42 días, se les pagaba a los tercios españoles que fueron enviados a Holanda con Chiapino Vitelli.

Siguió avanzando Valdés, continuando el cerco de Leyden, tomando villas y construyendo fuertes a las márgenes de los lagos, canales y ríos (sumaban ya un número de 62 entre fuertes y alojamientos). Los sitiados sufrían por carecer de vituallas, por lo que, a pesar de las pérdidas considerables que se producirían, determinaron romper los diques e inundar la campiña para ver si de este modo podían llevarles socorro. Comenzaron a realizar su propósito los días 3 y 4 de Agosto, empezando por anegar Zuid Holanda para que les enviaran navíos por ahí. Siguieron con una abertura entre Rotterdam y Delfshaven, consiguiendo que para fin de Septiembre estuviera anegada la tierra y propicia a que se navegara por ella. El 11 de ese mismo mes, entró la armada de los rebeldes, con su almirante Eicisot, en ella con un número de 170 bajeles, botes y otras pequeñas embarcaciones, rindiendo a su paso a todas las villas y obligando a los españoles a retirarse a Harlem. Sin pérdida alguna continuó la armada su camino hasta llegar a Zuid, cerca de Leyden, donde tuvieron que esperar unos días (del 29 de Septiembre al 2 de Octubre) a que terminaran de anegar la tierra y poder acercarse a Leyden. Los españoles que todavía quedaban por ahí, no pudiendo hacer nada con la inundación, empezaron a retirarse dirigiéndose a la Haya, por orden de Valdés. Perdieron mucha gente que moría al ser alcanzada por las barcas de los rebeldes. Por fin lograron librar a Leyden del sitio que había durado un año (del 31 de Octubre de 1573 al 3 de Octubre de 1574) y que les había hecho pasar tanta hambre.

El capitán Pedro de Paz fué a Bruselas a avisar al Comendador de esta derrota.

Durante este tiempo, se conspiraba, por parte de los rebeldes, buscando el asesinato de Requeséns y por parte de Felipe, también, se pensó en eliminar a Orange mandándolo asesinar; pero todo quedó en proyectos.(37)

Requeséns había prometido pagar los sueldos de los soldados que habían estado en la campaña de Leyden, lo antes posible; pero como pasara el tiempo y la promesa no se cumplía, se sublevaron los soldados, de nuevo, provocando otro motín más. Hicieron su prisionero a Valdés y abandonando el lugar que hasta entonces ocupaban, pidieron a M. de Hierge, que estaba en el lugar del conde de la Roche como gobernador de la provincia, les dejara pasar por allí

a Brabante. Hierge, para evitarse complicaciones, les dió permiso de hacerlo, y ellos se fueron a Utrecht. Allí fracasaron en su intento de apoderarse del castillo teniendo que quedarse en los arrabales, por lo que muchos murieron en las calles, hasta que fueron encontrados por Juan Osorio de Ulloa, que por orden del Comendador, les pagó y envió a alojarse a Terremunda, Anguien, Harentals y otros lugares de Brabante para invernar. Esta sublevación duró casi un mes.

El desaliento de Requeséns en estos momentos es muy grande. Los hombres que habían permanecido fieles al rey van perdiendo su fé en él. Los soldados desertan en gran número, tanto que en lugar de los 60,000 que se tenían registrados sólo quedan unos 40,000. El Comendador ha pedido repetidamente a Felipe que le deje negociar con los rebeldes y por fin logra su consentimiento. Se inician las negociaciones en Breda (Noviembre de 1574) y pronto terminan, pues si bien el rey concedía amplias proposiciones, exceptuaba en ellas a la religión y los rebeldes, aparte de que piden que se retiren las tropas españolas y se suspendan las armas, así como la convocación de los Estados Generales, quieren la tolerancia del calvinismo. Además, Orange que no piensa someterse de ningún modo, influye para que no se lleven a buen término y el 12 de Octubre consigue su propósito plenamente.(38)

Fracasado este medio, Requeséns decide continuar con las operaciones militares en Holanda (1575) y esta campaña será más próspera para España que la anterior.

Para comenzar, envía al gobernador de Holanda, M. de Hierge, con soldados de Fernando de Toledo y de Francisco de Valdés, así como alemanes y valones, a Utrecht, Amsterdam y Harlem. Hierge toma la villa de Buren, que los rebeldes habían aprovechado para cortar todos los caminos de Brabante y andar libremente por Güeldres y Amsterdam. Al mismo tiempo, el Comendador envió al coronel Cristóbal de Mondragón a ganar la isla de Finart, que aseguraba algunas fronteras de Brabante y le daba acceso a otras islas. También tuvo éxito Mondragón en su empresa, pues los rebeldes desampararon la isla al conocer su presencia, huyendo a Holanda. Mondragón volvió a Brabante.

Continúa M. de Hierge su camino, después de fortalecer Buren, reforzado por Requeséns hasta tener un número de 10,000 infantes y 400 caballos, además de algunas compañías de alemanes y de valones. Se dirige a Oudewater, villa muy pequeña pero muy bien defendida por un capitán francés con el nombre de Santamaría, que se negó a rendir la villa, por lo que M. de Hierge la atacó el 7 de Agosto y logró vencer, pero a costa de algunas pérdidas de hombres de su parte. Después se dirige a sitiar Scoonhoven, villa situada sobre la ribera del Rin, que se encontraba guardada por 700 sol-

dados franceses, holandeses e ingleses, reforzados, al poco tiempo, por M. de la Guardia, capitán francés, y su arcabucería y artillería, al que nombraron gobernador de la villa; pero él no pudo impedir el ataque de Hierge y hubieron de rendirse. De aquí, Hierge encamina sus pasos a Rotterdam, dirigiéndose a los fuertes de Crimpen, que estaban guardados por 200 hombres, puesto que desde allí se impedía la entrada a la isla de Isselmonde y a la de Rotterdam juntándose en esa parte tres ríos, el Waal, Lee y el Mosa. También logró el éxito fácilmente, por lo que pudo acceder a la petición de gente del Comendador y enviarle a Brabante el tercio de Julián Romero con banderas del de Valdés y otras de valones y alemanes. El tercio de Fernando de Toledo se alojó en Scoonhoven, M. de Hierge se fué a Utrecht y el conde de Mega junto con el resto de las banderas de Valdés, fué a asediar la villa de Woerden.

Pero como Requeséns había ya expresado al rey, su principal deseo era ser dueños del mar, pues sin ello era imposible reducir las provincias y menos acabar la guerra, y deseando tener un puerto para cuando llegara la armada española, decidió ganar algunas islas de Zelanda, y, sobre todo, su capital Zierickzee. Por ello, Chiapino Vitelli, Mondragón, Sancho Dávila y Osorio de Ulloa se unieron para acometer esta empresa. Y Requeséns mandó, con el mismo objeto, construir en Amberes treinta galeras y numerosas barcas y pontones. Con cuya gente salió de Bergen con rumbo a Zierickzee, que había decidido tomar porque cabían en su puerto muchos barcos. En el camino se ganaron varios fuertes en la isla de Duvelandt. El coronel Mondragón, como gobernador de Zelanda, se dirige con 2,000 soldados a Zierickzee, siendo acompañado por Sancho Dávila y Juan Osorio. Empiezan aquí también por tomar algunos fuertes para después asediar la villa al mando de Mondragón solamente. pues Requeséns dispuso que Dávila se quedara con la armada y que Juan de Osorio de Ulloa fuera a reunirse con él. Mientras, los rebeldes, aprovechando que los españoles tenían sus fuerzas concentradas en esa parte y comprendiendo la importancia de Crimpen (puerto y entrada a Zuid Holanda) decidieron sitiarla, tomando medidas para que no recibieran vituallas, por lo que, terminadas éstas, los españoles decidieron rendirse, produciéndose así una gran pérdida para la reducción de Holanda. A pesar de haber perdido varias islas, los rebeldes de Holanda y Zelanda en lugar de desanimarse, se decidieron a separarse del gobierno de Felipe. Hasta ahora habían manifestado ser leales al rey y que sólo peleaban contra sus representantes; pero ahora, rechazan abiertamente al rey (Octubre). Orange persistía en decir que si los españoles y la gente de guerra abandonaban el País todos gozarían de paz y de quietud; pero esta condición era inaceptable. Por su parte, Orange había realizado negociaciones con el extranjero. En medio de intereses políticos y religio-

esos opuestos, había ofrecido el gobierno de Holanda a Enrique III de Francia y a Isabel de Inglaterra; pero su ofrecimiento no fué aceptado por ninguno de los dos, que no querían romper con España abiertamente. Además, Isabel había pensado apoyar la candidatura de don Juan de Austria y establecerle en los Países Bajos como en un reino evitando así el predominio francés; pero Felipe no tenía plena confianza en don Juan y no quería, por otra parte, desprenderse de estos ricos países. Los hugonotes acariciaban el proyecto de nombrar rey de Flandes al hermano del rey de Francia, el duque de Alençon; pero tampoco confiaba Enrique III en su hermano y no lo aprobó.(39) Los protestantes holandeses al verse libres empiezan a perseguir a los católicos y cometen gran cantidad de crueldades contra ellos. Orange interviene tardíamente. Los católicos de Artois y Henao se sienten heridos en sus creencias y se separan de ellos, produciéndose así una escisión que dará lugar a la existencia de dos bandos de oposición al Rey, en lugar de uno sólo. Requeséns no pudo aprovechar esta situación por carecer de dinero y de tropas. La tan esperada escuadra de Santander llega al fin, pero disminuída y con poquísima importancia.

Había partido Requeséns a Amberes, que volvió a abandonar para dirigirse a Malinas a ganar el jubileo de aquel año. Al llegar a Bruselas se entera del amotinamiento de algunas compañías de caballos españoles por falta de pagas y como se encuentra sin dinero, acuerda el derecho de las aldeas a armarse para defenderse de sus saqueos. Encontrándose todavía en Bruselas se ve atacado repentinamente por la enfermedad y muere el 5 de Marzo de 1576; sin haber tenido tiempo de nombrar gobernador, para lo cual tenía poderes de Felipe II, por lo que el Consejo de Estado, formado por el duque de Arschot, Mansfeld, y Berlaymont, principalmente, se hizo cargo del gobierno en tanto que el Rey nombraba al que debía suceder a Requeséns. Tan pobre estaba el Comendador al momento de su muerte que no se pudo efectuar el entierro en varios días ante la carencia de dinero para pagar los gastos del mismo.

Esta muerte fué una gran pérdida para la buena marcha de las guerras en Holanda y Zelanda. El rey la sintió grandemente y en lugar de mandar inmediatamente una persona que se encargara del gobierno, decidió ponerlo en manos de los mismos flamencos, creyendo que de esta manera se someterían las provincias, y así se lo hizo saber al Consejo de Estado al que dejaba esta comisión, ordenando, al mismo tiempo, a los gobernantes de provincias y jefes militares que obedeciesen a dicho cuerpo. Pero, no todos los consejeros flamencos eran leales al rey y pronto se produjo una división entre ellos que se tradujo en la formación de dos bandos opuestos, el de los Hispanienses y el de los Patriotas, con los que Orange tenía contacto continuo.(40)

Mientras, la guerra en Holanda y Zelanda continúa. Mondragón después de varias escaramuzas y de impedir que la armada enemiga socorriera a los sitiados de Zierickzee, logra echar a pique una de sus naves en la que perdió la vida el almirante de los rebeldes Luis de Boisot, por lo que los de Zierickzee decidieron pedir que se les dejara rendirse (20 de Junio) saliendo los soldados con sus vestidos y armas. El Consejo de Estado se los concedió a condición de que pagaran 200,000 florines. Mondragón puso guarnición en ella el 2 de Julio.

Las banderas del tercio de Valdés, entonces, se amotinaron por falta de pagas y se salieron de la isla para dirigirse a Flandes y pasar después a apoderarse de Alost, llanura muy fértil cercana por igual de Gante, Amberes y Bruselas. Esta sublevación habría de contribuir a la alteración de las provincias que se había hecho mayor a raíz de la muerte del Comendador.

En cuanto se supo este nuevo motín, muchos escuadrones se fueron a unírseles logrando los amotinados alcanzar el número de 1,600. Al asentarse en Alost habían alterado a Bruselas, que está muy cerca de ella, y acordándose sus habitantes del permiso que les había concedido el Comendador, poco antes, de armarse contra los sublevados para defenderse, (41) tomaron las armas muchas ciudades, además de ellos, ante la mirada benevolente del Consejo de Estado, cometiéndose toda clase de desatinos. Como el Consejo de Estado no intervenía y parecía inclinarse más bien al bando de los rebeldes, los generales y jefes españoles decidieron obrar por su propia cuenta y juntar sus fuerzas cuanto antes cerca de Amberes. Hacia allí partió en seguida Sancho Dávila, ordenando a Fernando de Toledo que con la caballería de Brabante fuera a reunirse, lo cual consiguió no sin antes combatir al paisanaje armado que halló en el camino tratando de impedirle el paso. Como Dávila le envió ayuda, el Consejo de Estado se lo recriminó por haberlo hecho sin previa orden suya, pero Dávila alegó que había sido en servicio de su majestad. Se acordó además con el mismo Dávila que los españoles que estaban en Bruselas pasaran a Amberes, regresando los consejeros a aquella ciudad.

Viendo que cada día crecía el número de alteraciones, los cabezas de los españoles en Amberes procuran poner fin al motín de Alost juntando algún dinero para enviárselos; pero los amotinados no aceptaron por querer sus pagas completas. Orange, que por el momento se veía sin el apoyo de Francia e Inglaterra, decide aprovechar la situación y tratar de unir a las diecisiete provincias para expulsar a los españoles. En Bruselas, M. de Hesse y M. de Glimes levantaron gente. Con su apoyo, Orange decide prender a aquellos miembros del Consejo de Estado que no estuvieran de acuerdo con sus planes y ejecutando su deseo, prendieron a los condes de Mans:

feld y Berlaymont, al presidente Viglio y Luis del Rfo, entre otros (42) Nombraron general y cabeza de Brabante a Felipe de Croy, duque de Arschoot, que era asimismo del consejo de Estado (Septiembre de 1576) y para justificarse publicaron una pragmática en que declaraban rebeldes a los españoles. Aprovechando esta pragmática, los nobles y eclesiásticos se reunieron en Gante y acordaron emplear sus vidas y haciendas en levantar un gran número de gente para expulsar a los españoles y extranjeros que les servían en las guerras en los Estados. Las provincias de Brabante, Henao, Flandes, Artois, Holanda y Zelanda, a excepción de Luxemburgo, todas acogieron esta decisión unánimemente. Acordaron además atraerse a la infantería valona que estaba al servicio de su majestad, consiguiendo que muchos de sus capitanes se pasaran de su lado y tuvieron casi preso al coronel Mondragón en Zierickzee.

Ante esta situación, Sancho Dávila decidió fortificar Amberes. Francisco de Valdés se colocó en un fuerte frente a la ciudad, en Flandes. Julián Romero fortificó Liere, y Francisco de Montedoca, gobernador de Maestricht, dejó algunos soldados en la puerta de Bruselas. A parte de los lugares mencionados, se tenían guarniciones de españoles en Maestricht, en el castillo de Utrecht, en el de Viennen, el de Gante y Valenciennes, en Groningen, castillo de Culemburg, Holanda, y los amotinados en Alost. En total sumaban 6.000 hombres y contra ellos se habían armado todas las provincias a excepción, como ya hemos dicho, de Luxemburgo. Los amotinados de Alost continuaban sin querer aceptar el dinero que se les ofrecía y exigiendo todo lo que se les debía, no aviniéndose tampoco a las súplicas de Alonso de Vargas y de Julián Romero a que se unieran a ellos para reforzar a los escasos soldados que estaban en el castillo de Gante, que había sido sitiado el 16 de Septiembre por los rebeldes al mando del conde de Reulx. Empezaron a batirlos hasta el 14 de Octubre, teniendo por entonces los rebeldes gran número de gente pues se les había incorporado toda la infantería valona que había servido a su majestad. El castillo de Gante hubo de rendirse, al no ser socorrido, en Noviembre del mismo año.

En tanto se peleaba en Gante, habían juntado en Brabante y contornos de Malinas una numerosa caballería e infantería para tratar de tomar Amberes, en donde se encontraba el conde de Eberstain que había prometido conservarla en el nombre de su majestad y no permitir la entrada de la gente de los Estados; pero en lugar de cumplir su palabra, les franqueó las puertas (3 de Octubre de 1576) a 1.200 caballos y 5.000 de infantería, dirigidos por Felipe de Egmont, hijo del conde de Egmont que había sido ejecutado por el duque de Alba. Al ver los ocupantes del castillo que se colocaban enfrente de ellos, dieron aviso a Julián Romero, a Alonso Vargas y a los amotinados, los que al saber que los rebeldes habían aumentado su número

ro a 14 000 hombres, por habérseles unido toda la gente de la villa, se conmovieron y salieron de Alost para ir en su ayuda. Entraron en el castillo en unión de Vargas y de Romero, el 4 de Noviembre. Eran 2.200 infantes españoles y 4 banderas de alemanes (800) y la caballería de 500 caballos; con cuya gente salieron a combatir al enemigo. Lograron vencerlos ayudados por un incendio que se produjo en las casas, que hizo cundir el pánico y puso en huida a los rebeldes. Los soldados españoles (la Furia Española), perdida la disciplina, sin obedecer siquiera a sus jefes Dávila, Romero y Vargas, comenzaron una terrible matanza de ciudadanos y en seguida el saqueo de la ciudad, que fue de los más graves que hubo. Se produjeron 7.000 muertes y el botín del saqueo parece que ascendió a ocho mil millones de florines en plata acuñada.

Estos sucesos tuvieron el efecto de suscitar la oposición general contra España, y a pesar de que Felipe había ya nombrado a don Juan de Austria sucesor de Requeséns, los consejeros de los Estados, olvidando las disensiones religiosas de las provincias, siguieron con sus pláticas en Gante y el 18 de Noviembre de 1576 firmaba Orange un tratado defensivo, llamado "Pacificación de Gante" por medio del cual se reconocía la autoridad de Felipe II a condición de que las tropas españolas salieran inmediatamente de los Países Bajos; los cargos solo serían desempeñados por los naturales del País y los Estados nombrarían sus representantes ante las potencias extranjeras, así como decidirían también qué leyes habrían de regir entre los católicos y los protestantes y entre los Estados flamencos y holandeses; se suspenderían los edictos contra la herejía, los "placards" entre otros, se libertaría a los prisioneros hechos por el Tribunal de los Tumultos y se les restituiría sus bienes confiscados a sus respectivos dueños. (43)



REAL ACADEMIA DE LA LENGUA
CASTELLANA
BIBLIOTECA

CAPITULO IV

GOBIERNO DE DON JUAN DE AUSTRIA

(1576-1578)

Felipe II pensó mucho antes de decidirse a designar a don Juan de Austria sucesor de Requeséns en el gobierno de los Países Bajos. Granvela proponía a la ex-gobernadora Margarita de Parma; el duque de Alba a alguna de los hijos de Maximiliano II, Ernesto o Alonso, o a Manuel Filiberto de Saboya. Sin embargo, el cardenal Quiroga y otros altos funcionarios del Consejo de Felipe le indicaron a su medio-hermano don Juan de Austria como la única persona apropiada para gobernar los Países Bajos en el estado en que se encontraban estos países. (44) Además de sus prendas personales, su fama adquirida en Lepanto y su personalidad, llenaba los deseos de los flamencos de que el representante de la corona en su país tuviera sangre real. Felipe hubo de decidirse y mandarle su nombramiento a Nápoles en carta del 8 de Abril. (45) Le encarece que se ponga en camino inmediatamente y que para no perder tiempo vaya directamente a los Países Bajos sin pasar por España. El le mandaría las instrucciones para su gobierno por escrito. Es urgente su presencia en dichos países pues aunque los asuntos marchan bien, teme que se produzcan cambios desfavorables.

Pero don Juan no deseaba esta posición tan difícil: poner orden en aquel caos. El tenía otros planes. Soñaba con invadir Inglaterra, destronar a Isabel y poner en su lugar a María Estuardo, después de haberse él casado con ella; y así poder gobernar Inglaterra, Irlanda y Escocia. Y a pesar de las órdenes explícitas de Felipe de que fuera directamente a los Países Bajos, quiere pasar primero por España para discutir con el rey estos planes. (46) Le guiaban por un lado su ambición y de otro el convencimiento de que teniendo a Inglaterra en su poder la reducción de los Países Bajos sería más fácil. (47)

Era don Juan, ambicioso, impetuoso, con mucha confianza en sí mismo y con talento para los asuntos militares. Con más habilidad que su hermano para las lenguas, hablaba el francés y entendía el alemán, flamenco e italiano; sin embargo no se habla distinguido

por tener cualidades de buen gobernante y entre sus defectos se contaban el de no poder controlar su cólera y el no gustarle que se le contradijese. (48)

Con el nombramiento en su poder (3 de Mayo) sale don Juan de Génova, pasa por Barcelona y finalmente llega a Madrid en el mes de Septiembre (1576). El rey, a pesar del disgusto que le produjo su desobediencia, ya que los asuntos de Flandes iban de mal en peor y la presencia de don Juan allí era sumamente necesaria, lo recibió afablemente y oyó sus planes sobre Inglaterra. Felipe le dió esperanzas de ayudarle en ello y en seguida le hizo conocer sus instrucciones para gobernar los Países Bajos. En primer lugar su política había de ser conciliadora en todo lo posible. Debía, don Juan, cuidar en extremo su conducta, y en esto insistía mucho Felipe; debía hablar en francés, no en español; y tener cuidado de no ofender a las principales familias con sus amoríos y rodearse de servidumbre católica. (49)

Después de recibir estas órdenes sobre el gobierno de los Países Bajos estuvo por fin listo para emprender el viaje don Juan, el 18 de Octubre, disfrazado de criado, teñidos sus cabellos y barba, partió acompañado sólomente del aristócrata italiano Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Meli. Para que no se pensara que él iba a continuar con la política de castellanización iría sin tropas. Hizo pesadas jornadas a caballo para pasar la frontera y llegar a París en donde el embajador Diego de Zúñiga le puso al corriente del estado de cosas en los Países Bajos y le aconsejó que entraran al país por Luxemburgo, por ser la única provincia todavía fiel a España. (50) Luxemburgo estaba gobernada por M. de Naves en ausencia del verdadero gobernador, el conde de Mansfeld, preso en Bruselas. Aquí terminó el incógnito de don Juan, pero su llegada, por inesperada, cayó mal entre los sublevados y pronto le demostraron sus nuevos súbditos tener más simpatías por los Estados Generales que por él. Orange lo consideró como un gran estorbo para la realización de sus proyectos. Al día siguiente de su llegada, se produce la Furia Española en Amberes (4 de Noviembre), don Juan había llegado tarde para evitarlo.

Uno de sus primeros actos como gobernador de los Países Bajos fue ordenar a todos los españoles que dejaran las armas, en lo que fué obedecido plenamente.

Felipe II le había dado amplios poderes conciliatorios, le había autorizado a transigir hasta en la evacuación de las tropas españolas, a perdonar ofensas pasadas; aún a Orange estaba dispuesto a otorgarle su perdón; les podía dar más poder en el gobierno y devolverles sus cargos y preeminencias; en todo consentía menos en dos puntos esenciales: el mantenimiento de la religión católica y el de la autoridad real. (51)

Don Juan se dirigió al Consejo y a los Estados Provinciales, a los Estados Generales no, porque se habían reunido sin la autorización del monarca y por tanto no los reconoció, para manifestarles sus deseos de concordia. Los Estados consultaron lo que tenían que hacer con el príncipe de Orange y éste les aconsejó que para reconocerle como gobernador le pidieran que diera orden de salir del País a las tropas españolas y que admitiera todos los acuerdos tomados por ellos en la Pacificación de Gante.

A los dos meses de estar en el país, escribió don Juan a su hermano que la ruptura era inevitable y que necesitaba dinero y más hombres. Mientras, continuaba esforzándose en establecer la paz, para poder tener las tropas a su servicio cuando llegara el momento de realizar sus planes de invasión de Inglaterra, en los que contaba con el apoyo del Papa.

Orange, que no creía que don Juan consentiría en aceptar las condiciones que se le imponían, comenzó a prepararse militarmente y a tratar de apoderarse de don Juan. (52) En su campo de rebeldes se producían divisiones, debido a las grandes diferencias entre las provincias del NE., que son protestantes, y las del SO., que son católicas y para principios de Enero de 1577 se estaban produciendo dos grupos entre ellos, que tenían en común el deseo de expulsión de las tropas españolas; pero que diferían en sus fines. Los católicos querían el restablecimiento del catolicismo y la reconciliación con España; mientras que los protestantes, inspirados por Orange, planeaban implantar su religión y acabar con el poder de Felipe II (53)

Don Juan, contrariamente a lo que pensaba Orange, y de acuerdo con el rey, se decide a firmar la paz el 9 de Enero de 1577 en la llamada Unión de Bruselas y que se publicó con el inadecuado nombre de Edicto Perpetuo el 17 de Febrero de 1577 en Bruselas e estableciéndose las siguientes condiciones: se ratifica el tratado de paz firmado en Gante el 8 de Noviembre entre los Estados y el príncipe de Orange y sus aliados; las tropas españolas en su totalidad han de abandonar el país cuanto antes (pasados 40 días no debía quedar uno sólo en los Países Bajos); se liberrarán prisioneros de las dos partes; se concedería una amnistía general; se volverían a convocar los Estados Generales como en tiempos de Carlos V; ellos tendrían el derecho de fijar los impuestos y de mandar las tropas nacionales. Los Estados prometen a su vez, respetar y mantener la fe católica romana y la obediencia al rey; renunciarían a aliarse con los extranjeros para su defensa en las revueltas, y recibirían a don Juan como su gobernante. (54) Efectivamente, en Malinas y Lovaina fue reconocido como tal por los Estados. Pero este tratado no satisfizo a nadie, ni a los Estados, ni a Orange, que veía comprometida su causa; ni a los españoles, que habían vivido diez años en estos países, en que muchos habían establecido sus hogares, y que ahora habían de

abandonar sin haber recibido sus pagas; ni, en fin, a don Juan, que con la partida de las tropas se posponían sus proyectos de invasión de Inglaterra. (55) Con este deseo en mente, había pensado en desalojar a las tropas por mar, pero como los únicos puertos marítimos eran los de Holanda y Zelanda y estos negaron su permiso para que las tropas penetraran en su territorio, hubo de consentir en la evacuación por tierra hacia Italia. Don Juan pidió al rey que le permitiera regresar a España; pero Felipe no le prestó oídos. Mandó, entonces, reunir las tropas don Juan en Maestricht, de donde habían de partir (Abril, 1577) bajo el mando del conde de Mansfeld, que por ser extranjero, había sido elegido para terminar con las disputas de los jefes españoles, Dávila, J. Romero, Francisco de Valdés, Alonso de Vargas, Mondragón y Verdugo, que querían conducir las tropas alegando cada uno sus méritos propios. El ejército español no era ya tan brillante como cuando llegó con el duque de Alba. Se componía de 20,000 hombres, muchos enfermos y viejos, seguidos de mujeres y niños, y de 10,000 caballos. Desilusionados por el abandono en que se les tenía, muchos desertaron y otros siguieron a Mansfeld que los condujo a las montañas de Liguria para librarlos de la peste que había en Milán. (56)

Mientras, don Juan había conseguido atraerse en un principio las simpatías de sus súbditos por su carácter afable y más que nada por su semejanza con el emperador Carlos V, su padre; pero el príncipe de Orange no había de tardar en conspirar contra su popularidad. En primer lugar, no estaba de acuerdo con la paz recién firmada y so pretexto de que en ella existía un capítulo en que se reconocía a la religión católica, excluyó a las provincias de Holanda y Zelanda de él. Don Juan trató de atraerse a este importante personaje en varias ocasiones enviándole emisarios y ofreciéndole el perdón y devolución de sus Estados y cargos preeminentes; pero Orange contestaba con evasivas, y buscaba, por otra parte, apoyo en los fanáticos religiosos. Hizo circular rumores de que don Juan no cumplía el edicto, que las tropas no habían salido del País y que se hallaban ocultas para volver cuando menos lo pensaran. Con estos rumores acerca de su persona, don Juan fué perdiendo simpatías entre todos, y poco a poco, la actitud de sus súbditos fué cada vez más hostil hasta que llegaron a agredir a sus criados y trataron de secuestrarlo y llevarlo a Holanda, donde estaba Orange. Don Juan recibía continuos avisos de complots que se tramaban en su contra; y el hermano del rey tenía el ánimo decaído, no tan sólo por que peligraba su vida, sino de ver el desorden reinante en los Países Bajos. No se hacía caso ni de su autoridad ni de la del rey; unos piden la tolerancia religiosa, otros exigen derechos políticos y el populacho sueña con el pillaje; pero no se ponen todos de acuerdo. Don Juan ya había previsto que la paz firmada no serviría de nada, pero sin dinero alguno, no podía tampoco continuar la guerra. (57)

El príncipe de Orange sigue en Holanda y Zelanda ejerciendo su poder, persigue abiertamente a los católicos y hace que los populosos de Bruselas, Amberes y Malinas anden desordenados. En Bruselas ponen en peligro al gobernador elegido por el pueblo. Los burgueses de Amberes logran echar a los valones y alemanes que allí se encontraban y hacen de ella una ciudad independiente. Otras ciudades siguieron su ejemplo. La rebelión volvía otra vez abiertamente. (58)

Pero no sólo de los protestantes tenía quejas don Juan sino también de los moderados que se preocupaban nada más que de su libertad, de vivir bien y no les importaba emparentar con herejes si el patrimonio de ellos valía la pena. En medio de este caos, don Juan sigue pidiendo que se le envíe dinero, y propone que se mande asesinar al príncipe de Orange; vuelve a insistir en su proyecto de Inglaterra, y escribe a su hermano que para reducir a los Países Bajos es de suma importancia tener a este país en su poder, así como la Zelanda, y es por ello, dice don Juan, que no cesa de hablar al rey de este asunto; pero Felipe que se había enterado que don Juan a espaldas suyas, había entablado negociaciones; al particular con el Papa, acoge fríamente sus cartas en que le expone proyectos y contesta que primero tiene que pacificar los Países Bajos. (59)

La situación era terrible para don Juan y él prepara un golpe de estado, para lo cual envía a su secretario Escobedo a España a explicar al rey el paso que va a dar. Aprovechando que Margarita de Valois, hermana de Enrique III de Francia, se hallaba en las aguas de Spa, por encargo de su hermano Francisco al que quería hacer nombrar soberano de los Países Bajos, (60) sale don Juan para Lieja para entrevistarse con ella.

La intervención de Francia en los asuntos de los Países Bajos por medio del más joven y último de los Valois, comenzó dos meses después de la muerte de Requeséns, 6 de Mayo de 1576, en que los Estados de Holanda y Zelanda, inspirados por Orange, ofrecían aceptar al duque de Alençon como su soberano hereditario, aún que con condiciones estrictas. Tardó el duque en decidirse a pelear abiertamente con España; pero el 19 de Octubre, después de la Furia Española, se decide y manda agentes secretos y se cartea con los rebeldes, correspondencia que no había de terminar sino hasta su muerte. No fué sino hasta el 13 de Agosto de 1578 en que los Estados Generales, siempre bajo la influencia de Orange, temiendo que el duque se volviera contra ellos, firmaron un tratado definitivo con Alençon por medio del cual el duque se comprometía a mantener un ejército de 10,000 infantes y 2,000 caballos por tres meses en los Países Bajos. Tomaría el título de "Defensor de las Libertades de los Países Bajos" en contra de la tiranía de los españoles; pero, por ahora, no tomaría parte en el gobierno, se le prometía colocarlo el prí

mero en la línea de sucesión en caso de ser destituido Felipe II y recompensarlo en la medida de sus servicios, en caso de que se arreglaran con Felipe. (61)

Mientras habla con Margarita de Valois en Lieja, prepara algunas compañías de valones reclutados por Berlaymont para, de improviso, apoderarse de Namur entonces en poder de los rebeldes, lo que consigue el 24 de Julio de 1577. Desde ahí, escribe a su hermano de que ya no es posible una solución pacífica y que debía ordenar el regreso de las tropas españolas para que el pudiera tomar la ofensiva.

Esta huida de don Juan fué juzgada como ofensiva por los Estados a los que don Juan comunicó su decisión de no volver si no rompían con Orange y castigaban a los que tramaban contra él, enviándoles, además, algunas pruebas de dichas maquinaciones. Muchos creían que sólo se trataba de pretextos de don Juan para promover la guerra. Los Estados en lugar de intimidarse llaman a Orange a Bruselas y allí es recibido el príncipe, que iba acompañado de 400 burgueses armados con arcabuces, entre aclamaciones del pueblo y nombrado Conservador de Brabante (Septiembre 23, 1577). (62)

Mientras, Felipe había pensado en sustituir a don Juan por Margarita de Parma y Granvela, que diez años antes habían sido aceptados por el pueblo flamenco. Granvela se niega alegando que es odiado ahí y que tiene ya mucha edad (60 años). Margarita está tentada de aceptar, aún cuando teme herir a don Juan a quien quiere como a un hijo, y pone como condición que le entreguen Plasencia a su marido, y que Felipe le diera suficiente dinero para gobernar; pero es atacada de enfermedad, de la gota, y este proyecto se pospone indefinidamente. (63) Se enteró entonces de la actitud de don Juan en los Países Bajos y le escribió a su hermano aprobando el paso dado; ya que no había resultado la política benigna, habría que acudir de nuevo a la acción militar, y por ello daba orden a las tropas evacuadas en Italia que regresaran.

Los españoles recibieron la orden del marqués de Ayamonte, virrey de Milán, con gran alegría y se pusieron en camino inmediatamente. También se aprestaron, por orden del rey, tropas por los vireyes de Nápoles y Sicilia.

Además Felipe sugería a don Juan que escribiera a la reina de Inglaterra pidiéndole que cesase de ayudar a los rebeldes flamencos. El se había dirigido al emperador de Alemania para que no dejara salir alemanes que fueran pagados por los rebeldes flamencos. Junto con las tropas iba a hacer su entrada en estos Países, Alejandro Farnesio, hijo de la ex-gobernadora Margarita de Parma, y sobrino de don Juan, que con estas noticias sintió renacer su confianza.

Entretanto, no todos los representantes de los Estados Genera-

les estaban de acuerdo con la política de Orange y del poder que deseaba ejercer y buscaron un nuevo gobernador. El conde Lalain y muchos orangistas habían pensado en Francisco de Valois, duque de Alençon, hermano de Enrique III de Francia; pero el duque de Arschot, queriendo conservar la religión católica, pensó en el archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo de Alemania y sobrino de Felipe II; y este proyecto fué del agrado de la mayoría por lo que fueron a buscarle secretamente.(64). El archiduque Matías era un joven de 29 años de gran ambición, y al saber que han pensado en él para el gobierno de los Países Bajos se pone inmediatamente en camino. Llega a Bruselas el 26 de Octubre de 1577 y es designado por el Consejo de los Estados, gobernador de los Países Bajos;(65) y aprovechando su corta edad y su incapacidad, le hicieron por ciertas condiciones de gobierno; deseaban restablecer todas sus libertades y privilegios, libertad religiosa, sacudir el dominio extranjero, y otras más.

Orange se había hecho nombrar "ruwart" de Brabante con el apoyo del pueblo de Bruselas y conservaba el poder real al lado del archiduque Matías. El duque de Arschot no está de acuerdo con el poder del príncipe y convoca a los delegados de la nobleza y del alto clero de los condados de Flandés, en Gante, para declarar todos que el nombramiento de Orange como "ruwart" de Brabante es fuera de la ley; pero aquí también Orange encuentra el apoyo del pueblo, sin distinción de creencias. Con consentimiento previo suyo, prenden a algunos de los miembros del Consejo de Estado, allí reunidos, y los ponen en prisión, logrando escaparse nada más que Lalain y Hesse. El pueblo gantés, entonces, ve llegada la hora soñada de venganzas y pillaje; invaden Brujas y empiezan a saquear casas, iglesias, y atropellan a las religiosas, sembrando el desorden por doquiera. El príncipe de Orange decide entonces legalizar su situación y se reconcilia con Matías al lado del cual, y por sugestión de Inglaterra que temía la intervención del emperador, le colocan los Estados como su lugarteniente general. Los dos juraron el cargo el 20 de Enero de 1578 y entraron triunfalmente en Bruselas, donde celebraron el acontecimiento con grandes fiestas.(66)

Para entonces (Diciembre de 1577) ya habían llegado las mercedadas tropas españolas con Alejandro Farnesio al frente de ellas, a Luxemburgo, con 6,000 hombres. Ya no venían con el ejército dos de sus antiguos jefes, Julián Romero, que había perdido la vida en el camino cuando venía cabalgando junto a los demás, y Sancho Dávila, que había sido llamado a España. Don Juan al tener noticia de su llegada, fortifica como mejor puede a Namur y va a Luxemburgo a recibirlos con gran alegría. Don Juan había intentado, otra vez, evitar la guerra con nuevos ofrecimientos conciliadores. Propuso volver a la política de tiempos del emperador Carlos V y orde-

nar a sus tropas que se abstuvieran de la violencia. Felipe había aprobado plenamente esto y había propuesto que don Juan y Orange quedaran como rehenes para garantizar la paz; pero el odio que los Estados tenían por los españoles hacía fracasar todo intento de conciliación. El 7 de Diciembre de 1577 rompieron definitivamente con don Juan al destituirle como gobernador y al declararle enemigo público. El 7 de Enero del año siguiente firman con Inglaterra un tratado en que Isabel se comprometía a darles ayuda económica y tropas, los Estados ponían como garantía a Flesinga, Middelburg, Brujas y Gravelinas. (67)

En estas condiciones se imponía la acción militar y don Juan reunió, ayudado por los Guisa militarmente y por el Papa en lo pecuniario, su ejército de 6,000 españoles, 4,000 franceses, 2,000 valones y 2,000 lorenenses, encontrándose entre ellos los viejos capitanes Mondragón, Toledo, Verdugo, Ernesto Mansfeld y además Octavio Gonzaga, Berlaymont, Alejandro Farnesio y como capitán general el mismo don Juan, que hizo inscribir estas palabras en sus banderas: "Con esta enseña vencí a los turcos, con esta venceré a los herejes". (68) El 31 de Enero de 1578 hicieron frente al enemigo en Gembloux ciudad cercana de Namur. El ejército rebelde era más numeroso que el de don Juan, compuesto del populacho de varias ciudades y auxiliados por algunos escoseses protestantes, estaban al mando del capitán de caballería C. Goignies. Un día antes, Goignies había decidido retirarse en vista del número de hombres que tenía ahora don Juan. Alejandro Farnesio enterado de ello, los persiguió y dió alcance logrando sobre ellos una victoria completa, dispersaron su ejército, mataron 6,000 enemigos, hicieron prisionero a su general y algunos nobles, y se apoderaron de muchas piezas de artillería y del bagaje, sin tener casi bajas de su lado. Gembloux hubo de rendirse, aún cuando se trataba de la plaza de armas de los rebeldes, Quedó, así, de manifiesto la superioridad de los españoles en los campos de batalla.

La noticia produjo el pánico en Bruselas, el archiduque Matías, el príncipe de Orange y los Estados huyen precipitadamente a Amberes. Su actitud, al abandonar la ciudad, les fué muy criticada y se formó un bando llamado de los descontentos contra Orange, que a la vez luchaba por obtener el poder político apoyados por el pueblo.

Bruselas fué puesta en estado de defensa por el conde de Bossu, antiguo general del duque de Alba; pero don Juan no pudo sitiarla por encontrarse enfermo, sin dinero y sin suficiente número de hombres. Mientras tanto iban los españoles rindiendo ciudades lentamente, en el Brabante, entre otras tomaron Tilemont, Lovaina (5 y 7 de Febrero de 1578), Boubignes y algunos más. Sichen, puso bastante resistencia a Farnesio pero vencida al fin, el príncipe de Parma los castigó con gran rigor debido a que entre ellos se hallaban mu-

chos de los que al rendirse en Gembloux habían jurado fidelidad al rey. Supo mostrarse clemente, sin embargo, con los de Diest a la que tomó seguidamente y muchos, por ello, se pasaron a su bando. De ahí fué Farnesio a reunirse con don Juan a Nivelles, que estaba a punto de rendirsele. Los alemanes, en ese momento, se amotinaron por no haber recibido sus pagas, pero don Juan los separó del cuerpo del ejército y consiguió por fin que Nivelles se le rindiera. A continuación tomaron la villa de Philippeville, y con ello habían conquistado, en un corto lapso de tiempo, las provincias de Namur, Luxemburgo y Henao.

Sintiéndose enfermo y muy decaído desde la nueva del asesinato de su secretario Escobedo en España (31 de Mayo), recibida poco después de la victoria de Gembloux, don Juan pasa a Namur buscando restablecerse y encomienda el mando de las tropas, para que siguiera dirigiendo la acción militar, a su sobrino Alejandro Farnesio.

Farnesio dirige sus fuerzas sobre la capital de Limburgo (Junio, 1578) a la que logra rendir gracias a su inteligencia y actividad, logrando que los soldados que la protegían se alistaran bajo su mando, y desde ahí manda a sus hombres a apoderarse de los diferentes lugares de la provincia hasta que la recuperó totalmente con lo que cerraba una entrada a la posible venida de alemanes a socorrer a los rebeldes.

Llegaron, por entonces, 4,000 españoles de los veteranos de Italia con el maestre de campo Lope de Figueroa, 2,000 italianos con Gabrio Cerbelloni, y otros más, lo que llenó de alegría al enfermo gobernador. También en este tiempo regresó de España el barón de Billi que le traía una carta del rey en que le anunciaba que le enviaba dinero para que pudiera continuar la guerra contra los rebeldes y le mandaba publicar un edicto en su nombre en que ordenaba a sus súbditos que reconociesen a don Juan como su lugarteniente en los Países Bajos, prohibía que siguieran las juntas de los diputados si no eran antes legítimamente convocadas; a los del consejo de Estado y de Hacienda cesaran de hacer uso de sus oficios mientras no reconocieran en don Juan al gobernador general y que restituyeran todo, aquello que hubiera sido tomado del patrimonio real.(69)

Orange no permanecía inactivo tampoco y él hacía jurar a todos los eclesiásticos que defenderían la paz de Gante; como gobernador general debían reconocer al archiduque Matías y ayudar en la medida de sus posibilidades a expulsar del país a los españoles y a don Juan de Austria con ellos. El que no jurara todas estas condiciones sería declarado y tratado como enemigo de la patria. Como el clero católico rehusó prestar este juramento, se volvieron a desatar contra ellos una serie de ultrajes en sus personas y bienes iglesias, profanaciones, muertes de sacerdotes, en fin que estas persecu-

ciones no fueron menos rudas que las primeras que tuvieron lugar con anterioridad. Entonces muchos católicos dejaron a Orange para volver al partido real.(69)

Había conseguido el príncipe de Orange la ayuda del extranjero. Inglaterra apoyaba al conde palatino Juan Casimiro, al que Orange había traído para contrarrestar el posible poder del duque de Alençon, con un ejército de 12,000 alemanes; el emperador daba su ayuda a su hermano el archiduque Matías y Enrique III a su hermano, el duque de Alençon, que al mando de sus tropas francesas dirigía sus pasos a Mons, la ciudad más importante del Henao, entra al país y ocupa un lugar entre Mabeuque y Braine-le Comte; claro, que cada uno de ellos con miras particulares diferentes.

Orange quería indisponer a don Juan con Felipe para que este le retirara de los Países Bajos, para cuyo fin propaló la noticia de que don Juan tenía tratos con Isabel de Inglaterra para casarse con ella y además así ser señor de los Países Bajos, con que le garantizara la libertad para la nueva religión y sus antiguos privilegios. El primer proyecto era de conocimiento de Felipe y del mismo Papa, y los dos lo aprobaron como un medio de reducir a ese reino otra vez a la religión católica romana; efectivamente cambiaron cartas con la reina al particular; pero por fin don Juan se negó a continuar el asunto y volvió a su previa idea y propósitos matrimoniales con María Estuardo, proyecto que era también muy del agrado del pontífice. El segundo, era fraguado por Orange para ver de conseguir los fines que se proponía.(70)

Don Juan decidió hacer frente a los rebeldes dirigiéndose para ello cerca de Malinas (Agosto de 1578). En este lugar se encontraban los rebeldes atrincherados y bajo el mando del conde de Bossu. Con ellos se trabaron fuertes combates, que no condujeron a ningún resultado de ninguno de los dos lados. Los franceses no habían podido avanzar mucho con los españoles siempre delante. El campo rebelde estaba desunido a causa de que sus jefes no querían ceder el poder a uno solo de ellos; así Orange no quería someterse al archiduque Matías, ni el conde Casimiro al de Bossu, sus tropas se dedicaban a robar y saquear todo lo que podían. Así las cosas, se produjo una epidemia que afectó por igual a los dos campos.

Don Juan pide dinero al rey y más tropas de Alemania e Italia; pero Felipe en lugar de concederle lo que pedía, le manda que negocie la paz de nuevo. Las condiciones que ponían los Estados indignaron a don Juan. Pretendían que se reconociera al archiduque Matías como el gobernador de Flandes, que se les permitiera continuar en ella al conde Casimiro y al duque de Alençon, y que se les restituyeran las provincias de Brabante, Henao y Limburgo, que últimamente les había ganado don Juan. El se quejó amargamente al rey y se controló difícilmente.(71)

Por entonces, el embajador español de Inglaterra, don Bernardino de Mendoza le mandó aviso de haber salido de allí un tal Mos de Racleff, asesino que hablan pagado los emisarios de la reina de Inglaterra, el almirante Cobbe y M. Walsingham, que habían ido a negociar la paz en los Países Bajos, que atentaría contra su vida, haciéndose pasar por católico y yendo acompañado de su mujer e hijos para no levantar sospechas y mejor conseguir sus planes. Estando en audiencia en Tilemont, penetró este hombre y don Juan lo reconoció al instante, gracias al retrato que de él le había enviado B. de Mendoza, lo mandó prender y con ello logró burlar sus propósitos criminales.

El 22 de Julio, el archiduque Matías había publicado un decreto concediendo la libertad religiosa; pero según las ideas de la época, seguían las ejecuciones de católicos en Holanda, y de calvinistas en Flandes; las clases inferiores se apoderaban muchas veces del mando y se produjeron muchos actos de rapiña y de violencia, en la que participaban también las tropas extranjeras traídas para ayudar en la rebelión. (72)

Había ordenado don Juan al ingeniero Cerbelloni, amigo suyo, que construyera un fuerte en Bouges, cerca de Namur, y ahí se trasladó él también para esperar los refuerzos de Alemania. Estalló, entonces, una epidemia de tifus y don Juan cayó enfermo y sintiéndose muy mal, mandó llamar a todos los generales y consejeros para nombrar en su presencia gobernador de los Estados y capitán del ejército español, a Alejandro Farnesio, su sobrino (28 de Septiembre, 1578), hasta que el rey no ordenara otra cosa. Escribió a su hermano encomendándole a su madre, pidiéndole que pagase sus deudas y que se le enterrara en el Escorial junto a su padre el emperador. Por fin, el 10. de Octubre de 1578, murió don Juan a los treinta y tres años, sin dejar bienes. Fué muy llorada su muerte entre los soldados, que le admiraban por sus brillantes campañas militares y le querían por su carácter afable.

Fué conducido de Bouges a la iglesia de Namur, con todos los honores debidos a su cargo y a su condición de príncipe. Allí descansó hasta que Felipe ordenó su traslado (24 de Mayo siguiente) a España, para cumplir su último deseo de descansar junto a Carlos V.

Al recibir Felipe la noticia se retiró unos días a un monasterio, desde donde envió a don Alonso de Sotomayor a los Países Bajos para que confirmara el nombramiento de Alejandro Farnesio como sucesor de don Juan de Austria. Entre las recomendaciones que le enviaba, se hallaba la de que no pusiese en peligro la religión, que continuase las negociaciones con Inglaterra y Escocia y que le avisara de todo lo que ocurriera; él a su vez, le ayudaría en todo lo que conviniese para la buena marcha de los asuntos de los Países Bajos (73)

CAPITULO V

Gobierno de Alejandro Farnesio (1578-1592) y sus sucesores (1593-1597)

Alejandro Farnesio, duque de Parma y de Florencia, con gran talento militar así como político, buen diplomático, con gran prudencia e integridad, aceptó el cargo de gobernador y capitán general de los Países Bajos dándose plena cuenta de las dificultades, los problemas e importancia de este puesto. Como Guillermo de Orange, tenía el don de saber manejar hombres, supo ganar la estimación de los suyos y el respeto de sus enemigos, a los que no despreció, como lo habían hecho algunos de sus predecesores. Se hizo cargo de sus nuevas obligaciones animado de los mejores deseos de triunfar en la difícil tarea ante la que habían fracasado los anteriores representantes del rey.

La situación general de los Países Bajos no era muy halagadora a raíz de su toma de posesión de los cargos de gobernador y capitán general, ya que sólo tres, de las diecisiete provincias que constituían los Estados, eran fieles a España. Los rebeldes contaban con el apoyo del extranjero: del archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo (Alemania); del duque de Alençon, hermano de Enrique III (Francia), y de Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino (apoyado por Inglaterra). Por su parte, no podía, por ahora, esperar re fuerzas de España, pues Felipe se hallaba ocupado con sus proyectos de Portugal y no podía proporcionárselos; por lo tanto, propuso al rey seguir una política de paz y diplomacia, que le fué autorizada por el monarca.

Empezó por estudiar a sus enemigos y comprendió que nada tenía que temer por parte del archiduque Matías, pues era simplemente un soberano nominal, a Francisco de Valois tampoco lo consideró peligroso y su único temor era que se uniera a las provincias católicas y valonas, a las que quería él atraer para sí. La posición de los rebeldes no era tampoco fuerte y segura ya que las tropas que habían traído consigo los representantes de la ayuda extranjera, compuestas de alemanes y franceses primordialmente, en lugar de proporcionarles ayuda, les estaban causando grandes trastornos, ya que como no recibían sus pagas (los rebeldes carecían del dinero necesario para satisfacerlos) se dedicaban a robar y saquear los lugares en que se encontraban. Juan Casimiro ante esta situación, partió para Inglaterra para ver de conseguir ayuda, monetaria principalmente, de la reina Isabel; pero ante su fracaso, regresó de nuevo a los Países Bajos y se encontró con sus tropas (en número de 12,000) dispersas en la campiña y en completo desorden. Farnesio salió para combatirlos; pero ellos, atemorizados, le ofrecieron retirarse si les

proporcionaba un salvoconducto. Concedido éste, se regresaron a Alemania. (74)

Había tratado, Farnesio, en un principio asegurar la paz entablado pláticas con los Estados, que no contentos con las amplias concesiones del rey, y hostigados por Guillermo de Orange, añadieron nuevas condiciones, a saber: que se les permitiera el libre culto a los calvinistas; una amnistia general y que los cargos públicos estuvieran en poder, exclusivamente, de los naturales del País. Pero, la persecución de católicos continuaba, ahora más tenazmente, habiéndose acordado en el sínodo calvinista celebrado en Gante el 3 de Noviembre de 1578, perseguirlos; fueron saqueadas, una vez más, las iglesias y se destruyeron las imágenes públicamente; y por ello, las negociaciones con el gobernador hubieron de romperse. A las matanzas de católicos y de eclesiásticos y a las violaciones de religión en las provincias del Norte, contestaban los católicos, en las suyas del Sur, reanudando los procesos contra las brujerías y herejías en general. Los populachos de Amberes, Gante y Brujas, entre otros, se desatan en violencias, tales como la amenaza de terminar con los Estados Generales (Amberes, Enero 1579) y el asesinato de los presos del golpe de Estado que se encontraban en Gante. Todo esto iba apartando a los protestantes de los católicos en su objetivo común de expulsar al extranjero. Contribuyó a este distanciamiento también, el mismo Orange que comenzó por licenciar a sus tropas valonas para no tener más que reformados en su ejército y cambió los magistrados católicos de las ciudades por otros de la nueva religión. Sin embargo, el número de éstos era mucho menor que el de los católicos y de espíritus tolerantes que no gustaban de los excesos que cometían los fanáticos que apoyaban al de Orange. (75)

Aprovechando esta división imperante entre los rebeldes, no sólo en religión sino en el gobierno y gobernantes (unos eran partidarios de Alençon, otros de archiduque Matías, y algunos, al fin, del rey) que hemos localizado ya en las provincias protestantes del NE. y las católicas del SO., Alejandro Farnesio puso en juego su diplomacia con estas últimas para tratar de volverlas a la obediencia del rey, quien además de aprobar su política, le sugiere que los bienes confiscados los destine a recompensar a aquellos que se pasen a su causa, y como estos no fueran suficientes, se les concedieron también títulos de nobleza. Pronto, se le adhirieron algunos nobles, como el conde de Lalaing, el duque de Arschot, el marqués de Havré, el conde de Egmont, el Sr. de la Motte, y comenzaron las conferencias predecesoras del tratado que habrían de firmar reconociendo la autoridad y soberanía de Felipe II. Para ello, pedían la salida de las tropas extranjeras y el cumplimiento de lo estipulado en la Pacificación de Gante con don Juan de Austria. Comprendiendo Felipe la importancia de separar las provincias católicas de las protestan-

tes, dió su autorización a Farnesio para que negociara en su nombre a base de concesiones liberales. De este modo, pudo Farnesio firmar con los representantes de los Estados de Artois, Henao y la ciudad de Douai, la Unión de Arras (6 de Enero, 1579) por medio de la cual se reconciliaban con el rey; y el 17 de Mayo del mismo año, la Paz de Arras en que se estipulaban las bases de esa reconciliación, que eran las siguientes: se mantendría la religión católica; se volvería a la forma de gobierno de los tiempos de Carlos V, conservándose los privilegios de las provincias; el representante del rey en su gobierno, tendría que ser de sangre real y por último, las tropas extranjeras habrían de abandonar el país en el término de seis semanas, y no podrían regresar sin su previo consentimiento; en su lugar se formaría un ejército de los nativos del país. Muy pronto, los términos de la Paz de Arras fueron atrayendo, poco a poco, a las ciudades belgas que huían de la herejía, de las violencias y de caer en manos de los franceses, a los que odiaban.(76)

Para contrarrestar los efectos de este tratado, se reunieron los calvinistas y formaron la Unión de Utrecht, en la que se incluían las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante y Flandes (Enero 23, 1579). Su principal objetivo era la emancipación de la soberanía de España, para lo cual prometían conservarse unidos. Además, cada provincia tendría sus privilegios y derechos especiales; así, en Holanda y Zelanda la religión oficial sería la protestante, mientras que en las demás se dejaba en libertad de practicar la reformada o la católica públicamente.(77)

Mientras se sucedían estos hechos, se celebraron en Colonia conferencias promovidas por el emperador Rodolfo de Alemania con el objeto de buscar la pacificación general de los Países Bajos. Allí acudieron el conde de Schwartzenberg, en representación del emperador; el arzobispo Rossano, en la del Pontífice; el duque de Arschot, por los Estados de Flandes y el duque de Terranova, por el rey. Las instrucciones que llevaba Terranova eran de no transigir ni un ápice en lo que pudiera resultar dañoso para la religión católica y para su autoridad; y ante estas condiciones esenciales, las conferencias fracasaron y se disolvieron en Octubre, 1579, sin otro resultado que la resolución de algunos de los miembros eclesiásticos, hasta entonces rebeldes al rey, de adherirse a su causa.(78)

A parte de sus victorias diplomáticas, Farnesio había conseguido también victorias en el campo de batalla. A principios de Marzo (1579) con su ejército de 15,000 infantes y 4,000 caballos, entre cuyos capitanes se encontraban Cristóbal de Mondragón y M. de Hierge, puso sitio a la ciudad de Maestricht sobre el Mosa, que estaba defendida por una escasa guarnición a cargo del flamenco Schwartzenberg y del francés Tappin, que se defendieron valientemente en este largo sitio, a pesar de que no pudieron recibir socorros de las

fuerzas orangistas ya que estas estaban a punto de caer en la anarquía. Cada provincia y cada ciudad quiere disponer de sus caudales y de sus milicias dentro de sus murallas, sin importarles el daño que puedan ocasionar a las demás. Los soldados extorsionan a los campesinos para conseguir lo que quieren y cometen toda clase de robos y de pillaje. La Noue, famoso jefe hugonote de Francia y ahora lugarteniente de Orange, trata de socorrer a Maestricht y a pesar de tener orden de los Estados para que le entreguen unos cañones en Brujas, se los niegan, y no puede acudir a dicha ciudad. Sus defensores, ya mermados y abatidos por el hambre, después de cuatro meses de sitio, sucumben al fin, el 29 de Junio (1579). El ejército de Farnesio entró a la ciudad furiosamente para entregarse a un saqueo feroz, cometiéndose además todo género de crueldades, tantas que perecieron muchos miles de ciudadanos, y entre ellos perdieron la vida Schwartzenberg y M. de Hierge.

Además de Maestricht, conquistó Farnesio con la ayuda de los católicos, Malinas, Villebrock, y Bois-le-Duc; entonces se ve detenido por falta de recursos económicos y su situación se agrava ante la necesidad de pagar a sus tropas extranjeras que por lo acordado en la Paz de Arras tenían que abandonar el país y no lo querían dejar sin antes haber recibido lo que se les debía. Mucho trabajo le costó a Farnesio reprimirlos hasta que pudo reunir algún dinero con que saldarles su cuenta y los vio partir, por fin, de Flandes hacia Milán. Tantos sinsabores había experimentado con esta situación que pidió a Felipe que le relevara; pero sus súplicas no fueron oídas y hubo de continuar sus esfuerzos, ahora, para formar un ejército con los naturales del país que fuera suficientemente fuerte para enfrentarse a los rebeldes; que, por otra, parte también tenían grandes dificultades económicas. Tratando de resolverlas, Orange estableció tributos muy pesados y tuvieron que recurrir a vender bienes y ornamentos de iglesias.(79) Por lo tanto la guerra se redujo a golpes de mano, tomas de plazas y fortalezas, que cambiaban de mano muy frecuentemente, sin llegar a darse batallas decisivas. En una de ellas, al dirigirse sobre Lilla, cae prisionero el hugonote La Noue (10 de Mayo, 1580) que en su actuación en los Países Bajos, había tomado victoriosamente Brujas (Julio, 1578), Menin (Octubre) y Ninova (Marzo, 1580) principalmente, y que había concertado con un jefe católico que no se persiguiera a las mujeres, y que estuvieran exentas de rescate.(80)

Los éxitos de Farnesio y la eficiencia que había demostrado, le hicieron recelar a Felipe, que no gustaba que se concentraran en un solo hombre el poder político y militar, y por consejo de Granvela y de Juan de Idiaquez, presidente del consejo de Flandes, decidió nombrar gobernadora de los Países Bajos a Margarita de Parma, por segunda vez, basándose en las simpatías de que gozaba en esos paí

ses y en una de las cláusulas de la Paz de Arras que establecía que el representante de Felipe II en los Países Bajos debía tener sangre real. Pero no iba como la única persona a gobernar, sino que dividía la autoridad entre ella y su hijo Margarita habría de encargarse del gobierno de lo civil y Alejandro del militar. Con las debidas instrucciones del rey, se presentó Margarita en Luxemburgo (23 de Junio de 1580) dispuesta a complacer a su hermano. Pero Alejandro Farnesio no estaba de acuerdo con esta medida del rey, pues creía que una separación de los poderes político y militar, en las condiciones en que se encontraban los Países Bajos, sería de pésimos resultados y por ello escribió a Granvela, sabedor que de él había partido el consejo, pidiéndole que intercediera con el rey para que o le relevara de su cargo o se le restableciera la autoridad que hasta ahora había tenido. En varias entrevistas que tuvo con su madre, le hizo comprender su punto de vista y habiendo ella encontrado a los Países Bajos tan revueltos se resistía a gobernar, y cediendo ante la insistencia de Alejandro, renunció a los poderes que le habían sido dados por el rey, en su favor. Pero, Felipe no quería desistir en esta combinación y Margarita continuó donde estaba. Aprovechó su estancia, entonces, Margarita para fortalecer la autoridad de su hijo entre sus súbditos y le dió como lugarteniente a su antiguo paje, Francisco de Verdugo, al que dieron el cargo de defender Groningen. Farnesio y Margarita continuaron sus súplicas al rey, a la que se unió la de los nobles valones que amenazaron dejar el partido español si Farnesio se iba, por lo que Felipe no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia y confirmar a Farnesio en su doble cargo de gobernador y capitán general (Diciembre, 1581). Margarita obtuvo al fin, el permiso de regresar a Italia.(81)

La buena marcha de la política y diplomacia de Farnesio en los Países Bajos se ve en parte contrarrestada por una medida, aconsejada por Granvela al rey, la de poner a precio públicamente la cabeza de Orange. Granvela pensaba que esta medida reforzaría la posición del rey en los Países Bajos y ayudaría a terminar con la rebelión; mientras, si seguía con su política conciliadora y con sus concesiones, sus súbditos acabarían por restarle todo poder. Y Felipe se decidió a promulgar un bando contra Guillermo de Orange, al que consideraba como el culpable de todas sus dificultades; declarándolo traidor y enemigo de su país, y ofreciendo 25,000 coronas de oro a la persona que lo matara y otras ventajas, tales como ennoblecirlo, si no lo era ya; y si había cometido crímenes con anterioridad, se los perdonarían todos, en recompensa a su valor (15 de Marzo de 1580). Envía la orden a Farnesio de publicar este bando; pero Farnesio no aprueba esta desacertada medida y quiere eludir toda responsabilidad en ella. Escribe al rey para tratar de disuadirlo; pero nada consigue y como las órdenes de Felipe son apremian-



ULTAD DE DERECHO
DAD UNIVERSITARIA
E. P.

tes, no tiene más remedio que obedecer y después de haberlo retenido en su poder por varios meses, lo publica, al fin en Agosto, de 1580.

Guillermo de Orange contestó este bando con su famosa Apología, redactada por el calvinista francés Villiers, y que publicó poco después (3 de Diciembre, 1580). En ella ataca a Felipe II, acumulando cargos, unos verdaderos y otros falsos, contra él (82).

Un poco más tarde, y también como una consecuencia de ello, los representantes de los Estados de las provincias de la Unión de Utrecht se reunieron en La Haya y acordaron su separación de la soberanía española, lo que publicaron solemnemente el 26 de Julio de 1581, nombrando como a su príncipe y señor, en lugar de Felipe, a Francisco de Valois, duque de Alençon y Anjou, a excepción de Holanda y Zelanda que no reconocían más gobernador que Guillermo de Orange. (83)

Durante todo el año de 1580, habían estado los flamencos tratando de que aceptara encabezarlos el hermano de Enrique III de Francia, que, sin embargo había hecho poca cosa para atraerse su atención desde el tratado que había firmado con anterioridad, con los Estados (Agosto, 1578), ya que seguía sin poder conseguir el completo apoyo de su hermano y su madre, que temían oponerse a Felipe abiertamente, y que sólo le daban esperanzas de ayudarle en sus planes de los Países Bajos. Sin embargo, viendo Orange la habilidad política del nuevo gobernador y temiendo que Felipe la reforzara de un momento a otro con más hombres y dinero, creó indispensable conseguirse la ayuda extranjera y con este objetivo salió una embajada de sus representantes a Plessis-les-Tours para entrevistarse con el duque de Alençon y Anjou, al que ofrecieron el nombramiento de "prince et seigneur" de los Países Bajos a condición de que llevara consigo el apoyo y la alianza del rey de Francia, su hermano (19 de Septiembre, 1580). El aceptó, confiado en las promesas de Enrique III, y comenzó a preparar un ejército con que entrar a los Países Bajos. Muchos nobles franceses se pusieron a su disposición y pudo, por fin, reunir 12,000 infantes y 4,000 caballos, con cuyo concurso se presentó de repente delante de Cambray (17 de Agosto, 1581) que estaba sitiada por Farnesio. El gobernador tuvo que retirarse y entró en la ciudad Alençon como su libertador y como su señor, reemplazando a la guarnición valona por la suya francesa. Al poco, se le rindió también, casi sin resistencia, Chateaucambresis. Las noticias de estas victorias, produjeron gran júbilo a los rebeldes, que pidieron a Alençon que se internara en el país; pero él se rehusó debido a que las tropas que había traído consigo, sólo habían venido a liberar a Cambray y por lo tanto tenía que regresar a Francia; pero prometía volver con un ejército mayor y tratar de conseguir la ayuda de Enrique III y de Inglaterra. Y creyendo

más fácil obtenerla de esta última, partió para dicho reino en el mes de Octubre (1581) dejando así el campo libre a Farnesio, que no dejó pasar la oportunidad y atacó la única ciudad importante del SO. todavía fiel a la Unión de Utrecht, la ciudad flamenca, situada sobre el Escalda, Tournai, y logra rendirla el 30 de Noviembre de 1581. Las condiciones de su capitulación fueron muy generosas, en contraste con la violencia empleada en Maestricht, dejó que su guarnición saliera con los honores de guerra, y a sus habitantes les permitió quedarse sin sufrir ninguna molestia ni en sus personas ni en sus bienes; a cambio de ello, pagarían 200,000 florines. Entre los ciudadanos se incluían también a los protestantes, con la condición de que vivieran pacíficamente y sin profesar su fé públicamente. Aquellos que no desearan acatar estas condiciones podían abandonar la ciudad y vender sus bienes.

Mientras tanto, el archiduque Matías, viéndose relegado, optó por retirarse a Alemania; pero haciéndose, antes, indemnizar con las rentas del obispado de Utrecht (Octubre, 1581). (84)

Hablamos dejado a Alençon camino de Inglaterra animado del deseo de inclinar en su favor el ánimo de Isabel de Inglaterra y, hemos de añadir, con pretensión a su mano. A pesar de haber sido rechazado en 1572 había renovado sus proposiciones matrimoniales en 1579 y como había sido bien recibido entonces, ahora volvía a insistir. La situación de los Países Bajos había cambiado bastante desde su primera visita y si antes no vió la necesidad de dar su apoyo a Alençon, ahora, Isabel cree necesario ayudar a los rebeldes y evitar una posible victoria española, lo cual pondría en peligro la seguridad de su reino. Así que, sin pensar verdaderamente en casarse con él, le agasajó y llenó de promesas en los meses en que permaneció en Londres y después de darle alguna ayuda económica lo vió partir, por fin, de nuevo a los Países Bajos. Llegó el duque de Alençon a Flesinga el 10 de Febrero de 1582, pasa a Middelburg y de ahí a Amberes, donde es recibido con grandes honores, al igual que lo habían hecho anteriormente con el archiduque Matías, aprovecha su autoridad para restablecer el culto católico en esta ciudad; pero pronto empezaron las provincias a tratarle de manera diferente y a seguir dirigiendo sus tropas según sus conveniencias particulares y continuar sin contribuir al tesoro común pagando los impuestos establecidos para el caso. (85) Alençon, se vió entonces forzado a disputar el Brabante a los españoles; pero con sus escasas fuerzas francesas no pudo impedir que Farnesio se apoderara de Oudenarde (5 de Julio de 1582), mientras que Verdugo continuaba victorioso en Frisia. Ante las quejas de los Estados de que no cumplía con la ayuda concertada en Plessis-les-Tours, Alençon consiguió al fin de su hermano, después de muchas insistencias que le enviara 8,000 hombres en Noviembre (1582) al mando del duque de Mont-

pensier y del mariscal Byron, los cuales lograron algunas victorias, como las tomas de las plazas de Alost y Bouchain; pero estos refuerzos no representaban ni mucho menos, las promesas hechas por Alençon y por ello se le fué dando el mismo papel que había desempeñado el archiduque Matías, siendo Orange el que continuaba teniendo el poder.

No solamente recibió socorros el francés, sino también Farnesio fué reforzado económicamente por Felipe, que le envió además tres de sus mejores tercios, ya que Alejandro había conseguido convencer a los estados de Henao y Artois de pasar por alto la cláusula de la Paz de Arras que prohibía el uso de tropas extranjeras. Con su concurso, y el de algunos regimientos italianos llegados poco después, pudo Farnesio apoderarse a fines de 1582 de Ninova y obligar a las tropas de los rebeldes, que por entonces se reducían a 6,000 hombres, a replegarse a sus ciudades. También, se ve obligado a mandar parte de su ejército al electorado de Colonia, donde el arzobispo Truchsess se había convertido al luteranismo y había provocado el desorden al pelear con el bando contrario, formado por los católicos que no le permanecieron fieles, y que apoyaban a Ernesto de Baviera. Sus peticiones y frecuentes llamamientos a los luteranos vecinos no fueron escuchados y ante la intervención de Farnesio se vió obligado a buscar asilo en Holanda.

No pudo tampoco ahora aprovechar Francisco de Valois la división de tropas de Farnesio, pues su situación en los Países Bajos se había hecho intolerable ante la creciente desconfianza de los Estados, que temían que se aliara a Felipe; y ya sólo le quedaban dos caminos a seguir, o se retiraba definitivamente del país o bien acudía a un golpe de estado y asentaba de nuevo su autoridad. Opta el duque de Alençon, por esto último y con todo sigilo se prepara para dar el golpe sobre Amberes, ordenando a sus tropas que, el mismo día, se apoderaran de las plazas en que estaban alojados, desplazando de ellas a las guarniciones flamencas. El día señalado, fué el 17 de Enero de 1583, en que con 3,000 de sus hombres y al grito de "misa y duque" entran de improviso en Amberes, y empiezan a destrozar y saquear todo lo que encuentran a mano; pero los burgueses logran sobreponerse a la sorpresa y les hacen frente con buen orden y gran resolución, tanta que en poco tiempo hacen cundir el pánico entre los franceses, que en su huida caen abatidos por una lluvia de balas. Baste decir que 1,500 quedaron muertos y otros tantos prisioneros, que fueron también muriendo poco a poco de hambre y frío en las prisiones.(86) La indignación se apoderó de los flamencos y quieren deponer al duque de Alençon; pero Orange, cuya autoridad ha crecido considerablemente después de este suceso, les convence de la inconveniencia de este paso, pues podían exponerse a la ira de Enrique III y a que Alençon, en su desesperación,

entregara las plazas que le quedaban a los españoles, y consigue la reconciliación de los estados con el de Alençon. Celebran con él un nuevo convenio (8 de Marzo, 1583) en que se compromete a gobernar según sus leyes, el prestar sus servicios y tropas en contra de los enemigos de la confederación, y, mientras se terminaban de arreglar los puntos restantes, retirarse a Dunkerke. (87) La recompensa que Orange recibió por su actuación en el fracasado golpe de estado sobre Amberes, fué su nombramiento como conde de Zelanda y lugarteniente general de las Provincias Unidas, como se les llamaba también a las provincias confederadas en la Unión de Utrecht.

Después de cinco meses de estancia en Dunkerke, comprendiendo que ya nada tenía que hacer en los Países Bajos, salió para Francia el 18 de Junio, dejando iras a sus tropas francesas divididas entre Dunkerke y Cambray, que eran los únicos lugares que le habían quedado. Enterado Farnesio de este paso, acudió inmediatamente a Dunkerke, en que se encontraba escasa guarnición francesa, la ataca y la toma fácilmente. El mariscal Byron quiso ir a socorrerla; pero en su marcha encontró muchos obstáculos que los flamencos, en su odio a los franceses, le pusieron. Del mismo modo, se apodera también el duque de Parma de Nieuport.

Ese odio entre franceses y flamencos, hizo fracasar a Orange en sus intentos de reconciliarlos y los Estados decretan la salida del mariscal Byron y sus tropas para Francia, en el momento en que podían necesitarlas más.

Al poco tiempo, se recibe la noticia de la muerte de Francisco de Valois (10 de Junio de 1584) a los treinta y cuatro años de edad. Al mes de esta pérdida, iban a sufrir una mayor los rebeldes de los Países Bajos, su jefe, Guillermo de Orange iba a ser asesinado. Desde la publicación del bando en que se le ponía precio a la cabeza de Orange, se presentaron muchos candidatos, pero no fué sino hasta el año de 1582 en que ocurre el primer atentado contra su vida. El joven exaltado Juan de Jauregui le disparó un pistoletazo en las mejillas, que lo tuvo al borde de la muerte por más de un mes; pero del que logró sanar gracias a los cuidados de sus médicos. Fué tal el dolor que experimentaron sus partidarios que creyendo que el atentado había partido del duque de Alençon, deseoso de tener más poder, se dirigieron a su palacio con las armas en la mano. Orange se recobró a tiempo de descargar al francés de toda responsabilidad y salvarlo así de su furia. Jauregui fué degollado inmediatamente. La suerte no le acompañó, sin embargo, cuando Baltasar Gerard, que haciéndose pasar por ardiente calvinista había entrado en la servidumbre del príncipe, le disparó tres tiros en el pecho el 10 de Julio de 1584, en el convento de Santa Agueda, en Delft, donde habitaba con su cuarta esposa Luisa de Coligny, hija del almirante francés. Orange muere instantáneamente por haberle traspasado las ba-

las, el corazón y su agresor, el borgoñón Gerard es entregado a los verdugos, que lo someten a los más crueles tormentos sin lograr sacarle ni una sola queja, lo que causó la admiración de los protestantes y católicos que lo presenciaron. La noticia de su muerte causó un gran júbilo entre los católicos y mayor pesar y tristeza entre sus partidarios, que desde entonces consideraron a Felipe como a un tirano e idealizaron la memoria de Orange como la de un gran patriota que da su vida por una causa justa. Había pasado 16 de sus 52 años combatiendo a España cuando su idea original había sido lograr la unión de las provincias del Norte y del Sur en un estado "borgoñón" por medios pacíficos. Predicó la tolerancia religiosa y sin embargo hubo de apoyarse en los más fanáticos de sus partidarios. Se caracterizó en toda su vida por su férrea voluntad, ninguno de los muchos fracasos que tuvo lograron abatirlo y muere sin ver realizado ninguno de sus sueños.(88)

Farnesio tenía el campo libre. En el período comprendido entre los años 1582 y 1584 en que estos intentos de asesinato tuvieron lugar, Farnesio había estudiado su situación y comprendiendo que primero tenía que asegurarse las ciudades fortificadas de Flandes y Brabante, antes de pasar adelante al NE., ideó sitiar las principales de ellas (ya que sin su apoyo la campaña nada tenía que hacer) por hambre, para lo cual tuvo necesidad de bloquearlas con obras de ingeniería y evitar cualquier posible entrada de abastecimientos del exterior. Utilizó Farnesio este medio pues pensaba que, aunque lento, ofrecía más seguridad, evitaba muchos derramamientos de sangre, y era, en fin, más efectivo. En enero del 1583 pone en práctica estos medios sitiando la ciudad de Ypres, que se le rinde en Abril de 1584. El príncipe de Chimay, hijo mayor del duque de Arschot abandona el partido de los rebeldes, y le entrega Brujas, a condición de que le dé el mando de la provincia (20 de Mayo). La muerte de Orange desorienta a los sublevados y Farnesio aprovecha esta circunstancia para tomar Dendermonde (17 de Agosto), Vilvorde (7 de Septiembre) y Gante (17 de Septiembre de 1584) en un breve plazo de tiempo, preparando además, en el mismo año, las anexiones de Bruselas y Amberes. Verdugo por su parte, se apoderaba de Zutphen abriéndose así paso en las provincias comprendidas entre el Yssel y el Rin. Efectivamente, Bruselas se le rinde el 10 de Marzo de 1585, y en ella, como en todas las que ha tomado desde Tournai, sus condiciones son muy liberales, les ofrece el perdón general, les garantiza la conservación de sus costumbres y aunque prohíbe a los protestantes el ejercicio de su religión, les daba un plazo de dos años para tomar su decisión de acatar estas condiciones o abandonar el lugar en caso negativo.

Mientras tanto, los rebeldes habían llenado el puesto que había dejado vacante Guillermo de Orange, con su hijo Mauricio. A pesar

de su corta edad (17 años) y como un homenaje a la memoria de su padre, le confirieron el nombramiento de jefe de las Provincias Unidas, y le dieron el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht. Debido precisamente a su juventud fué preciso que se le nombrara un consejo compuesto por miembros representativos de cada una de las Provincias. Como jefe militar se le colocó a su cuñado, el alemán Hohenlo y como almirante a Justino, hijo bastardo de Guillermo de Orange (89)

Así las cosas, en la primavera de 1584, Farnesio decide sitiar la ciudad de Amberes que le podía servir de puente para poder entrar luego en Holanda, pues con ella dejaría tras sí dominadas las principales ciudades del Sur y podría intentar la empresa del Norte con más seguridad. Amberes estaba situada sobre el río Escalda, y tenía como burgomaestre a Felipe Marnix de Santa Aldegonda, entusiasta jefe calvinista a cuyo mando se encontraban calvinistas flamencos y escoceses y hugonotes franceses, encargados de la defensa de la ciudad. Precisamente por encontrarse sobre el río Escalda, era muy difícil emplear con ella el sitio por hambre, ya que costaría mucho trabajo evitar la comunicación con el exterior y por lo tanto casi imposible impedir que los sitiados recibieran provisiones. Pero Farnesio no se desanima por ello e intenta cortar este medio de comunicación. Con esta idea en mente comienzan sus ingenieros a construir un enorme dique en una curva del río que quiere cerrar: el Escalda. En el tiempo en que duró esta construcción, los habitantes de Amberes perdían el tiempo en sus rencillas particulares y sólo cuando ven que la obra de Farnesio va avanzando inexorablemente, empiezan a organizarse. Al principio, recibieron víveres traídos a gran riesgo por los holandeses; pero se indignaron por los precios que tuvieron que pagar y a los holandeses no les quedaron ganas de volver a arriesgar la vida por mercancías que no podían vender libremente y pronto empezaron los de Amberes a sufrir las consecuencias: el hambre. Las dificultades que encuentran los españoles son muy grandes, el material tenían que traerlo de fuera y pasarlo por debajo de los cañones de los fuertes exteriores que poseían los rebeldes y que dominaban cualquier punto. Por ello construyeron un canal ("canal de Parma") a través del terreno pantanoso y utilizando barcas planas pudieron trasladar los materiales a donde eran necesarios. Así, luchando contra todos los contratiempos, sus esfuerzos se ven por fin coronados por el éxito al ser concluida la obra el 25 de Febrero de 1585, y dejar a Amberes incomunicada. La moral de los sitiados había bajado mucho con todo esto; pero no por eso se rinden. Un ingeniero italiano, que vivía en la ciudad, de nombre Gianibelli, ofrece un invento suyo para destruir el dique y abrir de nuevo el Escalda. Es aceptado y carga Gianibelli dos navíos con pólvora, instala el mecanismo de un reloj para controlar la

explosión, y los lanza contra el dique. La explosión que se produjo fué terrible, abrió una gran brecha en el dique y aniquiló a más de mil españoles, dejando una honda impresión en los que quedaron con vida. Muchos, sobre todo los alemanes, desertan y Alejandro Farnesio tiene que imponer su autoridad y obligar a sus hombres a mantenerse firmes para ponerlos en seguida a reparar la brecha (Abril, 1585). El 26 de Mayo volvieron a aparecer un grupo de brutos por el dique de Kowenstyn, que al ser divisados por los españoles corrieron a refugiarse temiendo una nueva explosión y por estar observándolos no se dieron cuenta de la llegada del almirante Justino con doscientas naves holandesas, en que venía el ejército de los Estados a cargo de Hohenlo. Y antes de que pudieran moverse son estrechados en sus reductos por sus 3,000 hombres, que logran apoderarse de Kowenstyn, abrir una nueva brecha en el dique y comunicar el río con el mar. Se les une la armada de los sitiados y se atrincheran. Hohenlo entra triunfalmente en Amberes y es agasajado por los burgueses que se creen liberados. En esto, regresa Farnesio a su campo, pues en el momento en que ocurrieron los hechos anteriores se hallaba ausente revisando otro campamento no lejos de ahí, arenga a sus hombres, los empuja a la lucha y logra echar a sus enemigos del dique, produciéndoles grandes pérdidas. El sitio de Amberes se estrecha, y sus habitantes pierden todas las esperanzas de salvación y cuando el hambre hace presa en ellos, deciden entablar las negociaciones de rendición. Santa Aldegonda ofrece a Farnesio la capitulación de Holanda, Zelanda y toda la confederación de Flandes a condición de que les den libertad religiosa. En este punto no puede transigir Farnesio; pero, sin embargo, los términos de la rendición (Agosto, 17) fueron muy generosos, y como en Gante y Bruselas, les ofrece el perdón general, conservar sus fueros, libertad de prisioneros por ambos bandos, y el plazo dado a los protestantes para volver al catolicismo o abandonar el lugar, lo extiende a cuatro años. A Santa Aldegonda se le exigió, bajo su palabra de honor, no tomar las armas contra España durante un año y se le dejó en libertad. Además de esto, los burgueses tendrían la obligación de reedificar los templos destruidos y contribuir con 100,000 florines a los gastos del asedio. Si Farnesio hacía tantas concesiones era porque no quería que las ciudades sometidas a él, lo estuvieran por la fuerza sino que quer'a ganárselas como aliadas suyas, por su propia voluntad. Firmadas las capitulaciones, entró triunfalmente Farnesio en Amberes, rodeado principalmente de aquellos de su ejército que pertenecían a las antiguas familias flamencas, esperando con ello, causar mejor impresión. (90)

La toma de Amberes fué uno de los más grandes triunfos de Alejandro Farnesio y se ha dicho que ella marca el clímax de su carrera, Felipe estimó su caída más que las victorias de Lepanto y San

Quintín.(91) y se cuenta que al recibir la noticia se levantó a medianoche y fué a comunicársela a su hija Isabel. Como muestra de su agradecimiento a Farnesio le concedió el castillo de Plasencia que hacía tiempo era codiciado por su familia. La situación del imperio español parecía más sólida que nunca.

A pesar de haber aislado, con esta victoria, a las tres provincias rebeldes de Utrecht, Holanda y Zelanda, las tropas españolas no pudieron continuar sus victorias como hasta ahora, pues las características geográficas de estas provincias hacían la guerra más difícil. Rodeadas casi por agua (el Mar del Norte al Oeste, el Zuyder Zee en el N., y E y el Yssel, Waal y el Mosa en el SE.) sus medios de comunicación entre unas y otras son fáciles con las numerosas embarcaciones que tienen, y en caso de ser atacadas podían recibir, por este medio, no sólo ayuda en provisiones, sino también de hombres y armas. Los españoles, por otra parte, tienen la desventaja, entre otras, de no poseer casi barcas.

Hacia mucho tiempo que los rebeldes venían buscando la alianza extranjera. Para ser más precisos, aún después de la fuga de Alençon a Francia, habían enviado embajadas al rey Enrique III (en Agosto y diciembre de 1583) ofreciéndole grandes ventajas a cambio de su apoyo y a pesar de no haber sido escuchados entonces, el 25 de Abril de 1584, le reconocen como sucesor de su hermano en la soberanía de los Países Bajos; pero Enrique III está muy ocupado vigilando las intervenciones de Felipe II en su propio país para estar pensando en combatirlo en otro. Vuelven los ojos entonces los rebeldes a Inglaterra y ofrecen la soberanía a Isabel, que aunque tampoco la acepta, consiente, alarmada por los avances de Farnesio (sobre todo la toma de Amberes es decisiva), en ayudarlos (Septiembre, 1585). Entre las condiciones que Isabel impone a su intervención, encontramos que para garantizar los gastos de mantenimiento de un ejército de 6,000 hombres durante la guerra, gastos que habrían de indemnizarle una vez terminada ésta, le darían en prenda Flesinga y el fuerte de Rammekens en Zelanda y Brielle en Holanda: el general y ministros ingleses que con la tropa enviaría, debían ser admitidos en la asamblea de los Estados; se comprometían, además, a no tratar con España sin previo conocimiento y consentimiento de las dos partes.(92) Llegan primero unas tropas expedicionarias inglesas al mando de Sir John Norris a Flesinga y más tarde, en Diciembre, desembarca en el mismo puerto, Roberto Dudley, conde de Leicester, el favorito de la reina inglesa, acompañado de numerosos cortesanos y del grueso de su ejército. Se le hace un gran recibimiento y poco después acepta la soberanía de las Provincias Unidas, causando, con ello, el enfado de Isabel.(93) Mas pronto demuestra su poca capacidad y cae en el desprecio de los flamencos y entre las disputas que sostiene con los Estados Generales y con su sobe-

rana, se ve reducido a la impotencia. Farnesio comprende que puede ignorarlo sin poner en peligro su seguridad y dedica el año de 1586 a resolver el problema que había dejado pendiente desde 1583, en que con su intervención hace huir al arzobispo de Colonia, Truchsess, a Holanda, como ya hemos mencionado con anterioridad. Quería evitar Farnesio que juntando sus fuerzas con los rebeldes ganara de nuevo poder Truchsess en Colonia y estuvieran en condiciones de ayudar, a su vez, a los rebeldes para llevar a cabo la idea de Guillermo de Orange de aislar a Frisia, en que se encontraba el capitán Verdugo con un destacamento. Esperando resolver ese problema, comenzó por tomar Grabe (7 de junio), a pesar de los esfuerzos de Leicester por impedirlo; sigue con la rendición de Venloo y dirigiéndose rápidamente al electorado de Colonia toma Neuss. Sólo le resta apoderarse de Rheinberg para completar el plan que se había formado; pero los rebeldes con Leicester a la cabeza, intentan cercar a Zutphen y Farnesio se ve obligado a dejar Rheinberg para mejor ocasión y apresurarse a socorrer a esa ciudad.

Entró Farnesio a Zutphen de improviso (2 de Octubre, 1586) y sorprende al inglés Felipe Sidney y quinientos de sus hombres, que quedan en el campo de batalla. Leicester, entonces, levanta el sitio y se embarca para Inglaterra (24 de Noviembre). Farnesio logra deshacerse de unos mercenarios alemanes pagados por Isabel y pasa a sitiar el puerto de la Esclusa (llamado Sluys también). Al tener noticia de ello, Leicester sale precipitadamente de Londres con tropas inglesas y trata de estorbar a Farnesio; pero éste logra batirlo y con ello la rendición de la Esclusa (5 de Agosto, 1587). Pasa Leicester a Ostende donde se entretiene hasta el mes de Noviembre, en que enemistado con los Estados y odiado por todos se vuelve de nuevo a Inglaterra. Una de las causas que le atrajeron la enemistad de los flamencos fue su medida económica de prohibir todo comercio con los beligerantes y los neutrales, con lo cual les causó gran daño material. (94) Su actuación en los Países Bajos no condujo a ningún resultado. La situación militar siguió igual que antes de su llegada.

Por aquel entonces, Felipe II terminó de decidirse a emprender la invasión de Inglaterra y teniendo como instrumento la llamada Armada Invencible, reunida especialmente para ello, avisa a Farnesio en carta del 4 de Septiembre que se prepare con su ejército para unirse a la Armada. Por ello cambia su cuartel general, el duque de Parma, de Gante a Brujas, coloca al ejército expedicionario en las villas de los alrededores y avisa al rey que está listo (Julio, 1588) para pasar a Nieuport y Dunkerke en cuanto la Armada llegue a Calais. Pero las cosas no salen como se habían previsto y Farnesio permanece en tierra sin poder ayudar a la Armada española en la batalla de Gravelinas y en la disper

sión de la flota, de lo que da aviso al rey desde Dunkerke el 10 de Agosto. No se salva, sin embargo Farnesio de las intrigas que en su contra se desarrollan en España; pero, por el momento, Felipe no presta oídos a las calumnias y escribe a su sobrino (Octubre 10 y 17, 1588) diciéndole que está completamente satisfecho de él. Con el ánimo levantado por la confianza del rey, vuelve su atención Farnesio a los Países Bajos y al problema del electorado de Colonia. En primer lugar, envía tropas en ayuda de Ernesto de Baviera y él, con 3.000 hombres, se dirige a tomar la plaza de Berg-op-Zoom defendida por 6.000 infantes, entre ingleses y holandeses, y 600 caballos. Le prometen entregarle el fuerte de la Cabeza sin combatir, mas cuando sus hombres se acercan confiados son sorprendidos por una lluvia de arcabuces y derrotados con la pérdida de casi todos sus soldados. Farnesio, en vista de aproximarse el invierno, abandona el proyecto de expugnar Berg-op Zoom y desaloja su campo (12 de Noviembre) enviando los tercios de guarnición a Malinas y Tilemont. Al mismo tiempo, mientras Farnesio era así derrotado, su teniente Pedro Ernesto de Mansfeld obtiene una victoria importante en Güeldres, toma Wachterdonk (Diciembre 20).

En el período comprendido entre los años 1589-90, las victorias de Farnesio continúan. A principios de 1589, ante las instancias de Baviera decide ayudarlo en el sitio de Rheinberg con 6.000 infantes. El sitio se prolongó bastante más de lo que se había pensado; pero por fin, consigue Mansfeld rendirla en Enero de 1590. Baviera había vencido a los partidarios de Truchsess en Colonia y así se vió libre Farnesio de ese problema que hacía tiempo le venía preocupando.

Mientras Rheinberg estaba aún sufriendo el sitio sin dar muestras de rendirse, se enteró Farnesio en Bruselas, que en Gertruydenberg estaban amotinados 1.500 infantes y 300 caballos, en su mayoría ingleses y flamencos, pidiendo a los Estados que en un término de un mes les pagaran sus sueldos, ya que si no eran complacidos entregarían la plaza a quien les pagase. Los Estados estaban muy escasos de dinero y trataron de convencerlos que no hicieran tal cosa; hasta que Mauricio de Nassau, para que sirviera de ejemplo a las demás guarniciones, resolvió reducirlos por medio de las armas, y para ello, reunió 5.000 hombres. Farnesio se decidió apoyar a los amotinados, que viéndose entre los dos ejércitos, hubieron de escoger el partido que creyeron más les convenía, y ese fue el de Farnesio, al cual le entregan la ciudad. Firma, pues, Farnesio las capitulaciones en Breda, haciéndoles muchas concesiones, les paga sus sueldos e invita a los soldados a unirse a su ejército y consigue que algunos de ellos así lo hagan. (95)

Entre los golpes de mano que caracterizan esta época y en los

que llevaron la iniciativa los rebeldes, se cuentan los de Nimega y Breda.

Nimega había pasado a poder de los españoles gracias a la acción de un aventurero alemán de nombre Schenck, que por aquel entonces servía a Farnesio. Pero Schenck cambiaba de bando según sus propias conveniencias, y ahora estaba del lado de los Estados, por lo que decidió recuperar esta ciudad para ellos. El 10 de Agosto de 1589 llega a Nimega y entra de noche, primero, a explorar con unos soldados escogidos; pero son sorprendidos y comienza el combate que ha de terminar con suerte adversa para él, ya que perece ahogado al querer huir. Así Nimega continúa en poder de los españoles.

En Breda, sin embargo, el resultado favorece a los rebeldes gracias a la poca guardia y escasa resistencia que en ella encontraron. Aquí, hicieron uso de una estratagema. Metieron setenta hombres escogidos, al mando del capitán Carlos de Herauguere, en una barca que cargaron con turba para pasar desapercibidos y entrar en la villa (3 de Marzo, 1590) hacer huir a los 100 soldados italianos de la guarnición y abrir las puertas a los refuerzos (en número de 2.000) que afuera esperaban. Los burgueses que todavía ofrecían resistencia al enterarse de la próxima llegada del conde Mauricio que ya se había destacado por su talento militar, se rinden a Herauguere, Mauricio, contento con esta victoria, nombra gobernador de Breda a Herauguere y se retira otra vez a Holanda.

Farnesio, que con la toma de Gertruydenberg había logrado aislar a Holanda y Zelanda, se siente optimista en relación con el futuro de la rebelión. Sin embargo, su salud está quebrantada, tiene hidropesía y se dirige a Spa en busca de salud. De ahí, manda al presidente del Franco-Condado, Richardot, a Madrid a justificarle ante el rey, ya que tiene noticia de los rumores que en su contra circulan en la corte. Le acusaban de no haber querido ayudar a la Armada en Calais, le culpaban de la numerosa pérdida de hombres en Berg-op-Zoom y le criticaban por haber sido demasiado indulgente con los protestantes de las ciudades conquistadas por él. Felipe acoge a Richardot con benevolencia y le manda de regreso con indicaciones para Farnesio sobre su intervención en los asuntos de Francia le da, además dinero para pagar a las tropas que ya estaban revueltas. Felipe desde que supo el asesinato de Enrique III en Francia (Agosto 1, 1589) creyó ver una oportunidad de aumentar su poderío por lo cual se había aliado con la Liga Católica de ese país, comprometiéndose a prestarle ayuda. Y para hacer efectiva esa ayuda, ordenaba, ahora, a Farnesio que abandone los Países Bajos y pase con sus tropas a Francia. Así, el gobernador verá de nuevo interrumpidas sus campañas en los Países Bajos de 1590 a 1592.

Su ausencia (otoño de 1590) fue muy bien aprovechada por los rebeldes que, bajo el hábil mando de Mauricio de Nassau, se prepararon para tomar la ofensiva.

Al partir para Francia, Farnesio encomendó el gobierno de los Países Bajos a Pedro Ernesto de Mansfeld y el mando de las tropas que allí se quedaban a Carlos Mansfeld. Además, dejaba a Verdugo en Frisia y a Cristóbal Mondragón al cuidado de Brabante; pero Verdugo estuvo casi incomunicado tanto con Bruselas como con España, por espacio de siete años (hasta 1594); y los Mansfeld pronto demostraron su poca capacidad para llevar a cabo la tarea que se les había encomendado. Es más, Carlos dimite su cargo casi inmediatamente después de habersele asignado y comienza a hablar mal de Farnesio a su padre, hasta que éste también calumnia al gobernador en sus cartas al rey. (96) Esta situación le fue propicia a Mauricio, que contando con los simpatías y el apoyo de Inglaterra y de los protestantes de Alemania, comienza a prepararse militarmente. Logra juntar un ejército de 10.000 infantes y 2.000 caballos, establece en él una disciplina admirable y a la vuelta de Alejandro Farnesio de Francia está listo para atacar (1591). No así Farnesio, que se halla sin dinero, sus tropas disminuidas y revueltas, y su atención dividida. Advierte el peligro en Güeldres y Verdugo le señala el de Groningen y Frisia; pero su situación económica le impide actuar con la rapidez y en la extensión que quisiera. Mauricio aprovecha la oportunidad y comienza por poner sitio a Zutphen (24 de Marzo, 1591) y como no encuentra resistencia, a los tres días consigue rendirla. Sigue su campaña, reforzado con 3.000 infantes zelandeses, va hacia Deventer y la sitia (9 de Junio). Su gobernador, el conde Herman de Bergas es herido gravemente y sus soldados, al encontrarse sin jefe, prefieren rendirse que combatir (12 de Junio). Con estas dos victorias ganó Mauricio el libre paso por el río Yssel y la comunicación con Drenthe, Overijssel y Groningen. Intenta, entonces, minar a esta última, pero, por el momento, Verdugo logra rechazarlo.

Farnesio había tratado de socorrer tanto a Zutphen como a Deventer; pero con algunas de sus tropas españolas amotinadas por falta de pagas, tuvo dificultad en reunir un número suficiente de soldados y cuando por fin lo consiguió, ya era tarde. Pasa entonces, al país de Cleves y espera a ver qué hace Mauricio, estando listo para acudir al socorro de Frisia, en caso necesario. Allí, fue a verlo el gobernador de Nimega, M. de Guilein, que le propone que tome el fuerte que en la isla frontera a su ciudad poseen los rebeldes, ofreciéndole, además, darle nueve pontones para cruzar el Rin. Pensando en recompensar la pérdida de Zutphen y la de Deventer, Farnesio acepta y atraviesa el río con su ejército en gran orden (15 de Julio). El 22 de Julio empieza a atacar al fuerte pero

sin producirle mayor daño. Mientras, Mauricio que se entera de los pasos dados por Farnesio, abandona Groningen, baja por el Yssel y llega a Arnhem; y, a pesar de saber que los del fuerte necesitan de su ayuda, no se aventura más lejos. En esto, Farnesio recibe órdenes del rey de trasladarse inmediatamente a Francia dejando toda ofensiva contra los rebeldes. Por lo tanto no tuvo más remedio que obedecer, muy a pesar suyo, y retirarse el 25 de Julio, dándole al gobernador de Nimega dos compañías de alemanes para su defensa.

En Spa, poco antes de salir para Francia, da orden de pagar a los españoles amotinados con el dinero que acaba de enviarle Felipe; y después de prepararse para su jornada sale, por fin, de Bruselas el 28 de Noviembre.

Mauricio que se había apoderado de la villa de Hulst, en el Waal, vuelve sus pasos a Nimega (14 de Octubre); la cerca por todas partes y comienza a tratar con las inteligencias que en ella tenía, hasta que consigue que se la entreguen (22 de Octubre).

Regresa Farnesio a los Países Bajos en el mes de Diciembre de 1591 y aunque victorioso, viene herido de un balazo en un brazo. Por ello, pasa el verano entre Bruselas y Spa, sin lograr recuperar su salud y con el ánimo decaído.

Mientras, en España, Felipe acaba por oír todas las calumnias que contra él circulan y que ya hemos enumerado con anterioridad, y se prepara a sustituirlo. No se decide, sin embargo, a enviarle su revocación de inmediato, como lo demuestra la existencia de tres minutas (97), una con fecha de Febrero de 1592, que debía ser llevada por el Marqués de Cerralbo pero que no salió a su destino por la muerte del marqués; la segunda, del 25 de Marzo del mismo año y la última con fecha de 28 de Junio, que ha de llevar personalmente a Farnesio, Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes y capitán general de Portugal. Pero, a la vez que le nombra un sucesor, escribe a Farnesio dándole muestras de la confianza que le tiene, le felicita por su éxito en Rouen y le encarece que cuide de su salud. ¿Por qué hace esto Felipe? Quiere atraer a su sobrino a España en cuanto le releven de su cargo y por ello le asegura que será bien recibido y que gozará de su plena confianza. No quiere dejarle en libertad de retirarse a Parma, como ya en otras ocasiones se lo ha pedido Alejandro, porque teme lo que pueda hacer al encontrarse fuera de su alcance.

Cuando Farnesio se entera de la llegada de Fuentes a Bruselas, comprende lo que ha pasado y en un supremo esfuerzo, se levanta de su lecho de enfermo y se dirige a Arras a ponerse al frente de sus tropas. No quiere retirarse sin antes volver a combatir a Enrique IV en Francia; pero su constitución física ya no resiste más y muere en la noche del 2 al 3 de Diciembre de 1592. Tenía

47 años y se había distinguido por sus notables dotes militares y su mucha habilidad política y diplomática, habiendo siempre servido lealmente al rey. Fue trasladado y para ello hubo necesidad de vender sus muebles pues carecía de dinero, a Bruselas y de ahí a Parma, en donde fue sepultado junto a su esposa, María de Portugal. Su pérdida fue muy grande para el imperio español, ya que representa el último de los grandes servidores de Felipe; sus sucesores, aún cuando algunos no desprovistos de talentos militares, serán muy inferiores a él, e irán perdiendo terreno ante el empuje de los rebeldes y de su jefe Mauricio, como veremos, aunque brevemente, ya que las guerras de los años 1592 a 1597 no son de gran interés.

Al llegar el conde de Fuentes a Bruselas mantuvo su incógnito, hasta que al saber la muerte de Farnesio se da a conocer y abre las cartas selladas que con instrucciones le entregara el rey. El nuevo gobernador, ante la sorpresa general, es el conde de Mansfeld, a pesar de su avanzada edad, y Carlos de Mansfeld, su hijo, el nuevo general del ejército destinado a Francia. Ni el uno ni el otro, están preparados para desempeñar estos difíciles cargos y mientras el padre, no sabiendo qué hacer, recurre a despertar el antiguo odio contra los herejes; el hijo, casi desconocido entre los soldados, se ve obligado a luchar contra sus sediciones. La situación que establecen es peligrosa y comprendiéndolo así Felipe se apresura a nombrar un nuevo gobernador. El cargo recae en el archiduque Ernesto, hermano del emperador Rodolfo y del archiduque Matías, ya conocido de los flamencos (1593). Ernesto había pasado gran parte de su juventud junto a Felipe II en España y por lo tanto conocía bien las ideas del rey; pero, tenía muchos defectos entre ellos, el gusto a la bebida y el gastar el dinero a manos llenas (98). Como tarda casi doce meses en llegar a su destino, el poder pasa a manos del conde de Fuentes.

El conde de Fuentes era cuñado del duque de Alba, también buen militar y con las mismas ideas políticas del Duque. Por ello, el cambio de los métodos de Farnesio no se hizo esperar y con gran disgusto general, se volvió a tratar de Hispanizar el gobierno de las provincias leales al rey, reemplazando a los naturales que ocupaban puestos en el gobierno, por españoles. Además, violando lo acordado en la Paz de Arras, ya no se permitió el libre canje de prisioneros. Así las cosas, su posición pronto se vió comprometida. Con muy escasos recursos monetarios, sus tropas sublevadas por falta de pagas, y teniendo que atender no sólo a los Países Bajos, que ya era de por sí difícil, sino también a Francia, pues Felipe le ordenaba estar listo para intervenir en ella en cualquier momento, no pudo evitar que Mauricio de Nassau continuara los éxitos obtenidos en 1591-92. El 24 de Junio de 1593, recupera

la plaza de Gertruydenberg y se dirige a Frisia y Groningen. Verdugo, que había permanecido tanto tiempo en estas provincias, se ve, primero, derrotado en la fortaleza de Koeworden en Drenthe (Mayo, 1594) que era la llave de acceso a Frisia y Groningen; y luego, el 24 de Julio, Mauricio le hace evacuar la última de estas provincias, con lo cual queda dueño de todo el Norte. A Verdugo se le permite retirarse a Luxemburgo en donde, sin dejar de combatir, encontrará la muerte más tarde (1595).

Cuando por fin llega el archiduque Ernesto a Bruselas, su presencia ya no es útil, ya que viene enfermo y sin fuerzas. Los regimientos italianos le obligan a dejar la ciudad, se instalan en ella y proclaman la **República Italiana** y se organizan para mejor dedicarse a saquear y robar a sus vecinos. El archiduque Ernesto se avino a pagarles lo que quisieron (Diciembre, 1594) con el dinero recién enviado por Felipe, y muere poco después (20 de Febrero, 1595).

Vuelve entonces el conde de Fuentes a hacerse cargo del gobierno. Pero no es él el que sobresale en los acontecimientos bélicos del año 1595 en los Países Bajos, sino el coronel Mondragón, que con 94 años de edad sabe manejar a sus hombres con tanta habilidad que logra mantener a Mauricio de Nassau impotente durante todo ese año; pero llegado el invierno, se retira a Amberes y allí muere. (99) Mientras, el conde de Fuentes había tenido que acudir de nuevo a Francia y a su regreso había logrado tomar Cambray (7 de Octubre) y ya no habrá de continuar luchando en los Países Bajos, ya que el año siguiente llega el nuevo gobernador y Fuentes se retira a España.

En el mes de Febrero de 1596 hace su entrada en los Países Bajos el sucesor del conde, que no era sino otro de los hermanos del emperador Rodolfo, el archiduque Alberto. Alberto, al igual que Ernesto, se había educado en España. El rey le estimaba grandemente y llegó a ser su íntimo amigo; como Felipe, era también muy piadoso y trabajador, y en general, se parecía bastante a él. Para ayudarle a mejor representar su papel en los Países Bajos, le da nuevas tropas y dinero; sobre todo este era muy necesario, pues el ejército se encontraba de nuevo sublevado por falta de pagas. Pero él, como Farnesio y Fuentes, tiene que atender a dos sitios a la vez, y salvo su victoria en Hulst (Agosto) sólo puede ver cómo Mauricio comienza a apoderarse de una ciudad tras otra, durante todo el año 1597, hasta lograr echar a las tropas españolas de Holanda. El, ya sin dinero, no puede seguir la lucha. Por su parte Felipe encuentra con el tesoro exhausto y sintiéndose próximo a morir, piensa resolver la situación pacíficamente antes de que llegue el desenlace. Teme dejarle a su hijo esta herencia que tantos trabajos y tantas luchas costosas le han ocasionado a él durante toda

su vida, y se decide a ceder los Países Bajos a su hija la infanta Isabel Clara Eugenia y al archiduque Alberto, a los que espera unir en matrimonio previa licencia eclesiástica, ya que Alberto era cardenal, lo más pronto posible, y establecerlos como príncipes soberanos, bajo la tutela de España. Los términos de la cesión eran los siguientes: en caso de que uno de los cónyuges muriese sin haber dejado descendencia, los Países Bajos pasarían de nuevo a la corona de España. Si por el contrario, tenían hijos, lo cual era muy improbable y Felipe lo sabía (100), si era niño no podría casarse sin el consentimiento del rey de España; si era niña debería casarse con el rey de España o en su defecto, con su hijo. Se comprometían los archiduques a mantener la religión Católica Romana y hacer lo posible por exterminar la herejía. Si ellos se llegaban a contaminar de la nueva religión y el Papa les encontraba culpables, renunciarían a todos sus derechos. Además, Felipe, prohibía el libre comercio con las Indias españolas a los naturales y añadía algunas cláusulas secretas que limitaban, aún más, a los soberanos. Una de ellas, era el establecimiento de guarniciones españolas en Amberes, Gante, Cambray, Maestricht y otras plazas fuertes, que Felipe quiso reservar para sí.

En esta cesión (6 de Mayo de 1598) se incluían no sólo las provincias leales de la Unión de Arras, sino también, aún cuando en teoría nada más, las otra siete provincias rebeldes de la Unión de Utrecht.

Los archiduques gobernaron los Países Bajos después de la muerte de Felipe II (13 de Septiembre, 1598) en estrecha cooperación con España hasta 1621, en que el archiduque Alberto muere sin sucesión y pasan de nuevo a la corona española, a la cual han de pertenecer hasta 1648 en que por medio del tratado de Westphalia se reconoce la independencia de las Provincias Unidas y de parte de Flandes, Brabante y Limburgo; pero no fué sino hasta 1661 en que en La Haya, llegan a un acuerdo sobre los límites de los Estados independientes y de los que siguen perteneciendo a España, y así termina esta larga lucha.

CONCLUSIONES

Después de haber hecho el relato de los sucesos acaecidos en los Países Bajos en la segunda mitad del siglo XVI, vamos a tratar de precisar los conceptos fundamentales que de ella se desprenden.

Como se trata de una sublevación, la primera pregunta que podríamos hacernos es el por qué de esa sublevación, ¿cuáles fueron sus causas? Ya en los primeros capítulos de este trabajo hemos mencionado algunas de ellas, pues no se trata de una sola, sino de un conjunto complejo. Pero, quizá, de entre todas podemos decir las que, a nuestro parecer, fueron más importantes: I) Problema religioso, II) Economía: mala administración de la justicia, cohechos.

En el primer punto, ya antes hemos dicho que por la situación geográfica de los Países Bajos, la afluencia de ideas extranjeras era considerable, y que por sus relaciones comerciales su contacto con ellos se hacía más íntimo. Los flámencos acogían con simpatía todo lo que fuera nuevo, y así primero adoptaron el luteranismo y luego el calvinismo. Si bien los métodos de difusión del luteranismo eran esencialmente pacíficos, no sucedía lo mismo con el calvinismo. El calvinista no sólo aspiraba a implantar su religión, a la fuerza si fuera necesario, sino también a alcanzar imponer sus teorías en el Estado y para ello se valía de todos los medios que hallaba a su alcance; por ejemplo, con pretextos políticos de interés popular, provocaron los desórdenes y crueldades de los "iconoclastas" (1566). (101) Los protestantes además buscaron, y casi siempre consiguieron, la ayuda de sus correligionarios de Inglaterra, Francia y Alemania; con cuyo apoyo continuaron su obra, minando poco a poco el poder del rey.

En cuanto a la administración, podemos afirmar que era notoriamente mala, los funcionarios vivían de cohechos y los que alcanzaban más poder se enriquecían y gastaban el dinero propio y el del pueblo, en su beneficio personal; y si a esto añadimos que la justicia se encontraba completamente desorganizada, nos explicaremos el por qué el descontento no sólo entre los protestantes, sino entre los católicos también, fuera en aumento. (102) El duque de Alba comprendió la importancia de establecer el orden, primero, entre los revueltos súbditos (y para ello hubo de apelar a las armas) para poder, después, dedicarse a reorganizar la administración. Consi-

guió lo primero, pero una vez restablecida la autoridad del rey, en lugar de dar paso a una política conciliatoria, benigna, siguió firmando sentencias desde el Tribunal de los Tumultos, lo que aunado a su política económica, y esto es aún más importante (implantación de impuestos desconocidos en los Países Bajos que atentaban a la institución de su comercio, y éste era la base de su prosperidad) acabó por levantar la oposición general de católicos y protestantes. (103) Guillermo de Orange, el jefe de la rebelión en casi toda la larga lucha y desde luego el más importante de ellos, que había comenzado a oponerse a gobierno al ver los atentados contra los privilegios de su País, pero sin pensar todavía en independizarse de la autoridad real, acaba por buscar la autonomía, acabar con el dominio extranjero. (104)

Cuando se quiso remediar la situación por medio de concesiones y del perdón del rey, era ya demasiado tarde, pues el odio a los españoles, al que contribuyeron en gran parte los fuertes motines de las tropas sublevadas por falta de pagas y sus actos de pillaje, saqueo y violencia en las ricas ciudades de los Países Bajos, era intenso; (105) además que, los rebeldes ya no se conformaban con lo que el rey concedía y éste no quería ceder en dos puntos básicos: 1) en el mantenimiento de la Religión Católica Romana, y los rebeldes pedían la tolerancia religiosa, lo que iba contra las ideas del rey; y 2) en el mantenimiento de su autoridad absoluta, mientras que los rebeldes al par que querían libertad religiosa, pedían participación activa en el gobierno. (106)

La realidad es que la posesión de los Países Bajos fué una carga extremadamente pesada para España. Tenía que enviar grandes cantidades de dinero obtenido con intereses crecidos, un número considerable de hombres de armas, y en cambio no recibió más que sinsabores y graves problemas. (107) ¿Por qué entonces quería Felipe conservar estas tierras, a pesar de todo? Podríamos mencionar dos causas, una de orden espiritual, política la otra. La primera, fué la defensa del Catolicismo, y Felipe fué el campeón de los defensores de esta religión en su época; salvar a miles de almas de caer en la herejía era de suma importancia para Felipe. La segunda, porque desde los Países Bajos, gracias a su privilegiada posición geográfica, centro de comercio de las naciones de entonces y punto de reunión de todas las ideas, España podía mejor controlar y vigilar a sus tradicionales enemigas Inglaterra y Francia. (108)

Si al final tuvo que ceder los Países Bajos a nuevos soberanos y con el tiempo, desaparecido ya él del mundo de los vivos, Holanda acabó por ganar su independencia, no lo debemos atribuir exclusivamente a su intolerancia religiosa, ni a ineptitud de gobernante, sino que debemos considerarlo como un resultado de muchos intereses en pugna. Felipe representaba, y ya lo hemos dicho, al Cato-

licismo y ello le atrajo el odio de los sectarios de la nueva religión, que lo combatieron tenazmente con intrigas, calumnias y mentiras. Poseía el imperio más grande de los conocidos y esto le hacía blanco de las envidias y decidida oposición de las otras potencias europeas. Sin el apoyo de Inglaterra, de los hugonotes franceses y de los protestantes alemanes, la suerte de los rebeldes podía haber sido bien diferente. Las luchas que, sin calcular bien sus fuerzas, sostuvo Felipe con Inglaterra y en Francia, después, contribuyeron también a ese resultado final; pues cuando ellas tuvieron lugar, estaba en el gobierno de los Países Bajos, Alejandro Farnesio, que había logrado recuperar gran parte de las provincias perdidas y atraerlas de nuevo a la obediencia del rey, y que al verse obligado a desatender su gobierno por acudir a los llamados del monarca en estos países, fué perdiendo el terreno ganado y murió sin lograr realizar su propósito de vencer la sublevación.(109) Con él murieron también todas las esperanzas de recuperación de las Provincias rebeldes.

NOTAS

INTRODUCCION

- (1) Forneron, Historia de Felipe II, pág. 128.
- (2) Van Gelder, Histoire des Pays Bas, pág. 10.
- (3) Ibid. pág. 12.

CAPITULO I

- (4) No todos los autores están de acuerdo en el nombre de la madre de Margarita de Parma. El citado aquí se encuentra en Forneron, pág. 130.
- (5) Merriman, The Rise of the Spanish Empire, vol. IV, pág. 243.
- (6) Febrero de 1561.
- (7) Ibarra, España Bajo los Austrias, pág. 160.
- (8) Mendoza, Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, pág. 397.
- (9) Forneron, pág. 137.
- (10) Ibid. pág. 138.
- (11) Ibid, págs. 139 y 140. También, Ibarra, pág. 161.
- (12) Forneron, pág. 142.
- (13) Altamira, Historia de España y de la Civilización Española, tomo III, pág. 82.
- (14) Forneron, págs. 144 y 145.
- (15) Ibid, pág. 147.
- (16) "servir y emplearse contra todos según y como ordene la regente sin limitación ni restricción" Colec. de Groen Van Prinsterer, t. III, pág. 44. Citado en Forneron, pág. 151

CAPITULO II

- (17) Ibarra, pág. 166.
- (18) Mendoza, pág. 407.
- (19) "se restablecería la autoridad de los Edictos de Carlos V y de la Inquisición, la de los Países Bajos, no la de España; se suprimirían las pensiones de los confederados; se recompensaría a los que hubieran servido al rey; se llevaría a cabo el nombramiento de nuevos obispos; se conferirían los oficios y beneficios "sin corrupción ni favor, como había ocurrido en estos tres o cuatro años"; se prohibiría a todos, grandes y pequeños, mezclarse en el gobierno, privada o públicamente, sin permitir la formación de Asambleas o Ligas". Walsh, Felipe II, pág. 463.
- (20) Merriman, IV, pág. 281.
- (21) Forneron, pág. 194.
- (22) Ibarra, pág. 168.

- (23) Mendoza, pág. 408.
- (24) Forneron, pág. 199.
- (25) Para más detallado relato de las guerras tratadas en este capítulo ver: Mendoza, Comentarios de lo Sucedido en las Guerras de los Países Bajos.
- (26) Ibarra, págs. 169 y 170. También: Altamira, t. III, pág. 85.
- (27) Altamira, t. III, pág. 85.
- (28) Morales Oliver, Arias Montano y la Política de Felipe II en Flandes, pp. 149 a 166.
- (29) Merriman, v. IV, pág. 286.
- (30) En su bandera, como reto, llevaba pintadas diez monedas.
- (31) Merriman, v. IV, págs. 298 y 299.

CAPITULO. III

- (32) Altamira, t. III, pág. 87.
- (33) Ibid, También: Forneron, pág. 238.
- (34) Para los acontecimientos bélicos de este capítulo, el libro básico de consulta ha sido Mendoza. Comentarios pág. 501 a 550.
- (35) Weis, España desde el reinado de Felipe II hasta el Advenimiento de los Borbones (Madrid, 1846), pág. 136. También: Lafuente, Historia General de España, v. X, pág. 70.
- (36) Ibarra, págs. 199 y 200. Morales Oliver, pág. 291.
- (37) Lafuente, v. X, págs 72 y 73; Forneron, pág. 243.
- (38) Altamira, t. III, pág. 89.
- (39) Ibarra, págs. 201 y 202.
- (40) Lafuente, v. X, págs: 79 y 80.
- (41) "y como Requeséns en sus últimos días había cometido la indiscreción de armar los pueblos para sujetar la caballería amotinada, valiéronse de aquella licencia, y con color de temer otras rebeliones de soldados tomaron también las armas las ciudades, consintiéndolo o tolerándolo el Consejo y alentándolas algunos señores y diputados" Lafuente, v. X, pág. 80.
- (42) Ibid.
- (43) Van Gelder, pág. 19; Ibarra, pág. 204.

CAPITULO IV

- (44) Ibarra, pág. 205.
- (45) Merriman, v. IV.
- (46) Ibid.
- (47) Altamira, t. III, pág. 91.
- (48) Ibarra, págs. 205 y 206; Forneron, pág. 174.
- (49) "Palabras sueltas e imperiosas resumen las instrucciones en el momento de la partida". "Lo de la cuenta de su alma.—Anda:

con tiento en los amores y no ofender con ellos a la gente principal.—Criados católicos.—Disimular con lo pasado" (Corresp. de Felipe II, t. IV, p. 426)" Forneron, pág. 254.

(50) Lafuente, v. X, pág. 93.

(51) Ibarra, pág. 207.

(52) Ibid.

(53) Merriman, v. IV.

(54) Mendoza, págs. 555, 556, 557 y 558.

(55) Forneron, pág. 258.

(56) Ibid.

(57) Lafuente, v. X, pág. 96.

(58) Forneron, pág. 259.

(59) Ibid. pág. 260.

(60) "El médico que me había ordenado estas aguas dice Margarita (1) era mi hermano" Francisco de Valois a quien quería ella hacer aclamar soberano de los Países Bajos" (1) Margarita de Valois, Memorias, pág. 433.—citado en Forneron, pág. 261.

(61) Merriman, v. IV, págs. 316 y 317.

(62) Lafuente, v. X, pág. 98.

(63) Forneron, pág. 261.

(64) Lafuente, vol. X, págs. 98 y 99.

(65) Forneron, pág. 262.

(66) Ibid, págs. 263 y 264.

(67) Ibarra, pág. 212.

(68) "In hoc signo vinci turcos, in hoc vincam hereticos".

CAPITULO IV

(69) Lafuente, v.X, págs. 192 y 193.

(70) Ibid.

(71) Ibid, pág. 105.

(72) Ibarra, pág. 213.

(73) Lafuente, v.X, pág. 107.

CAPITULO V

(74) Lafuente, v.X, pág. 140.

(75) Forneron, págs. 302-304; Ibarra, pág. 232.

(76) Forneron, págs. 302-303; Lafuente, pág. 142.

(77) Lafuente, pág. 142; Cambridge History, págs. 251-252.

(78) Ibid, pág. 145. (v.X).

(79) Ibarra, pág. 233.

(80) Forneron, pág. 306.

(81) Lafuente, v.X, pág. 147 y 148; Forneron págs. 306 y 307.

(82) Fué publicada la Apología más tarde en francés, holandés y latín, y enviada a todas las cortes de Europa. En ella hace una relación de su vida y de su carrera y refuta los cargos que

se le imputan. Pero no se concreta a su persona; sino que ataca a sus enemigos, sobre todo a Felipe, al que le acusa de varios crímenes, entre ellos, las muertes de Isabel de Valois y del príncipe don Carlos, y le achaca un amor innato a la crueldad y a los derramamientos de sangre. Concluye con una alocución a la gente por la que ha sacrificado su propiedad, la vida de tres hermanos, y la libertad de su hijo mayor, diciendo que si todavía creen que él puede servirles, que sigan adelante juntos en defensa de las mujeres y niños y de todo lo sagrado y querido. En lugar de firmar, termina con la frase "Je le maintiendrai".—Cambridge History, pág. 253.

- (83) Francisco de Valois fué primero duque de Alençon, y en el año de 1576 recibió el ducado de Anjou.
- (84) Forneron, pág. 306.
- (85) Ibid, pág. 309.
- (86) Ibid, pág. 311; y Cambridge History, pág. 256.
- (87) Lafuente, v.X, pág. 157.
- (88) Avermaete, Guillaume le Taciturne, Introducción.
- (89) Forneron, pág. 335.
- (90) Ibid, págs. 336, 337 y 338; Lafuente, v.X, págs. 161 y 169.
- (91) Ibarra, pág. 239.
- (92) Lafuente, pág. 172. (v.X).
- (93) Forneron, pág. 339.
- (94) Ibarra, pág. 239.
- (95) Coloma. Las Guerras de los Estados Bajos, pág. 16. En las guerras que siguen ver también a Coloma.
- (96) Merriman, pág. 647. (v.IV).
- (97) Forneron, pág. 413.
- (98) Ibid, pág. 414.
- (99) Ibid. y Cambridge History, págs. 519 y 520.
- (100) "The archduke, who was in his fortieth year, was not only a Cardinal and an Archbishop (of Toledo) and, as such, wedded only to the Church, but Philip knew that any more mundane marriage would probably, so far as Albert was concerned, remain fruitless"—Cambridge History, pag. 524. Por otro lado, Walsh en su Felipe II afirma que "La infanta, que tenía ya treinta años y que se había desarrollado tarde, fué estéril" pág. 775.

CONCLUSIONES.

- (101) Morales Oliver, págs. 103 a 105; Van Gelder, pág. 13, afirma: "l'iconoclasme (Beeldenstorm Aout-Septembre 1566) revolte exasperée qui partant des Flandres, gagna rapidement le Brabant, la Hollande, tous les Pays-Bas du Nord jusqu'à Croningue. Ce fut l'explosion de l'aversion des Calvinistes contre le clergé de l'indignation suscitée par les persécutions, du mecontentement causé par la misère".
- (102) Morales Oliver, pág. 190. Cita las causas internas de la rebelión de Flandes que da Arias Montano en sus Primeros Advertimientos al rey, y entre ellos dice que la justicia estaba desorganizada, los empleados vivían "de cohechos y tributos y esto no solamente enajenaba los ánimos de los sectarios sino también de los católicos..." El pecunio público y privado fué malgastado por los mismos oficiales en costosas contracciones y en convites y banquetes.
- (103) Merriman, v IV, pág. 286; Ibarra, pág. 175; Altamira, pág. 85-86. Morales Oliver dice "La pacificación alcanzada al precio de tanta laboriosidad iba a destruirla una política tributaria lamentable, inadaptada a los Países Bajos. El impuesto de la décima hería de lleno a la contratación. Ante su anuncio el comercio se paraliza, los mercaderes emigran, cunde el odio. Es un estallido unánime de protesta" pág. 199.
- (104) Avermaete, Guillaume le Taciturne, Introducción.
- (105) Altamira, pág. 88.
- (106) Ferreron, pág. 303, cita el fragmento de una carta de Felipe II a Farnesio, que dice: "Apruebo vuestra conducta, escribía el rey a Farnesio (1); «olvidar y perdonar todas las cosas pasadas, reduciéndose a mi obediencia, manteniendo la religión católica romana, y en todo lo demás, con estas dos cosas, se acomoden como mejor se pudiere» (1) Com. real hist. año de 1852, tom. IV, p. 377.
- (107) Walsh, págs. 772-773.
- (108) Morales Oliver, págs. 180 a 184.
- (109) Altamira, págs. 94 y 95.

BIBLIOGRAFIA

- Acton, Lord.—THE CAMBRIDGE MODERN HISTORY, editada por Al. W. Ward, G. W. Prothero y Stanley Leathers, vol. III, The Macmillan Co., N. Y., 1907.
- Altamira y Crevea, Rafael.—HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LA CIVILIZACION ESPAÑOLA, tomo III, 4ª edición, Barcelona, 1928.
- Avermaete, Roger.—GUILLAUME LE TACITURNE, Paris, 1939.
- Berl, Emmanuel.—HISTOIRE DE L'EUROPE, librairie Gallimard, 1947.
- Calmette, Joseph.—HISTOIRE DE L'ESPAGNE, Flammarion Ed., Paris 1947.
- Coloma, Carlos.—LAS GUERRAS DE LOS ESTADOS BAJOS desde el año 1588 hasta el de 1599. Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores de Sucesos Particulares, t. II, Madrid, 1898.
- Fomeron, Henri.—HISTORIA DE FELIPE II, Montaner y Simon Ed., Barcelona, 1884.
- Gelder, Enno Van.—HISTOIRE DES PAYS-BAS du XVI^e siecle à nos jours. Collection Armand Colin, Paris, 1936.
- Hauser, Henri.—LES DEBUTS DE L'AGE MODERNE, 3ème. ed., Paris 1946.
- Hauser, Henri.—LA PREPONDERANCE ESPAGNOLE (1559-1660), 3ème. ed., Paris, 1948.
- Ibarra y Rodríguez, Eduardo.—ESPAÑA BAJO LOS AUSTRIAS, 2ª ed. Editorial Labor, Barcelona, 1935.
- Lafuente, Modesto.—HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, t.X, Montaner y Simón Editores, 1898.
- Landheer, Bartholomew.—THE NETHERLANDS, University of California Press U.S.A., 1943.
- Larned, Josephus Nelson.—THE NEW LARNED HISTORY FOR READY REFERENCE, READING AND RESEARCH, vols. II, VII y IX C. A. Nichols Publishing Co., 1922, Springfield, Massachusetts.
- Mendoza, Bernardino de.—COMENTARIOS DE LO SUCEDIDO EN LAS GUERRAS DE LOS PAISES BAJOS desde el año de 1567 hasta el de 1577. Bibl. de Autores Españoles: Historiadores de Sucesos Particulares, t. II, Madrid, 1898.
- Merriman Bigelow, Roger.—THE RISE OF THE SPANISH EMPIRE IN

- THE OLD WORLD AND IN THE NEW, Vol. IV, The Macmillan Co., N. Y., 1934.
- Morales Oliver, Luis.—ARIAS MONTANO Y LA POLITICA DE FELIPE II EN FLANDES, vol IV, serie F., Madrid, 1927.
- Oswald Paul.—BELGICA, 2^a ed, 1933, Edit. Labor.
- Plandl, Ludwig.—CULTURA Y COSTUMBRES DEL PUEBLO ESPAÑOL DE LOS SIGLOS XVI y XVII, Barcelona, 1942.
- Pirenne, Henri.—HISTOIRE DE L'EUROPE DES INVASIONS AU XVI SIECLE, Edit. de la Baconniere Neuchatel, Bruxelles.
- Prescott, Willian.—HISTORY OF THE REIGN OF PHILIP THE SECOND, KING OF SPAIN, London, 1855, 3 vols.
- Ranke, Leopold Von.—PUEBLOS Y ESTADOS EN LA HISTORIA MODERNA, Fondo de Cultura Económica, 1^a ed., 1948. México.
- Rogers, Lester B.—STORY OF NATIONS, Henry Holt & Co., N. Y., 1945.
- Salcedo Ruiz, Angel.—HISTORIA DE ESPAÑA, Ed. Saturnino Calleja Fernández, Madrid, 1914.
- Walsh, William Thomas.—FELIPE II, Edit. Diana, México, 1948.
- Watson, Robert.—THE HISTORY OF THE REING OF PHILIP THE SECOND, KING OF SPAIN, 2 vols., London 1777.

INDICE

INTRODUCCION

Antecedentes de la Sublevación.....	7
1. Situación geográfica de los Países Bajos.....	7
2. Estado de la Sociedad.....	8
3. Gobierno.....	10

CAPITULO I

Gobierno de Margarita de Parma (1559-1567).....	12
1. El Cardenal Granvela (1559-1563).....	13
2. Margarita de Parma (1564-1567).....	16

CAPITULO II

Gobierno del Duque de Alba (1567-1573).....	20
---	----

CAPITULO III

Gobierno de Luis de Requeséns (1574-1576).....	40
--	----

CAPITULO IV

Gobierno de Don Juan de Austria (1576-1578).....	53
--	----

CAPITULO V

Gobierno de Alejandro Farnesio (1578-1592)	
Y sus sucesores (1593-1597).....	64
CONCLUSIONES.....	85
NOTAS.....	88
BIBLIOGRAFIA.....	93